

DAU
2498

R. 76.771



HOJAS SUELTAS.

VIAJES LIGEROS

ALREDEDOR DE VARIOS ASUNTOS

POR

JOSÉ SELGAS Y CARRASCO.

Segunda edicion.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION

Calle de San Agustin, 12, 2.º

1865.

HOJAS SUeltas

—AMIGO—AVILA—

Habría que decir: invencibles veces que el
mejor amigo es un libro. Lo es en todo tam-
bien en muchas ocasiones, y no limitado a otras.
lo en algunas; pero al dedicarle esta, con las
cualidades de un amigo, y la consigna que no
has creído a estas palabras, porque el mejor
de los libros no se pasa tanto como yo.
Solo se lo digo en un libro, pero que no
sea sospechoso el medio de que me valgo para
directo.

Tuyo siempre

—

AMIGO AYALA:

Habrás oído decir muchas veces que el mejor amigo es un libro. Yo lo he oído también en muchas ocasiones, y he llegado á creerlo en algunas; pero al dedicarte este, veo las cosas de otra manera, y te aconsejo que no des crédito á esas palabras, porque el mejor de tus libros no te quiere tanto como yo.

Esto te lo digo en un libro, para que no sea sospechoso el medio de que me valgo para decírtelo.

Ahora vuelve la hoja, y verás

Tuyo siempre

PEPE.

LA LUZ.

En el principio del mundo dijo Dios: *Fiat lux* y la luz fué.

Las tinieblas, sorprendidas, se miraron, quisieron verse y huyeron espantadas de sí mismas.

Desde entonces la oscuridad vuelve la espalda á la luz como una mujer fea á un espejo.

El Universo abrió los ojos como un niño que nace, se vió brillante como una esperanza y se engalanó como una mujer hermosa.

La tierra, palpitando de alegría, se lanzó en el espacio y comenzó á dar vueltas alrededor del sol como una mariposa alrededor de una lámpara.

De este prodigio hace seis mil años, y, cosa extraña, todavía no se sabe qué cosa es la luz.

Y debia saberse, porque nada hay en el mundo que el hombre pueda ver con más claridad que la luz.

La verdad es que debe ser muy rica.

Por de pronto es inagotable.

Si viene del sol, es un torrente de oro.

Si viene de la luna, es un manantial de plata.

Para salir por las mañanas se viste de nácar.

Para retirarse por las tardes, toda ella es de púrpura.

Siempre va de prisa, á nadie espera y en diez segundos corre treinta y cuatro millones de leguas.

La sombra anda siempre buscando un objeto á que ampararse para mirarla.

La luz es una niña.

Dadla un pedazo de cristal y la vereis volverse loca.

Vereis con qué rapidez pasa de un color á otro: esos son sus juegos.

Ella coge al dia de la mano y lo lleva de Oriente á Occidente: esa es su obligacion.

En las nubes hace prodigios de habilidad.

Ella las borda, las matiza, las recorta; de una hace un velo de gasa; de otra hace un manto de púrpura; de otra un espléndido cortinaje recamado de oro: esas son sus labores.

El arco iris es suyo.

Un dia apareció el cielo enojado; su frente, coronada de nubes, revelaba la profundidad de su pena.

La luz, que es toda alegría, se afanaba en vano por disipar su oscura tristeza.

Al fin el cielo rompió en llorar.

Estaba inconsolable.

Cuarenta dias y cuarenta noches sus ojos fueron un torrente de lágrimas.

La tierra se anegaba en las ondas de aquel llanto inmenso.

La luz se deshacia buscando una salida oportuna, pero el cielo estaba sombrío y la oscuridad le cerraba el paso por todas partes.

Afiló entonces uno de sus rayos más puros, lo lanzó en medio de la oscuridad, y las nubes se abrieron y bordó en seguida, sobre el aire húmedo todavía, un arco de triunfo.

Es muy caprichosa; las auroras boreales son unos caprichos que no tienen esplicacion.

Ella hace azul al aire; trasparente el agua; sonrosado el cielo.

Es una cosa clara y oscura al mismo tiempo; se la ve y no se la entiende.

La ciencia dice que es una sustancia, la poesía que es la mirada del cielo.

Lo único que se sabe es que los ojos la reciben con alegría y que el alma se asoma á ellos solo por verla.

La luz tiene un punto de vista moral. Se pueden observar en ella una multitud de cualidades que parecen propias del hombre.

En primer lugar es activa.

Apenas amanece ya está en la calle: ni el frío la detiene, ni el calor la enerva.

Conviene advertir que su calle es el Universo.

De las mujeres ha tomado la curiosidad.

Siempre está mirando por las cerraduras de las puertas y por las junturas de los balcones.

¡Con qué afán se agolpa á una ventana entreabierta!

Yo creo que la mayor parte de los cristales que se rompen lo hacen de cólera al ver que no pueden contenerla.

De todo quiere enterarse: sea donde quiera que entre, todo lo abarca de una ojeada.

Es soberanamente artista: nadie como ella conoce las leyes de la perspectiva: al momento se penetra de la posición de cada uno y solo le deja ver lo rigurosamente lógico; y con un tino verdaderamente inspirado solo nos indica los puntos que debemos ver.

Pero tambien es cruelmente burlona: para la caricatura tiene una chispa envidiable.

De todo se rie.

En el lienzo de una pared, sobre una alfombra, sobre las piedras de las calles, sobre la tierra desnuda, en cualquier parte, dibuja con pasmosa rapidez cuantos objetos se le ponen delante.

¿Quién no se ha reido alguna vez de su sombra?

La mujer más bella se ve muchas veces obligada á cambiar de postura, porque la luz implacable se empeña en delinear sobre la pared inmediata su perfil grotesco.

El amante más ciego puede ver en esa caricatura un retrato; y el amor que perdona las inconsecuencias, las infidelidades y las ingratitudes, suele ser muy severo con las incorrecciones de un perfil arrojado sobre la pared por un rayo de luz mal intencionado.

La luz miente como los poetas, como los artistas, como las mujeres. Su procedimiento está reducido á exagerar la verdad.

¡Y cómo sabe vivir!

Siempre toma el color del objeto por donde pasa.

Cuando no puede penetrar, dobla sin esfuer-

zo, sus incansables rayos y se lanza en todas direcciones.

Se hunde en el agua y no se apaga ni siquiera se moja.

Delante de los espejos atrae las miradas de todos. Se apodera de nuestros ojos y se lanza sobre el cristal impenetrable para presentarnos á nosotros mismos.

Entonces se refleja en nuestro pensamiento la más absurda de las verdades.

Cada uno dice para sí: «Aquel soy yo.»

Pero su empeño es hacernos creer que ha penetrado al través de la capa de azogue que le corta el paso.

El sofisma de que se vale es verdaderamente deslumbrador.

Si la luz no ha atravesado el espejo, ¿cómo puede uno ver su imagen al otro lado del cristal?

Se presta con facilidad á una verdadera especulacion que produce en el acto el ciento por ciento.

Para doblar un capital cualquiera, no hay más que colocarlo delante de un espejo.

Pero donde hay que admirar más á la luz es en la flexibilidad con que se amolda á todas las situaciones.

Ved qué sombría penetra en el fondo de un calabozo, qué fúnebre aparece alrededor de un moribundo, qué risueña se muestra en los ojos de las gentes felices, qué misteriosamente se derrama por las bóvedas solitarias de los templos.

Antes que se inventaran los telégrafos, había ella puesto en comunicacion con más rapidez que la chispa eléctrica, los dos polos de la humanidad.

Por medio del relámpago, de una mirada se entienden desde el principio del mundo el alma del hombre y el corazón de la mujer.

Tantos siglos empleados para dar aplicación á la electricidad, cuando basta abrir los ojos para dar aplicación á la luz.

Los amantes juntan sus almas en un rayo de luz que parte á un mismo tiempo de dos miradas opuestas.

Y es incomprensible que el amor, que siempre busca el misterio y la oscuridad, se confíe á las imprudencias de un rayo de luz.

Es que los amantes se entienden mucho mejor mirando que hablando.

En las palabras se refleja el talento, y en las miradas el alma.

Tambien la luz es débil: huye de los ciegos, como el oro de los pobres.

En presencia de un brillante no puede contenerse, y se deshace sobre la piedra preciosa, bañándola con los móviles reflejos de todos sus colores. Sobre los vestidos rotos y manchados se detiene solo para gritar: hé aquí un roto, hé aquí una mancha.

Al mismo tiempo se deja caer con una delicada suavidad sobre las faldas de seda, cubriéndolas con adulatora cortesía de caprichosas aguas.

A ella no se la puede ocultar la primera cana, ni para ella tiene disimulo la primera arruga.

La luz viene á ser en la naturaleza, lo que la razon en la inteligencia.

Lo mismo que la razon, la luz puede ser natural y artificial.

A la luz del gas las mujeres se embellecen, como á la luz del sofisma los errores brillan.

Todos los secretos de la mecánica consisten en el punto de apoyo, todos los secretos de la razon consisten en el punto de vista.

Ese magnífico lienzo que se llama el *Pasmo de Sicilia*, será una mezcla confusa de líneas y colores ó una creacion asombrosa segun desde el punto que se le mire.

El hombre ha inventado la luz artificial, la ha sacado de la luz natural; del mismo modo que ha inventado las verdades artificiales, sacándolas de la verdad suprema.

El sol aparece todos los días iluminando el espacio para enseñarnos el cielo.

En Madrid se enciende el gas todas las noches para que veamos la tierra.

El hombre es á Dios, lo que una caja de fósforos es al sol.

La soberbia humana puede también escribir su *Génesis*.

Puede empezar de esta manera:

Un día dijo el hombre: *Fiat lux* y los fósforos fueron.

De aquí parte un golpe de luz que nos ilumina perfectamente.

La luz inventada por los hombres vale más que la luz creada por Dios: vamos á verlo.

Mil rayos de sol no cuestan nada, una sola caja de fósforos cuesta dos cuartos.

¿Se puede ver más?

EL PÚBLICO.

¿Qué cosa es el público?

Mirándolo bien, es una especie de rey constitucional que reina y no gobierna.

El público es el principio, el medio y el fin de todas las cosas.

No hay nada que no se haga por el público, con el público y para el público.

Él es un objeto permanente de lisonja.

Él es un objeto constante de especulación.

Se le adula siempre, lo cual quiere decir se le engaña siempre.

Si se miran los carteles que anuncian las funciones teatrales, el público es respetable.

Si se registran los prospectos, que como los lazarillos á los ciegos, llevan de la mano la

primera entrega de la última novela, el público es ilustrado.

Si habla la gacetilla de un periódico, describiendo alguna solemnidad, el público es siempre escojido.

No hay bando que no sea para conocimiento del público.

No hay tienda en la que todo no se encuentre á gusto del público.

¡Qué no se hace á beneficio del público!

Las calles, los paseos, las plazas, los templos y los teatros son sus dominios naturales.

El público es inviolable por su naturaleza.

Si un caballo se desboca en medio de una calle y estropea á un niño, á una mujer ó á un anciano, padecen tres individuos particulares; pero el público queda ileso.

Hay ocasiones en que pierde su generalidad y se individualiza.

Un bando prohíbe que las personas que lleven alguna carga transiten por las aceras, con el fin de que no incomoden al público.

Dos individuos que no tienen mucho que hacer se encuentran en la acera de la calle más concurrida, se paran y entablan su diálogo.

La gente echa entonces por el arroyo, para no incomodar al público.

Entra un coche en una calle al mismo tiempo que de ella sale mucha gente; todo el mundo abre paso, se estrecha, retrocede, se estruja y se aplasta para que pase el público representado por dos caballos, un coche y un cochero.

El público es además irresponsable.

Es un periódico de todas las horas, donde se puede imprimir la difamación sin miedo á las leyes, donde se puede acusar sin pruebas.

Es un tribunal donde se juzga sin oír y se condena sin apelación.

Los repartidores del periódico son los ociosos, los jueces del tribunal son los envidiosos.

El público está en todas partes, y todo lo repite como un eco.

Sin embargo, él es respetable, ilustrado, escojido, imparcial, justo.

Hay que tributarle ese homenaje de adjetivos para que no se le ocurra jamás dudar de sí mismo.

El público es el privado de los tiempos modernos.

Parece imposible que se llame público una cosa que solo se compone de particulares.

Todo lo que es público pertenece al dominio de todos.

Por eso cada uno tiene su público.

El público que asiste á la primera representación de una obra dramática, es casi siempre un público particular.

Tiene el aire desdeñoso, la cara seria, el aspecto frío.

La obra que va á someterse á su dictámen no está juzgada y quiere rodearse de toda la severidad de un juez.

Generalmente no se atreve á aplaudir, y rara vez desciende á silbar.

El público de la segunda noche recibe la actitud del público de la primera como una orden, y corona el triunfo de la obra con sus aplausos ó la hunde con sus silbidos.

Parece que el primero juzga y el segundo ejecuta.

Lo que se vé es que el público necesita siempre una inspiracion para decidirse, venga de donde quiera.

El público político tiene un recinto estrecho donde no le es permitido ni murmurar siquiera.

En el Senado y en el Congreso se llama el público de las tribunas.

Este público es siempre de oposicion.

Se compone generalmente de hombres que

toman su malestar por opinion, y sus desgracias particulares por las desgracias de la patria.

Acuden á fortificar su descontento con los discursos de las oposiciones, llevando su conviccion hecha, ó mejor dicho su animadversion.

El público de los cafés es tambien un público particular.

Digámoslo con franqueza: los cafés son las tabernas de las gentes que llevan levita.

Este público es, como si dijéramos, la gaceta del periódico, la crónica de la capital.

Un chisme arrojado en medio de un café, se propaga como la luz.

Muchas veces en una taza de té se ahoga la reputacion de un hombre, y con el humo de un cigarro se empaña la honra de una mujer.

Este es el público encargado de repartir los cuentos que hacen reir y los cuentos que hacen sangre.

Este es el público que mata el tiempo, que hace tiempo y que pierde el tiempo.

El público de los paseos es el más numeroso, porque es la reunion de todos los públicos.

Dudo de que el público sea discreto, por-

que no he visto jamás que guarde el secreto de nadie.

Es la atmósfera de la sociedad: es la respiración de un pueblo.

No hay humillación en dudarlo, ni peligro en deprimirlo.

Va donde lo llevan, toma lo que le dan y da lo que le piden.

Espejo movable que solo refleja los colores que tiene delante.

El dá las reputaciones y él las quita.

Un dia habla de la toma de Malakoff, otro dia de un vestido ó de un baile.

Como á un niño, se le pone un juguete sobre la masa y juega con él, sin pensar en otra cosa.

La curiosidad es su pasión, la murmuración su vicio, la integridad su virtud.

El chiste que más le hace reir, es ver á un hombre que se le van los piés y que cae de boca.

Esto es verdad, pero se le entusiasma fácilmente con los grandes sentimientos.

Es un gran novelista: entregadle un argumento y él publicará en seguida una colección de novelas.

En la espresion se apropia las frases más

enérgicas, más concisas y más claras; en las ideas admite todos los errores; en los sentimientos distingue siempre los más nobles.

No le gusta pensar, quiere sentir.

Los filósofos le fastidian, los poetas le encantan.

No apetece pensamientos; quiere sucesos.

Nunca admira tanto al que le enseña, como al que le conmueve.

Su fuerza es la costumbre, su debilidad es la moda.

CUATRO PASEOS.

Hace un día hermoso y el sol convida á tomar el aire.

Sus rayos se multiplican al cruzar los cristales de mi balcon y caen sobre el pavimento, sobre la mesa y sobre el papel en que escribo, como una lluvia de oro.

Son las doce en punto.

Mientras escribo voy á pensar hácia qué punto dirigiré mi paseo.

El primero que se me ocurre es el Retiro.

El Retiro no es más que una poblacion de árboles, que tiene sus calles anchas y sus calles estrechas.

Su parterre, que parece un hospital de flores, pues ninguna se atreve á salir de la línea recta á que están asomadas y todas se ven cabizbajas y descoloridas, no me gusta.

Los árboles que lo adornan son pequeños, la copa perfectamente redonda, y todos exactamente iguales; parece que se han hecho en una fábrica, como se hacen los naipes.

Si alguno se atreve á ensanchar sus ramas un poco más que su vecino, llega el jardinero y se las corta.

He dicho el jardinero, y no he sido exacto. Es más bien el peluquero de estos pobres árboles, que están condenados á ser iguales como una compañía de quintos.

Por fuerza deben confundirse entre ellos mismos, perdiendo, si puede decirse así, su personalidad, pues algunas veces no sabrán cuál de ellos es él.

Les sucederá lo que á aquellos valencianos, que por llevar todos las medias azules no podían levantarse de donde estaban sentados, porque no sabia ninguno cuáles eran sus piernas.

Esta uniformidad debe darles el derecho de creer que no son más que uno mismo repetido un cierto número de veces.

Así es que cualquiera de ellos puede decir: yo soy aquel y éste y el otro y todos.

A la naturaleza no le deben parecer árboles; debe desconocerlos bajo la librea que el hombre les ha puesto.

Las mujeres chinas se mutilan los piés, porque así se consideran más bellas; por la misma razon se mutilan los árboles del parterre.

En una palabra, el parterre es un jardin artificial.

Es ver yerbas, árboles y flores como se pueden ver en los aparadores de la peor florista de Madrid.

Pero en cambio en el Retiro hay un hermoso estanque cuadrado y espacioso, terso como un espejo, en el cual el cielo se está mirando siempre.

El agua descansa tranquila como una conciencia limpia, y solo arruga la frente cuando los patos nadan en su superficie.

Esto me recuerda una escena cómica, y á la vez dramática, que he visto representada en un hermoso grabado, espuesto al público en la Carrera de San Gerónimo.

Es una gallina á quien le han quitado sus huevos, sustituyéndolos con otros de pato.

La cria acaba de romper el cascaron, y la madre orgullosa los lleva en pos de sí, enseñándoles la manera de buscarse la vida.

De la casualidad que un arroyo tranquilo

pasa por delante de esta numerosa familia y los patos ansiosos se lanzan al agua.

Es imposible describir la angustia de esta madre desventurada.

Aletea á la orilla del arroyo desesperada de no poderlos salvar.

Ella no ha conocido jamás en su familia pariente alguno que ande sobre el agua con la misma facilidad que sobre la tierra.

Sus plumas erizadas, su pico abierto, sus alas tendidas, espresan perfectamente el terror que la domina.

Los patos insensibles á los dolores de su madre, porque ellos no deben estar en el secreto de su origen, siguen impávidos cortando la corriente y hundiendo sus cabezas en el agua,

Es una escena humana representada por una gallina y dos docenas de patos recién nacidos.

Es el terror de una madre que fija en la playa, mira con espanto la inquietud de la mar, buscando entre las olas el frágil esquife en que navegan sus hijos.

Los gastrónomos es posible que no vean en este cuadro más que una gallina tierna.

Salí del Retiro y ya es tarde para volver á él. Hay otro paseo cuyo punto de vista es el mejor de Madrid.

El nombre que conserva ha llegado hasta nosotros al través de una respetable antigüedad.

Se llama el Campo del Moro.

Lo corta formando una elipse el cauce anchuroso del Manzanares.

Hemos convenido en que Manzanares sea un río, sin más razón que porque debiera serlo.

Quevedo ha dicho que lleva más agua que él

«Cualquier cuartillo de vino»

Y Zorrilla dice que lame los muros de Toledo

«Manzanares, cuando corre»

Yo creo que humedece sus arenas con las lágrimas que le hace llorar su misma pobreza.

En rigor no es más que el esqueleto de un río.

Pero á pesar de sus escasos recursos, él es el Jordan de las camisas de doscientos mil habitantes, y es al mismo tiempo el paraíso terrenal de dos mil Evas que lavan y de otros tantos Adanes que les gusta ver lavar.

Por uno de esos contrastes tan frecuentes en todas las cosas, los amores menos limpios son los amores de las lavanderas.

A derecha é izquierda del río, en cuerdas sucesivas é interminables, flota blanca como la nieve la ropa tendida.

¡Si pudiera blanquearse así la conciencia!

Debajo de estas tiendas que se renuevan todos los dias, bulle un pueblo anfibio que pasa su vida á la orilla del rio como los caimanes. El sol y el agua que les blanquea la ropa, les ennegrece los rostros.

El Campo del Moro con sus árboles, sus jardines, sus riveras y sus horizontes, es un bello paisaje.

Desde la cuesta de la Vega se domina todo él y la vista se derrama satisfecha viendo interrumpida por un momento la avidez desconsoladora de los alrededores de Madrid. Parece que la naturaleza huye de las grandes poblaciones.

Desde el fondo del valle que forma el rio, se vé empinada y coronada por un palomar la Montaña del Príncipe Pio.

No sé qué hacer: todavía me queda la Fuente Castellana, que es otro paseo reducido á dos alamedas que se cortan formando una cruz.

¡Una cruz! ¡Se encuentran tantas sin salir de Madrid!

¿Quién no tiene una cruz?

Iré al *Prao*. Digo *Prao*, porque no es prado.

La d que le falta, es una supresion hecha por el sentido comun de las gentes de Madrid. Nadie dice prado.

Prao es un nombre propio que no quiere significar prado.

Es simplemente la designacion de un sitio donde todos los dias se reunen las mismas personas y con el mismo objeto.

Es una especie de esposicion de mujeres y una verdadera esposicion para los hombres.

Desgraciado el marido cuya mujer vaya al *Prao* todos los dias.

El *Prao* hace muchos matrimonios, pero tambien los deshace.

Voy á decidirme.

El Retiro, el Campo del Moro, la Montaña del Príncipe Pio, la Fuente Castellana, el *Prao*... no hay más.

Verdaderamente no sé qué partido tomar.

¡Qué difícil es elegir!

Vamos á ver... No veo.

El sol ha desaparecido. Ya no es hora.

¡Qué lástima!

Podia haber paseado tan agradablemente en el *Prao*, en la Fuente Castellana, en la Montaña del Príncipe Pio, en el Campo del Moro, en el Retiro.

Me hubiera sido indiferente cualquiera.

Este es el corazon humano.

MEMORANDUM FOR THE RECORD

DATE: _____

TO: _____

FROM: _____

SUBJECT: _____

1. _____

2. _____

3. _____

4. _____

5. _____

6. _____

7. _____

8. _____

9. _____

10. _____

FEBRERO.—ABRIL.—EL AGUA.

LOS AGUADORES.

Hay un refran que dice: «Febrero el corto, un dia peor que otro.»

Este refran parece más bien hecho para la vida que para Febrero.

De cualquier modo es un refran incomprendible.

Porque, ¿qué cosa hay en el mundo ni fuera de él, que siendo mala pueda ser corta?

Y sin embargo, ese refran está lleno de sentido comun.

Todos decimos: ¡qué vida tan triste! y todos repetimos: ¡qué vida tan corta!

Más claro:

Nos quejamos de un dolor porque nos duele y al mismo tiempo porque dura poco.

Así comprendo yo esa combinacion de

palabras tan claras y tan oscuras al mismo tiempo.

Se me ha ocurrido muchas veces y la escribo ahora por primera vez.

Vedlo aquí:

Si el hombre fuera siempre feliz, sería muy desgraciado.

Pero volviendo al refran, puedo decir que no tiene hoy aplicacion en ninguna de sus partes.

Febrero ha sido el mes más hermoso del año.

Digo del año, porque Abril no será más agradable.

Sus dias han sido uno mejor que otro.

Sin duda por la proximidad del Carnaval ha tenido el buen gusto de disfrazarse de Abril.

Es una broma feliz que todo el mundo celebra, abriendo los balcones, abandonando los abrigos y poblando las plazas, las calles y los paseos.

Toda la autoridad del Almanaque es necesaria para convencernos de que Febrero no es Abril.

El aire es tibio, el sol brillante, el cielo risueño, la tierra alegre.

Las flores brotan, los pájaros cantan y el agua se sonrie.

Por todas partes asoma la primavera.

Se ven estos dias las niñas más bellas, las

mujeres más graciosas, los hombres más tratables.

Estos días hermosos brillan para todos : son los días de los pobres.

El sol no les escatima sus rayos, ni el aire huye de ellos, ni el cielo deja de cubrirlos, ni la tierra les niega el paso.

La naturaleza más rica que todos los banqueros juntos, les reparte sus tesoros como si quisiera enseñar á los hombres á ser generosos.

Ha recibido el sudor del pobre y el agua del cielo y paga con usura el trabajo del uno y el beneficio de la otra.

¿Será lo más ingrato que hay en la tierra el corazón del hombre?

Febrero es este año el mes verdaderamente más corto.

Hoy acaba y debemos despedirnos de él con el sentimiento de que nos abandona un buen amigo.

Enterrémosle coronado de flores entreabiertas y pongamos sobre su sepulcro este epitáfio:

«Nació en lo más crudo del invierno.

Murió casi en la primavera.

¡ Oh Abril !

Tu sol no será más brillante

Ni tu cielo más puro.
Ha vivido veinte y ocho días.

!Qué lástima!»

¡Agua vá! ó más bien, !agua viene! ó mejor dicho: ya está aquí el agua.

Lozoya impaciente empieza á levantarse sobre las fuentes de la capital en chorros limpios y gallardos, como si quisiera señalar en el aire la altura de donde lo traen.

Las calles se abren á su paso en profundas zanjias, tendiéndose para recibirlo y esparmarlo en infinitos acueductos que se enlazan como una red de venas.

El agua es la sangre de la tierra.

Donde hay agua hay flores, donde hay flores hay alegría.

El agua es trasparente como el aire y azul como el cielo.

Es además el sastre de los montes y la modista de las llanuras.

Ella viste los prados y borda las faldas de las montañas.

Salta como los niños, se precipita como los hombres y murmura como las mujeres.

Y para que sea más completa su semejanza con la humanidad, ella es soberbia y amarga

en el Occéano, como el hombre en la grandeza, como los hombres en las grandes ciudades.

Entre todos los séres que viven en el agua, hay uno que no ha clasificado Buffon, ni ha sido objeto de estudio para ningun naturalista.

Este ser es el aguador de Madrid.

Así como el hombre se compone de alma y cuerpo, el aguador es una mezcla de cuba y gallego ó asturiano.

La cuba es lo esencial, el gallego ó el asturiano es lo accidental.

Quitadle á un hombre el alma y acabó el hombre; quitadle á un aguador la cuba, y acabó el aguador.

Un cuerpo no puede vivir sin alma, ni un gallego puede ser aguador sin cuba.

El aguador lleva la cuba donde los hombres llevan la cabeza, esto es, sobre los hombros.

Quitar á un aguador la cuba, es decapitarle.

En las sangrientas escenas de 1854, atravesaba un aguador la calle de Carretas, al mismo tiempo que sonaron varios tiros. Dió algunos pasos inciertos y cayó al suelo, exclamando: « Dios me haya perdonado. »

Una bola le habia deshecho la cuba.

El que haga una cuba, hace indispensablemente un aguador.

La ley creadora que ordena la propagacion de las especies, ofrece aquí un caso bastante particular.

Sin embargo, no se puede negar que este ser resulta de una verdadera incubacion.

Si hay alguna cosa eternamente igual, es el paso de los aguadores.

El cronómetro más seguro no es más exacto.

Los aguadores no corren jamás. Sin duda profesan este principio: solo el agua debe correr.

Si llueve, se les vé abrir una especie de paraguas, con el cual cubren la cuba para librar al agua de la incomodidad del agua.

Esto es más profundo de lo que parece á primera vista.

Las leyes, los tribunales, los gobiernos y los ejércitos, ¿para qué sirven, más que para poner al hombre á cubierto del hombre?

Eso es lo que hacen los aguadores con los paraguas.

Viven hacinados como las cubas, alrededor de las fuentes.

Son honrados como un acueducto.

Si hay agua, la llevan; y si no la hay, no la falsifican.

Aunque ellos son los que mejor pudieran

no beber en *buenas fuentes*, prefieren beber en las tabernas.

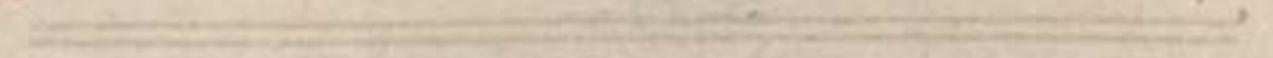
Un aguador, á cierta hora de la noche y sin cuba, anda cayendo y levantando como si hubiera perdido la cabeza.

Lo más terrible que uno puede encontrarse al volver una esquina, es un aguador.

Séres graves, andan sobre la tierra con piés de plomo.

Grandes matemáticos, no hay cantidad líquida que ellos no eleven al cubo.

Viven entre los hombres, porque hay fuentes; el único lazo que los ata á la tierra, es el agua.



En las bóvedas de las iglesias, en las sa-
las del príncipe de las campanas.
capar sonidos vagos, que hace dulces y sono-
rosos los techos como lentes enormes de cristal.
Las letras como lentes enormes de cristal se
van exhalando las notas agudas.
Las de las pajaras y los claros de las persia-
nas agudas de las cerraduras, las juntu-
ras que respiran a la vez por todas sus huecos.
Madrid parece en estos momentos un órgano
el maravilloso de un pueblo.
Desde el silencio más sutil hasta el trueno más
cañerudo, se expresan en todos los tonos.
Como si quisiera ser inteligible a todas las
partes y a todas horas.
Por favor, en los ecos resuena en todas
las bocas que circula por Madrid una

AIRE.

—

Hace dos días que circula por Madrid una voz pavorosa, cuyos ecos resuenan en todas partes y á todas horas.

Como si quisiera ser inteligible á todas las capacidades, se expresa en todos los tonos; desde el silbido más sutil hasta el trueno más profundo; desde el quejido de un niño hasta el murmullo de un pueblo.

Madrid parece en estos momentos un órgano que respira á la vez por todos sus huecos.

Los agujeros de las cerraduras, las juntas de las puertas y los claros de las persianas exhalan las notas agudas.

Las torres como flautas enormes dejan escapar sonidos vagos, que hace dulces y sonoros el bronce de las campanas.

En las bóvedas de las iglesias, en las gale-

rías de los palacios y en los cañones de las chimeneas retumban sus acentos roncós y profundos.

Al mismo tiempo golpean las puertas abriendo y cerrando sus dobles hojas, como dos manos que aplauden; los cristales palpitán dentro de sus cárceles de madera, como si quisieran saltar en pedazos; y las copas de los árboles se doblan y enderezan alternativamente, como si marcaran el compás de esta monstruosa sinfonía.

Las bocas de las calles se lanzan unas á otras bramidos sordos y entrecortados, que se repiten incesantemente al volver de cada esquina.

Estamos bajo el imperio del huracán.

Apenas se presenta en público, todo el mundo echa mano al sombrero.

El que no le saluda de esta manera queda descubierto en el acto.

No se le puede mirar cara á cara. Lleva delante una nube de polvo para cegar al temerario que quiera fijar en él sus ojos.

La gente corre en todas direcciones empujada por su mano invisible.

El vuela por las calles sorprendiendo á los transeuntes: aquí desemboza á uno, más allá se lleva el sombrero de otro.

Las veletas de las torres se empeñan inútilmente en señalar el rumbo de este viajero impetuoso: su inquietud no las deja un momento de tranquilidad.

Recorren todos los puntos del cuadrante como si el viento llegara sucesivamente de todos los puntos del horizonte.

Hé aquí el ruidoso acontecimiento que todo lo agita en estos días.

¿Qué hacen las autoridades ante este enemigo del reposo público?

La Constitución no puede nada contra la naturaleza. No hay más remedio que cubrir la estatua de la ley.

Para el agua se han inventado los paraguas, para el fuego las bombas; pero al aire no hay nada que lo contenga.

Estalla un incendio y allí acuden las autoridades, los bomberos, los aguadores, la policía y los vecinos.

Ocurre una inundación y allí acuden también las autoridades, los pontoneros, se improvisan barcas y se conjura el peligro.

Pero se desencadena una borrasca y todo el mundo se deja arrastrar por el viento que sopla.

El viento hincha la mar, empuja las tempestades y esparce los incendios.

Al mismo tiempo barre el cielo y la tierra; lo mismo levanta remolinos de polvo que remolinos de nubes.

Así como los colores son de la luz, los sonidos son del aire.

El aire es propagador de la música; y la música es la luz del alma.

Por eso el aire es el espejo de los sonidos.

Inmenso pentágrama donde la naturaleza escribe sus fantásticas armonías; ó más bien, es la lengua del Universo.

Tambien entra por los ojos.

Cada uno tiene su aire; por el aire se conoce á cualquiera.

Es preciso ver, para sentir el atractivo del cuerpo airoso.

Su ausencia es muchas veces tan terrible como sus ímpetus.

Todavía no se á quién se debe temer más, si á un hombre airado ó á una mujer desairada.

La parte más bella de la arquitectura se desenvuelve en sus espacios.

Sin ellos no se podrian fabricar los castillos en el aire.

En política nadie ha llevado más allá la conquista de sus derechos, porque nadie es más

libre que el aire; sobre todo el aire de las mujeres libres.

Su amor á las letras solo permite que cruce sus dominios gente de pluma.

Cuando es débil murmura, cuando es más fuerte silba, cuando es poderoso brama.

Parece que tiene algo de la naturaleza de los hombres.

Por Madrid discurre golpeando las puertas, azotando los cristales, levantando nubes de polvo.

¿Qué hay en Madrid? Aire.

Ráfagas que se cruzan en todas direcciones.

Nadie piensa en ir á un punto determinado.

Vamos donde el viento nos lleve.

Estamos como los diamantes, montados al aire.

Reina una inquietud imposible de describir.

Por arriba sopla el viento de la adulacion; por abajo el viento de la miseria.

Madrid por su posicion topográfica está á los cuatro vientos, de manera que de cualquier parte que sople puede ir viento en popa.

Como si fuéramos una turba de criminales espuestos á la vergüenza, el viento nos azota sin misericordia.

No hay palabra que hoy no se lleve el vien-

to que corre, no hay luz que no apague el viento que sopla.

Tal es el aire que se respira.

¡Qué dichosos deberán ser en Buenos aires!

LA GUERRA.

Los valientes tienen hoy á su disposicion un asunto de su especial competencia.

Hace dos dias que en Madrid no se habla más que de la guerra.

Esta palabra, negra como la pólvora, y encarnada como la sangre, es la que se halla de moda.

Es el objeto de todos los temores, de todas las esperanzas, de todas las curiosidades y de todas las conversaciones.

La Europa se presenta á mis ojos en estos momentos como un gran circo, en el cual van á luchar unas cuantas fieras.

Austria ruge, Cerdeña bufá, Francia ronca, Inglaterra olfatea y Rusia escarva la tierra.

Fijémonos bien, porque va á ventilarse una cuestion de derecho internacional.

Los primeros oradores del mundo están con

la boca abierta, dispuestos á tomar parte en esta discusion suprema.

La diplomacia fria y los protocolos transigentes ceden su puesto al ilustrado fuego de los fusiles y á la elocuencia sonora de los cañones.

Las razones que se preparan por una y otra parte serán razones de peso como las balas, y agudas como las bayonetas.

Las réplicas serán rápidas y arrolladoras como una carga de caballería; se votará con bolas de plomo; penetrará el convencimiento en el corazon como una espada; brotará la luz de los incendios, y escrita con sangre se levantará el acta de la sesion, como un monumento al triunfo del derecho. Italia será austriaca ó francesa.

La sabiduría de las naciones enriquecerá en fin su ciencia con esta máxima sublime: «el más fuerte tenia razon.»

¿Qué es una guerra?

Pensándolo bien no es más que la sangría que se hacen las naciones cuando han tenido la dignidad de perder el juicio.

Bajo este punto de vista se vé claramente que una espada no es más que una lanceta, y un general casi un sangrador.

Los doctores de esta ley suprema, son los maestros de esgrima; sus cátedras las salas de armas.

El asunto, pues, que hoy preocupa los ánimos pertenece á la jurisdiccion de los que llevan las plumas en el sombrero y la espada en la cintura.

Hé aquí un trozo de historia que se va á escribir con plumas de acero y con tinta de sangre.

Estamos pendientes del telégrafo, esperando oír el eco del primer cañonazo.

Como en un reñidero de gallos, se hacen apuestas, ya en favor de Austria, ya en favor del Piamonte.

Convengamos en que es una cosa muy natural que al concluir los ayunos y las viglias de la Cuaresma, se abra esa magnífica carnicería.

Convengamos en que es muy natural que Italia no quiera sufrir la dominacion austriaca.

Convengamos en que es muy natural que Austria no quiera dejar que se le escapen sus dominios italianos.

Convengamos en que es muy natural que Luis Napoleon busque en la guerra una seguridad que la paz puede quitarle.

Convengamos en que es muy natural que Inglaterra vea en el fondo de ese abismo una especulacion segura.

Convengamos, en fin, en que Rusia quiera encender esa formidable hoguera, á ver si con tanta luz puede descubrir la puerta de su inmensa jaula: esto es, la Gran Puerta.

Despues de todas estas cosas naturales, todavía la ambicion no ha encontrado el pretexto legal que justifique el que un millon de hombres se degüellen sin misericordia.

¿Por qué es esta guerra?

Suprimid la ambicion y no encontrareis respuesta para esa pregunta.

Si los litigios de las naciones no se escribieran con la sangre de los pueblos, la historia seria un libro que haria reir.

La diplomacia es la astucia, la guerra es la fuerza.

Esta es la verdad y el derecho que triunfan siempre en el tribunal de las naciones.

La guerra es la última hoja de la ciencia política, la hoja de una espada.

Es una fórmula irracional con que se pretende resolver un problema insoluble.

Los matemáticos han encontrado el infinito en el resultado que arroja cualquier cantidad dividida por cero.

Los políticos han descubierto el derecho en

el resultado que producen millares de hombres dividiéndose unos á otros.

Aquellos desafíos bárbaros de la Edad media en que se buscaba la inocencia y la razon, calada la visera y lanza en ristre, es el juicio supremo de las naciones.

Si un juez antes de sentenciar un pleito probara la fuerza de los dos litigantes para fallar en favor del que venciera al otro, seria considerado como un loco.

Pues bien; Europa es ese juez, y Austria y Cerdeña van á probar sus fuerzas para probarnos su razon.

Esto es lo que por de pronto se me ocurre de la guerra que en estos momentos amenaza á Europa.

A la Bolsa se le ha ocurrido una idea más humilde, y cada dia baja un poco.

¿Qué habrá detrás de la guerra?

Por de pronto muchas madres sin hijos y muchos hijos sin padres.

La civilizacion va á obtener además una coleccion completa de hombres sin piernas y sin brazos.

Detrás de la guerra hay lo que detrás de una jugada de lotería, esto es, treinta mil que pierden y unos pocos que ganan.

Pero ¿qué hay en la naturaleza humana que la destruccion la enciende y la sangre la embriaga?

Mezcla singular de luz y de tinieblas; de civilizacion y de barbárie; de razon y de locura.

¡Pobre Italia! Te pareces á las mujeres hermosas en que te adulan para perderte.

Te veo entre Francia y Austria como una paloma entre dos águilas.

Si triunfas, despues de la guerra nos contarás si te va mejor con el amo nuevo.

MAÑANA.

Sin duda los sucesos no quieren participar del calor de Madrid, y han huido de la capital de la monarquía en busca de mejor clima.

O tal vez para llegar lo más frescos posible se están preparando á la sombra.

Sea de ello lo que quiera, la verdad es que en Madrid nada sucede.

Tambien es verdad que Madrid en estos momentos no es la corte. La corte está en la Granja; y la corte es á Madrid lo que el agua al mar, lo que la luz al dia, lo que el alma al cuerpo.

De manera que este mar, este dia y ese cuerpo, tienen su agua, su luz y su alma á la respetable distancia de catorce leguas.

O más claro, en la Granja.

La Granja debe ser un sitio muy agradable.

En este Versailles de Madrid todo son aires

frescos, árboles que doblan la cabeza, fuentes que saltan y pájaros inquietos.

De forma que se puede trazar el cuadro de esta manera.

El aire silba, los árboles cuchichean, las fuentes murmuran y algunos pájaros por lo menos deben trinar.

Hasta aquí mis últimas noticias políticas, que condensadas, como ahora se dice, dan por resultado esta quinta esencia.

La corte ha cambiado de sitio.

Es verdad que la Granja es un hermoso jardín cuajado de alamedas erizadas de fuentes, y que Madrid es un vasto arenal cuajado de calles erizadas de escombros; pero no es fácil cambiar de naturaleza y así es que la política no ha hecho más que cambiar de sitio.

Esto es hoy: mañana... reflexionemos.

Hay un día trescientas sesenta veces repetido en cada año, cuyas veinte y cuatro horas están constantemente llenas de sueños que que no se realizan, de esperanzas que no llegan, de deudas que no se pagan, de plazos que no se cumplen.

Este día es el refugio de la pereza, el amparo del que debe, el consuelo del que sufre, el temor de los que son felices.

Día de promesas, de propósitos, plazo constantemente abierto á nuestras necesidades, á nuestras debilidades, á nuestras penas y á nuestras alegrías.

Día inagotable, que, es al mismo tiempo el recurso de los sastres, el alimento de los pretendientes, la desesperacion de las solteras y la salida de todos los apuros.

Día en que se efectúan los grandes sacrificios, en que se consuman los arrepentimientos, en que se hace todo aquello que cuesta trabajo, todo aquello que el hombre se ha propuesto no hacer.

Es un día cuya víspera puede ser indistintamente el lunes, el martes, el miércoles, el jueves, el viernes, el sábado ó el domingo.

Este día portentoso, interminable, es *mañana*.

Es imposible que exista un hombre que no haya hecho alguna vez uso de este día.

¿Quién no ha dicho alguna vez... *mañana*?

Este día circula entre los hombres como un pagaré sin fecha.

Es una parte del tiempo futuro que no ha existido jamás, un número de la lotería que no entra en el sorteo.

Así como los hijos de Galileo—no estoy muy

seguro de ello, pero es indiferente—jugando en el taller de su padre con unos pedazos de cristal descubrieron el telescopio, ese instrumento que nos acerca los objetos más distantes; así un tendero de comestibles jugando con las palabras, descubrió la fórmula precisa, el instrumento exacto que aleja de nosotros interminablemente en el tiempo futuro el día más cercano.

Galileo abrió los ojos de la humanidad mostrando el telescopio. El tendero de comestibles cerró la boca de sus parroquianos fijando en la puerta de su tienda un letrero que decía: *mañana se fia aquí.*

Este tendero es el único filósofo que, en mi opinión, ha leído, sin equivocarse, en los misteriosos secretos de lo que está por venir.

Mañana, por consiguiente, es un día lejano; el día más lejano de todos, el día que está después del último día.

Buscadlo en el Almanaque y no lo encontrareis.

Es el crédito del tiempo.

A un banquero, á un capitalista que posea un millon en efectivo, le damos inmediatamente otro millon en crédito.

Al año que posee trescientos sesenta y cinco

dias efectivos, le damos por la misma razon otros trescientos sesenta y cinco dias de crédito en trescientas sesenta y cinco *mañanas*.

¡Ah! el crédito es otro invento maravilloso.

Desde que se conoce, hasta tener un duro para disfrutar inmediatamente los beneficios de cuarenta reales.

Volved la cara á Francia, y mirad cómo el crédito de un Napoleon ha producido inmediatamente otro Napoleon.

El comercio y la industria tiene tambien sus ilusiones.

El crédito es la poesia de la Bolsa, el espiritualismo del dinero, la atmósfera del capital.

Es imposible despoetizar á un banquero, es decir, no se puede desacreditar á un hombre rico.

Mañana, pues, es un crédito permanente, un valor en palabras que se apoya en un capital efectivo de trescientos sesenta y cinco dias.

Mañana es el crédito de los partidos vencidos.

La ilusion de los partidos que mandan.

El refugio de los asesinos del tiempo.

Y, en fin, la salida natural de aquellos á quienes ahoga el dia en que viven.

Es un agujero muy cómodo para los que

quieren salir de hoy, porque hoy es para ellos una trampa.

Es además un motivo muy justo para levantarse tarde.

Un pretesto para no desconsolar á un pretendiente.

Una palabra para tranquilizar la conciencia.

Tres sílabas para taparle la boca á una mujer.

Un sofisma irresistible para no hacer nada.

Por ultimo, *mañana* es el afan de todos; una quimera como la felicidad del hombre; un sueño como la libertad del ciudadano; una ilusion como la gloria del nombre.

Mañana no existe.

Scmejante noticia debe llenar de espanto á los que hayan confiado en *mañana*. Es decir, á todo el género humano.

Hoy es un dia que tiene veinticuatro horas, en las cuales cabemos todos sin que le falte ni un solo minuto.

Entre hoy y mañana se verifica un fenómeno tan palpable como incomprendible.

Llegamos á su último término, á su último instante; gozosos ó afligidos devoramos el último momento, adelantamos la vida para entrar en mañana, y al echar el pié sobre ese dia

que viene á buscarnos, mañana desaparece y todos nos encontramos en hoy.

Porque esto suceda todos los dias, no hemos de negar que es una cosa bien rara.

Mañana es una especie de perspectiva que solo existe á cierta distancia.

Es una ilusion cuya realidad es *hoy*.

Mañana es un deseo, un temor ó una esperanza.

Mañana no existe, porque siempre estamos en *hoy*.

Por más vueltas que dé el tiempo no ha podido aun fabricar más que un dia: *hoy*.

Nosotros únicamente hemos podido hacer á *mañana*.

Y cosa singular: quien más ha trabajado en la fabricacion de ese dia fantástico ha sido la pereza.

¡Mañana! á este dia hemos recurrido para romper la oscuridad que nos rodea.

El hombre es un ciego que vuelve á tientas las esquinas de todos los dias, diciendo siempre: mañana veremos.

EL NOMBRE.

Los nombres sirven con harta frecuencia para significar, no lo que son las cosas, sino lo que debieran ser.

La política es una ciencia que nos suministraría abundantes ejemplos en comprobación de esta verdad.

Sin penetrar en los abismos de esa ciencia del bien particular y del mal público, podemos distinguir perfectamente que se llama política el derecho que han adquirido los hombres de tratarse de la peor manera posible.

Un nombre es indispensable; sin él no se puede existir.

La necesidad de esta parte precisa de todas las cosas, nos hace incurrir con frecuencia en graciosos contrasentidos y en terribles sarcasmos.

Observad que se llama *calle* el sitio donde es absolutamente imposible imponer silencio.

Observad que se llama *cara* una cosa que todo el mundo posee de balde y que no se puede adquirir por el dinero.

Fijaos bien en que la gramática declara nombres propios á Juan, á Pedro, á Miguel, á Estéban, cuando no hay un hombre que no pueda disponer libremente del nombre de Estéban, de Miguel, de Juan y de Pedro.

Las esquinas de Madrid se han estado riendo de la humanidad durante algun tiempo con la seriedad admirable de este singular anuncio.

DELEITO SACAMUELAS.

Lo primero que un hombre necesita al venir al mundo es un nombre.

Parece que un niño recién nacido no es nada, hasta que se le eleva á la categoría de Francisco, de Emilio, de Nicolás ó de Antonio.

Suprimidle el nombre por un momento al más ínfimo de vuestros amigos, y ya no le conocéis.

Se trasforma un hombre, se descompone su semblante, se desordenan sus miembros; pero todavía es Juan, aquel Juan que ha ido con

nosotros á la escuela: es el mismo, el mismo Juan; á nadie se le ocurre dudarlo.

Pero suponed que no ha experimentado en su persona trasformacion ninguna; que su semblante no ha sufrido variacion, ni sus miembros han perdido la forma primitiva, ni siquiera se ha quedado calvo; pero ha perdido su nombre y ha tomado otro; es decir, ha dejado de ser Juan. Entonces ya no le conocéis.

Vosotros no conocíais más que á Juan y ese no es Juan.

Todo lo más que os podeis permitir, es una exclamacion que acaba con la duda que pudiérais tener.

¡Qué diablo! decís. ¡Cómo se parece á Juan!

El nombre es el único conocimiento sólido que tenemos de los hombres.

Si fuera posible que una mañana amanecieran los habitantes de un pueblo con nombres distintos de los que tenían el dia anterior, la confusion seria espantosa.

Imaginaos á una mujer honrada despertando al lado de un hombre que no es Pedro, aquel Pedro con quien se habia casado ante Dios y el mundo.

Imaginaos una novia próxima al matrimonio, cuyo novio ha desaparecido.

Imaginaos, en fin, un prestamista cuyas víctimas se han escapado, dejándole por toda garantía una lista de nombres sin personas. Esto es, una coleccion de bolsillos vacíos.

Lo que sucederia con los hombres, eso mismo sucede con las cosas.

Cambiad repentinamente los nombres de las calles de una poblacion, y vereis cómo nadie sabe donde vive.

Todos haríamos la misma pregunta que me dirigió una noche un pellejo de vino que se me apareció bajo la forma de un gallego.

Como él todos preguntaríamos:—¿Sabe usted dónde está mi casa?

Esto mismo sucede con las ideas.

Cada dia amanecen con nombres distintos.

Cada uno tiene su almanaque, su religion y su libertad para bautizarlas á su gusto.

Hay una porcion de cosas que, como á los niños á quienes se les ha bautizado con el nombre de César, de Anibal ó de Sócrates, llevan como lo más natural del mundo, los nombres de Derecho, de Razon, de Justicia y de Moralidad.

El nombre es el secreto de todas las cosas.

Pero si á una silla le basta llamarse silla y á una estafa negocio, y á la licencia libertad; el hombre, superior á las cosas y á las ideas, rey

de la creacion y dueño del universo, necesita más que un nombre.

Juan solo puede ser Juan hasta los quince años.

Desde ese momento el nombre de Juan no le basta, es preciso que adquiriera un título que añadir á su persona.

Entonces empieza á trabajar asiduamente para alcanzar más tarde ese título indispensable.

Unos encuentran el título de abogados; otros el título de funcionarios públicos; otros alcanzan el título de vagos.

Al que ha nacido marqués ó conde ó duque, no por eso el mundo le perdona el título que tiene obligacion de adquirirse por sí mismo.

Entonces busca en los salones el título de gran partido, en casa del sastre el título de elegante.

Los que no tienen ni siquiera la aptitud necesaria para alcanzar el título de poeta, de escritor público ó de filósofo, buscan sin descanso los títulos de la deuda.

Todavía el hombre sobre el nombre y sobre el título necesita el epígrafe.

No le basta el título de médico, necesita el epígrafe de *médico de cámara*.

No le basta el título de carpintero, necesita el epígrafe de *carpintero de la casa real*.

No le basta el título de comerciante, necesita el epígrafe de *Precio fijo ó La corona de oro ó Al siglo XIX*.

No le basta el título de poeta, escritor público ó filósofo; necesita el epígrafe de *diputado, de senador ó de ministro*.

No le basta el título de bolsista, necesita el epígrafe de *banquero*.

No le basta el título de vago, necesita el epígrafe de *usurero, de jugador ó de petardista*.

El que no alcanza su título y su epígrafe, no será nunca más que Juan ó Pedro ó Antonio; esto es, un hombre desconocido; tan desconocido, que si no llevara el nombre de Juan, de Antonio ó de Pedro, no existiría.

El nombre es indispensable para existir; es como si dijéramos, la respiración de las cosas.

El nombre es muchas veces un signo de fortuna ó de desgracia.

La casualidad ha presentado ejemplos que prueban la influencia feliz ó funesta del nombre.

Imagínense ustedes un médico que se llama Mata.

Pasen ustedes la consideracion sobre un poeta que se llame Malo; sobre un actor que se llame Silva.

Consideren ustedes un sastre que se llame Caro.

Però donde se vé un terrible sarcasmo es en un pobre que se llame Rico.

Todavía el nombre lleva más allá el culpable placer de sus crueldades.

Hé aquí un ejemplo:

Conozco á un honrado artesano que se llama Arañó. El último cólera lo dejó viudo, y queriendo dar un testimonio sencillo y tierno del amor que profesaba á la madre de sus hijos, hizo colocar una lápida modesta sobre la sepultura con esta inscripcion breve y elocuente:

ARAÑÓ

À SU MUJER.

En las listas de las votaciones del Congreso he visto que un señor diputado se llama Taravilla.

Semejante apellido es una mordaza. Si es orador debe callar.

Hasta ahora ha tenido la discrecion de no pedir la palabra.

La elocuencia más vigorosa, la situación más grave y la formalidad más seria quedan desconcertadas ante esta frase pronunciada por el presidente: «El señor Tarabilla tiene la palabra.»

Algunas veces se entretiene también el nombre en confundir los hombres y las cosas.

Véase otro ejemplo:

En un taller donde se fabrican marcos para cuadros y espejos con toda clase de adornos, hay un letrero fastuoso por lo grande y por lo dorado, que dice:

MARCOS MOLDURAS.

Yo no sé si es el nombre del dueño del taller ó es el nombre de los objetos que allí se fabrican.

Me divierte esta duda y no quiero salir de ella.

De la misma manera hay nombres que llevan consigo la fortuna, como D. Juan Tenorio llevaba el escándalo.

Imagínense ustedes un soldado que tenga la ventura de llamarse Valiente.

Por más que huya, nadie tendrá derecho á negarle el nombre de valiente.

Existe en Madrid una taberna célebre, cuya prosperidad va en aumento.

¿Saben ustedes de qué depende su fortuna? De que el dueño tiene un nombre que llena todas las medidas.

Encima de la puerta hay una tablilla, en la cual campea esta combinacion de sílabas, que se derrama gritando:

COLMADO.

Escuso decir la felicidad del que se llama Franco.

En París que tantas cosas se dan, se hacen y se dicen por un franco, todo debe ser suyo.

¡El nombre! En lo que con tanta facilidad se da, se quita y se cambia consisten generalmente las relaciones que tenemos con los hombres, con las cosas y con las ideas.

Este mundo es una perfumería, donde es preciso que cada tarro tenga su rótulo, porque ese rótulo es el que compran los consumidores.

Comerciante ó poeta, albañil ó fondista, el hombre lo que necesita es nombre.

¡Cuántos génios pasarán por la vida desconocidos, porque no han tenido la prevision de buscarse un nombre!

¿Qué queda de Sócrates, de Alejandro, de Homero y de Licurgo?

El nombre.

Decía Arquímedes: dadme una palanca y un punto de apoyo y levantaré el mundo.

Yo pido menos para hacerme mucho más.

Dadme *nombre* y me comprometo á vivir hasta el fin del mundo.

CURIOSIDAD.

—

Hay días insustanciales, días de universal ignorancia en que todo el mundo pregunta: «¿qué hay?» y todo el mundo contesta «no sé.»

Entre los artículos de primera necesidad, los sucesos son tan importantes como el pan.

El uno es el alimento del cuerpo, los otros el alimento del alma.

Por eso es muy natural el interés que nos inspiran la mayor parte de las cosas que no nos importan.

En esta red de calles tendida en medio de España, dentro de la que han caído trescientos mil habitantes mas ó menos felices, no ocurre nada de particular.

O de otra manera.

En esta coleccion de casas, que bien puede tomarse por una coleccion de nudos dentro de

los que se ahogan más ó menos lujosamente unas cincuenta mil familias, no hay nada de nuevo.

O mas claro.

En Madrid donde todo pasa, hemos llegado á unos dias en que no pasa nada.

La curiosidad pública, esa necesidad activa de los tiempos modernos, no encuentra nada que devorar.

El corazon menos sensible no podrá mirar con indiferencia semejante infortunio.

Se trata de un estómago inmenso afligido por el hambre.

Hé aquí un pobre de solemnidad con que no contaban las calculadoras previsiones de la filantropía.

Un hombre parado delante de una esquina y mirando con atencion al piso tercero ó cuarto de la casa de enfrente, ejerce sobre cuantos lo ven una atraccion irresistible.

El primero que pasa se le acerca, toma su misma actitud, y observa con el mismo afan.

Pasa otro y son tres.

A los cinco minutos la calle está llena de gente.

El primer curioso, cansado ó satisfecho, se escurre entre la multitud y desaparece.

Los últimos que llegan preguntan: «¿qué es?» y todos contestan: «no se sabe.»

Esto redobla el interés. ¡Quién se vá sin averiguar el suceso!

A la gente de la calle se añade la gente de los balcones.

La curiosidad es impaciente y se adelanta ella misma á desenlazar aquel misterio.

Aquí los espectadores se hacen comunicativos y se dá principio á los comentarios.

Se empieza suponiendo y se acaba afirmando.

Cada cual se lleva la verdad del suceso según lo que él mismo ha visto y oído.

Al día siguiente dice un periódico:

«Ayer intentaron robar una casa de la calle de... Los ladrones tuvieron tiempo de evadirse y los vecinos vieron á uno escaparse por el tejado.»

Esto se dice.

Otro periódico:

«Parece que la casa número tantos de tal calle amenaza ruina. Nos comunica esta noticia una persona de las que ayer tarde estuvieron observando el desnivel repentino que ha presentado la pared foral del edificio. Llamamos la atención de quien corresponda para

que se tomen las medidas convenientes á fin de evitar desgracias.»

Esto se oye.

Otro periódico:

Parece que en cierta casa de cierta calle que no debemos nombrar ha sido sorprendida una mujer casada en flagrante delito de infidelidad.»

Esto se cree.

Otro periódico:

«Se nos asegura que ayer fué descubierta una casa de juego en la calle de...»

Un periódico de oposicion:

«El espectáculo que ayer ofrecia la calle de tal, es una prueba del descrédito que va minando á la situacion. Qué leccion para el gobierno.»

Un periódico ministerial:

«En vano se intentó ayer alterar el órden por los enemigos del reposo público. La autoridad tenia de antemano el hilo de este complot y habia tomado tan acertadas disposiciones, que el plan de los descontentos quedó frustrado.»

«El gobierno está alerta y será inflexible con los culpables.»

Un curioso es el origen de tanta inquietud y de tanta noticia.

Todo es una consecuencia natural del deseo de saber que nos devora.

Yo creo que los hombres viven en sociedad por saber cada uno lo que pasa en la casa del otro.

Los sábios no son más que unos curiosos que no pueden vivir si no averiguan los secretos de las ciencias.

Buffon descubriendo al mundo todos los pormenores de la vida íntima del caballo salvaje, no hace más que la vecina del cuarto segundo descubriendo á su tertulia todos los pormenores de la vida íntima de la familia que habita en el cuarto inmediato.

Más pronto circulan los descubrimientos de la vecina, que las observaciones de Buffon.

A este deseo insaciable de saber, debe seguir naturalmente la sabiduría universal.

Me detengo á reflexionar ante tan halagüeña perspectiva.

He reflexionado profundamente y continuo.

El mundo va á ser una cátedra pública, los libros de texto serán *La crónica de la capital*, *Las gacetillas de provincias*, *El boletín del extranjero*.

Las luces van á propagarse de manera que

La noche va á quedar reducida á la triste condicion de un hecho histórico.

El sueño caerá naturalmente en desuso como una preocupacion , como una supersticion vergonzosa de los tiempos bárbaros. ¡Quién podrá madrugar entonces!

¡Curiosidad! hé aquí el movimiento más activo de la especie humana en general y de la gente de Madrid en particular.

El pueblo más curioso de España es indudablemente Madrid; pero ¡ah! no es el pueblo más limpio.

La curiosidad tiene el oído fino y la mirada pronta.

Es fácil sorprenderla alguna vez detrás de una puerta ó debajo de unas persianas.

Dicen los escépticos:

El principio de la sabiduría es la duda.

Dice la fé.

El principio de la verdadera sabiduría es el temor de Dios.

Digo yo:

El principio de la sabiduría es la curiosidad.

Si bien se examina, no existe diferencia ninguna entre el más sábio de los hombres y el más frívolo de los mortales.

¿Qué hace el sábio? averiguar.

¿Qué hace el curioso? saber.

Más trabajo cuesta sorprenderle un secreto á una familia, que sorprendersele á la naturaleza.

Newton, cuyo nombre resuena por todos los ángulos de la ciencia, consumió su vida averiguando los ocultos resortes del movimiento universal.

Como un niño delante de un reloj, pasó veinte años de su vida delante del Universo, buscando el secreto de su marcha uniforme y magestuosa.

Ningun interés tenía el Universo en ocultarlo.

Era tan fácil saberlo, que una vez descubierto, la ciencia pasmada no puede explicar cómo no se había sabido antes.

Newton, sin embargo, es un grande hombre.

Veamos ahora el reverso de la medalla.

Nos hallamos en presencia de un hombre cuya celebridad no pasa del estrecho recinto de un café, cuya fama no se extiende más allá del círculo murmurador de una tertulia y cuyo crédito, en fin, se haya estancado en esos remansos que en medio de las corrientes de la vida forman unas cuantas familias desocupadas.

Este hombre que escudriña los rincones de las casas como los sábios las páginas de los libros, ha penetrado en la misteriosa oscuridad de un gran secreto.

Debemos oirlo con verdadero asombro.

Aquella jóven rubia ó morena, alta ó baja que llama la atencion por sus extrabagancias ó por sus trajes ó por sus amantes ó por sus palcos, parece mentira, esa mujer no es hija de su padre.

Es preciso decirlo, Nevton no hubiera descubierto jamás este profundo arcano.

Se necesita más génio, más audacia, más golpe de vista, más datos, más estudio y más penetracion para averiguar que una criatura no es hija de su padre, que para descubrir la gravitacion universal.

Y sin embargo, Nevton es un sábio y ese otro no es más que un curioso.

Esto es injusto.

El imperio chino arrojado ahí en medio del mundo no ha sido hasta ahora más que un secreto impenetrable á la curiosidad de Europa.

Era la casa del vecino, cuyas persianas siempre caidas, cuyas puertas siempre cerradas nos tenian en una humillante ignorancia.

Tributemos aquí á los chinos el homenaje de nuestra imparcialidad.

No podian menos de ser verdaderos hombres de campanillas los que han sabido sustraerse por espacio de tantos siglos á la impertinente curiosidad del mundo.

La curiosidad tiene tambien sus mártires. ¡Cuántos curiosos no han lavado con su sangre las calles de Madrid en dias de revolucion!

La curiosidad, como el hambre, es más viva cuando menos tiene con que satisfacerse.

Por eso un dia sin acontecimientos puede considerarse por los economistas como un dia sin pan.

Los habitantes de Madrid deben hacerse esta reflexion desconsoladora:

«¡Un dia hermoso, una noche serena, calles anchas, plazas pequeñas y grandes, paseos espaciosos, muchos palacios, infinitos cafés, siete teatros, coches, templos, la Bolsa, el Senado, el Congreso, trescientas mil almas juntas y no sucede nada!»

«¿Quien no se fastidia?»

Por eso todo el mundo pregunta: «¿qué hay?» y todo el mundo contesta: «no sé.»

El deseo de saber y la ignorancia luchan en

los sitios públicos y en las casas particulares sin poderse vencer.

Parece imposible que en el centro de Castilla la Nueva no haya nada nuevo.

En el gobierno los mismos hombres, en el Congreso los mismos diputados, en el Senado los mismos senadores, en el paseo la misma gente, en los teatros las mismas funciones; siempre lo mismo.

Curiosidad: he aquí todo un secreto.

Curiosidad es la que impulsa al botánico á saber lo que pasa en la vida íntima de las plantas.

Curiosidad es la que levanta los ojos del astrónomo y le hace espiar escondido detrás de un telescopio los movimientos de los astros.

Curiosidad es la que lleva al naturalista á observar los instintos de los animales.

La curiosidad ha inventado la historia, los viajes, el microscopio, las persianas, la policía, el telégrafo, los lentes y las noticias.

En el amor hay lo menos dos terceras partes de curiosidad.

Detenerse á reflexionar delante de un pensamiento, es una cosa semejante á pararse en una esquina para oír la conversacion de los que hablan cerca de ella.

Las miradas no son más que preguntas.

Dos que hablan al oído no son más que los términos de un problema cuya incógnita tratamos de averiguar.

En vuestras desgracias y en vuestras felicidades haced esta cuenta, de las personas que vayan á visitaros:

Dos van porque os estiman, cinco porque no os aborrecen, diez porque os necesitan y veinte por curiosidad.

¿Quereis mortificar al género humano? Pues convencedle de que poseeis un secreto que no podeis decir.

La jóven más inocente comprende que su presencia repentina ha interrumpido una conversacion. Por si esa jóven tiene novio no quiero decir á qué averiguaciones puede conducirle su curiosidad escitada.

Los niños suelen hacer preguntas á las que no ha podido nadie contestar todavía.

Una carta cerrada escita mucho más interés que una mujer hermosa.

¡Pobre amante, si la dulce niña á quien adora ha visto algo detrás de los visillos de la casa de enfrente!

La curiosidad es el principio de la sabiduría.

Las ciencias han nacido de la curiosidad. El deseo de saber ha hecho á los sabios; el deseo de saber ha hecho á los ociosos.

Eva es la primera muestra de la sabiduría humana.

La política no es otra cosa que pura curiosidad. Es preciso saber lo que hace el gobierno y el gobierno necesita saber lo que hacen sus enemigos.

Una contribucion no es más que una incógnita despejada; una mirada oficial que se echa al bolsillo de cada prójimo; una especie de sonda; una simple curiosidad.

Un crimen es á los tribunales lo que la X á los matemáticos.

Si no existiera la curiosidad no se podria vivir; y sin embargo, yo creo que nos morimos únicamente por averiguar lo que pasa en el otro mundo.

LA SEMANA SANTA.

I.

Hay dias cuya santa solemnidad viene á despertar en nuestro corazon el sentimiento más alto de nuestra existencia, el recuerdo más misterioso de nuestro origen, la única esperanza de nuestro porvenir.

La religion llama á nuestra memoria con la voz de diez y nueve siglos.

Empieza hoy el gran aniversario de la redencion del hombre.

La raza de Adan ha sembrado la tierra de iniquidades.

Todas las aguas del dilubio no han podido lavar la inmensa mancha de sus delitos.

Solo puede borrarla la sangre de un Dios.

No hay castigo que iguale al crimen y es preciso un sacrificio.

La justicia pide la espiacion, la misericordia ofrece la víctima.

El mundo está cubierto de opróbio: la víctima ha de ser pura y la víctima baja del cielo.

Se acerca el gran día y entra en Jerusalem el Redentor del mundo.

Ei pueblo ciego que lo ha de sacrificar, lo recibe con palmas triunfantes y con ramos de oliva. «Tendia sus vestidos por el camino y echaba ramas de árboles y hojas de flores y lo seguia clamando: Bendito sea el que viene en nombre del señor.»

Poco despues lo crucificó.

Uno de sus discípulos lo vende 'por treinta monedas de plata, y la señal para entregarlo á sus verdugos es un beso de paz.

San Pedro lo niega tres veces.

Es abofeteado y azotado, escupido y escarnecido.

Ciñen á su cabeza una corona de espinas.

Barrabás es preferido á Jesús.

Lo llevan á casa de Caifás, á casa de Pilatos, en medio de las injurias de un pueblo frenético.

Al fin lo condenan á muerte.

Colocan sobre sus hombros el terrible instrumento de su suplicio.

Tres veces besa la tierra agoviado bajo el peso de la cruz.

Sube al calvario y sus manos y sus piés son desgarrados por los agudos clavos que los traspasan.

Así es suspendido en el aire y colocado entre dos ladrones.

Todavía lo insultan.

Los soldados se juegan su túnica.

Su agonía es lenta.

Se diría que la muerte no se atreve á penetrar en aquel cuerpo sagrado.

Es preciso que aquellos augustos dolores no tengan ejemplo y hasta el respeto de la muerte es cruel para la víctima.

Tiene sed y humedecen sus lábios moribundos con una esponja empapada en hiel y vinagre.

Parece que la ferocidad humana ha agotado sus terribles recursos en este cruento sacrificio.

¡Qué nuevo suplicio, qué nuevo tormento queda que inventar á la imaginacion más cruel y más fecunda!

¿No se cree que la barbárie de los hombres ha llegado á los límites de la perversidad?

Pues sin embargo, aun hay una gota, la última gota, en el fondo de ese cáliz de amargura.

Falta todavía el último ultraje y la última crueldad.

Lonjinos clava su lanza en el pecho del hijo de Dios y el sacrificio queda consumado.

La razon turbada se detiene en el umbral de este drama sublime, cuyos lugares son la tierra y el cielo; sus personajes Dios y los hombres; su tiempo la eternidad.

Se detiene atónita ante la inmensidad de una misericordia más grande que el Universo.

¿Cómo ha de penetrar el hombre en el recóndito seno de ese amor infinito?

Dios mismo baja á sacrificarse por los hombres. El altar es la tierra y la víctima está sobre el altar.

Ha tomado carne para que sea despedazada, ha tomado sangre para perderla hasta la última gota, se ha hecho hombre para no desperdiciar ni uno siquiera de sus dolores.

Pero ¿quién se atreve á poner sus manos impías sobre este cordero inmaculado?

El aire se perfuma para que él lo respire, la

mar se humilla ante su planta, el fuego se oscurece ante sus ojos, la tierra se estremece de dolor al anuncio de su muerte.

¿Qué tierra hambrienta se atreverá á devorarlo?

¿Dónde está el brazo que ha de herir á la víctima?

De la misma raza que va á ser purificada salen los verdugos.

Este es el misterio que viene á llamar á las puertas de nuestro corazón.

Este es el eco inestinguible que viene de siglo en siglo, de año en año, gritando por todos los ángulos de la tierra: el hombre está redimido.

La Semana Santa es el augusto aniversario de una pasión tremenda, es el recuerdo de nuestra salvación.

El bullicio de los placeres huye avergonzado, los vicios se ocultan, las pasiones se amansan y la fé llena los templos.

Parece que se respira una atmósfera más suave, y que todos los corazones palpitan á la vez oprimidos por el peso de una santa tristeza.

En Madrid se esparce un silencio que todo lo llena.

El ruido tumultuoso de esta poblacion desaparece.

El estruendo de los coches se suspende; las campanas mudas no se atreven á turbar el reposo del aire y la gente va de templo en templo silenciosa y tranquila.

Todo se suspende en estos dias de recogimiento y de tristeza, como una señal de luto.

La Iglesia celebra los funerales del Hijo de Dios.

La contemplacion de este santo misterio abisma el espíritu, entristece el corazon y malienta la esperanza.

Todo lo que pide el Díos crucificado es arrepentimiento.

Los misterios de la religion cristiana son para los ojos mortales, lo que la luz intensa de un sol de medio dia para esas aves que solo pueden ver en la oscuridad de la noche.

Semejante al sol, todo lo llena de claridad, sin que sea posible fijar en ellos por mucho tiempo los ojos.

El talento más poderoso puede ser incrédulo; pero ¿llegará á serlo nunca un corazon sublime?

¡Cuántas veces los *espíritus fuertes* descu-

brirán su cabeza ante el sepulcro de un ciudadano que dió su vida para la salvacion de su pátria!

¡Cuántas veces doblarán la rodilla ante la estatua de un rey que ha salvado á su pueblo á precio de su sangre!

Y sin embargo, no creen que un Dios se sacrifique por la humanidad.

¿Negarán la deuda porque no hay con que pagarla?

¿Puede un padre entregar al verdugo su cabeza por salvar la de su hijo; puede una madre dejarse despedazar por no perder el fruto de sus entrañas, y no puede Dios derramar su sangre para redimir al mundo!

Por esto es la continuacion del sacrificio.

La pasion no ha concluido.

Los personajes del drama santo prevalecen.

Caifás está todavía entre los hombres.

Pilatos se ha perpetuado.

Judas sigue vendiendo á su maestro, por treinta monedas de plata.

La turba que pide la libertad de Barrabás queda todavía sobre la tierra.

La pasion es la historia de la humanidad.

El mundo es el Calvario de la verdad, de la justicia y de la virtud.

Pero así como la sangre del cordero divino no se borrará jamás de la tierra, la verdad, la justicia y la virtud serán eternas.

¡Jerusalen! Tú te has extendido por el mundo, pero al llevar tu iniquidad, llevas también la antorcha que ilumina la tierra.

La cruz se levanta delante de nosotros para guiarnos en esta dolorosa peregrinación.

Ya no es posible perderse sin quererse perder.

II.

El tiempo es santo.

Por vigoroso que sea el impulso que nos tiene en continuo movimiento, hemos llegado á ese período del año, á esa semana solemne en que es preciso pararse.

Parece mentira; después de haber adelantado tanto llegamos á un momento en que no hay más remedio que retroceder.

Hé aquí un caso que no se había previsto al declarar á la humanidad en perpétuo progreso.

Se me representa en estos días el espíritu humano bajo la forma de un niño que ha perdido su casa.

Se ha extraviado en el confuso laberinto que forman las encrucijadas de una ciudad populosa.

Las calles le van saliendo al encuentro como si experimentáran un verdadero placer en apartarlo cada vez más de las inmediaciones de su casa.

Se puede decir que una lo deja y otra lo toma.

Por un refinamiento de crueldad incalculable parece que cada esquina le hace creer que detrás de ella acaba de ocultarse lo que busca.

Todas las *bocas-calles* se le acercan y pronuncian á su oído, como la revelacion de un secreto, estas engañadoras palabras:

«Por aquí.»

Las casas mismas, que llevan en sí la alta misión de poner al hombre á cubierto de las indiscreciones de las calles; ellas que guardan tantos secretos y ocultan tantas miserias; caen también en la debilidad de engañar al pobre niño que ha tenido la desgracia de estraviarse.

A lo lejos todas las casas le parecen la suya.

Pero, ¡bah! ¿quién no toma parte en la tarea, cuando menos divertida, de estraviar más y más al que una vez ha empezado á perderse?

Si un niño no es un testimonio bastante seguro, pregúntesele á las mujeres.

Si la palabra de una mujer no basta, pregúntesele á los poderosos.

Desgraciado de aquel que empieza á volverse loco. ¿Quién al pasar junto á él no echará una gota más en el vaso de su locura?

En el camino de la perdición el primer paso es el difícil, porque todo lo demás nos lo encontramos hecho.

¿Qué hay en el fondo de los abismos, que no podemos mirarlos sin sentir un impulso irresistible de arrojarnos en ellos?

El niño va de calle en calle, de casa en casa, esto es; de desengaño en desengaño y sin embargo, cada vez cree hallarse más cerca de lo que busca.

No son solamente las calles las que lo extravían, ni las casas las que lo engañan.

Cuantas mujeres vé le parecen su madre.

Todos los niños que encuentra le parecen sus hermanos.

Todos los hombres que cruzan delante de él le parecen sus vecinos.

El tiempo que no es curioso quizá porque todo lo sabe, pasa como siempre sin detenerse ni un momento siquiera á presenciarse los variados incidentes de este incesante espectáculo que se llama mundo.

Si el tiempo fuera curioso, probablemente estaríamos aun en los primeros tiempos.

Pero en vano se llena nuestra época de grandes acontecimientos, de raros sucesos, de admirables descubrimientos.

En vano se tienta la curiosidad de ese sér incomprendible, trazando ante sus ojos misteriosos geroglíficos, planteando absurdos problemas, anunciando interesantes imposibles.

En vano la naturaleza misma se empeña desde el principio del mundo en detenerlo.

Cuatro esfuerzos hace todos los años.

Agota en la primavera los recursos de su belleza, como si quisiera encadenarlo á su hermosura.

Enciende en el verano todo el fuego de su grandeza para sujetarlo á su deseo, como la luz de una bujía encadena al rededor de la llama el inconstante vuelo de una mariposa.

Derrama en el otoño todos los encantos de la tristeza, de esa tristeza irresistible con que las mujeres bañan sus ojos cuando quieren detener al amante que se les escapa.

El invierno tiende por todas partes el frío de la muerte: el agua se detiene, la vegetacion se para. Todo es en vano: ni lo seduce la hermosura, ni lo deslumbra la luz, ni lo enternece la tristeza, ni lo hiela la muerte.

El tiempo es así; tenaz como la gota de agua

que taladra la piedra, inflexible como la línea recta.

Jamás hemos podido detenerlo.

Ni siquiera vuelve los ojos á mirar, aunque sea de lejos, este magnífico espectáculo, esta gran batalla que se están dando nuestra soberbia y nuestra miseria.

A pesar de nuestra atronadora algarabía, el tiempo pasa indiferente, impasible.

¡Cuánto desden hay en su imposibilidad!

¡Cuánto desprecio en su indiferencia!

No sabe uno si se debe indignar ó avergonzarse.

El tiempo pasa y el niño no encuentra su casa.

Las cosas que se buscan no son precisamente las que se encuentran.

¡Cuántas cosas no se habrían encontrado aun si no hubieran tenido ellas la condescendencia de venir á ponerse en nuestra presencia!

Casi siempre que se descubre algo, lo primero que se vé es que ha podido descubrirse antes.

Después que se sabe una cosa, parece mentira que no se haya visto hasta entonces.

La ciencia ha pasado muchas veces por delante de los descubrimientos que más la enorgullecen sin verlos, hasta que ellos mismos han dicho: Aquí estamos.

El corazón humano que busca un objeto de cariño, suele no encontrarlo hasta que él mismo le sale al encuentro y le dice: Yo soy.

De esta manera le sale al paso la madre al niño extraviado; lo coge de la mano y lo hace retroceder hasta su casa, desde cuya puerta se había perdido.

Hé aquí lo que hace la Semana Santa.

Nos sorprende en medio de nuestros extravíos; nos coje de la mano y nos hace retroceder diez y nueve siglos.

En medio de esta civilización opulenta y sabia, en medio de esta libertad moderna y de esta razón casi acabada de hacer, me parece que tenemos derecho á preguntar.

Nosotros decimos: ¿Quién eres?

La Semana Santa nos contesta con la voz de nuestra misma conciencia:

Yo soy una tradición inmortal.

Este aniversario agosto viene como un rayo de luz á mostrarnos el abismo que valido de la oscuridad nos atrae hácia sus profundidades.

Por más que gritemos adelante, la Semana Santa nos hace volver atrás.

Esto se verifica de una manera misteriosa y triste.

El ruido de la vida, el tumulto de las pasio-

nes y de los intereses y la agitación de los placeres, se apagan como una voz que se extingue.

Parece que la humanidad se oculta en el silencio y en la tristeza, como si no quisiera sea reconocida.

Va á prosernarse ante un sepulcro que ella misma ha abierto, va á besar los piés de la víctima que ella misma ha crucificado.

No es Madrid el pueblo de España donde esta solemnidad se celebra con la pompa magestuosa con que tan augusto misterio debe retratarse á los ojos del pueblo.

¿Y por qué?

En Madrid hay de todo: magníficos palacios; un gran teatro; acaso un gran pueblo; muchos grandes hombres; casi toda la grandeza de España; de aquí salen siempre las grandes cosas: tal vez en estos instantes se fraguan grandes acontecimientos.

Esto es natural: los que gozan, los que medran, los que intrigan, los que saben vivir, no debían quedar desatendidos.

Los que creen... eso es otra cosa. Quizá quieren demasiado para estos tiempos de economía y de política.

Quieren un gran templo.

EL CRÉDITO.

Tiene la riqueza su perfume como las flores, su espuma como el agua, su atmósfera como la tierra, su espacio como el Universo, su poesía como el corazón, su espiritualismo como las ideas.

El crédito es al dinero lo que el resplandor á la luz, lo que la sombra al cuerpo, lo que el eco á los sonidos.

Se puede decir que la riqueza es una especie de aritmética, en que los guarismos inflexibles no suman nunca más que la cantidad exacta, esto es, la cantidad que hay; al mismo tiempo que el crédito es una especie de álgebra que nos representa por medio de letras fantásticas las cantidades que se sueñan.

Aunque parezca raro, es indudable que la

riqueza tiene su metafísica, su parte abstracta, su fantasía.

El dinero es la realidad y el crédito la ilusión.

Crédito, digan lo que quieran los economistas, no es más que la pompa del capital, el brillo del oro, el ruido del dinero.

Por medio de ingeniosas combinaciones de cristales, se ha conseguido dar á los objetos más imperceptibles dimensiones fabulosas.

Así es, que al través del microscópio, una gota de agua nos parece el mar, un grano de arena una montaña.

Mucho antes que la ciencia descubriera este medio sencillo de engrandecer todo lo pequeño, la razón, las pasiones y los deseos habían hecho mares de gotas de agua y mundos de granos de arena.

La razón tomó por su cuenta á ese grano de arena que se llama hombre, y nos lo hace ver por un esfuerzo de óptica bajo las formas gigantescas de un Dios.

El amor no quiso ser menos que la razón y apoderándose de nuestros ojos, cogió esa gota de agua que se llama mujer y la hizo aparecer sobre la tierra tan grande como un océano de felicidad.

Los deseos, ese vidrio de aumento al través

del cual miramos todo lo que apetecemos, nos presenta continuamente mundos ignorados y cielos desconocidos, que á la simple vista, no son más que granos de arena y gotas de agua, que el viento de una noche se lleva ó el sol de una mañana disipa.

El nombre, esa contraseña con que viajamos por la vida, tampoco quiso contentarse con los límites propios de su naturaleza, é inventó el eco prodigioso de la fama y el cristal fantástico de la gloria.

Por medio del ingenioso mecanismo de la posteridad, adquirió el privilegio exclusivo de irse engrandeciendo en la misma proporción que se va alejando.

Este sistema inesplicable que consiste en aumentar una cantidad sin añadirle nada, se interpuso misteriosamente entre las íntimas relaciones de los números y se encuentra medio escondido en las primeras nociones de la aritmética.

Cero: hé aquí la demostración matemática de ese sistema,

Aplíquese el cero á la derecha de cualquier guarismo y la suma crece indefectiblemente, sin que pueda decirse que se le ha añadido una nueva cantidad.

La riqueza, cuya propension natural es á aumentarse, debió pensar sériamente sobre todo esto y debió buscar para sí la aplicacion eficaz de un sistema tan maravilloso.

A fuerza de discurrir, tropezó con un rayo de luz.

Brilló á sus ojos el oro como un pensamiento luminoso, ó mejor dicho, como la forma de su pensamiento.

El problema le debió parecer resuelto á primera vista. La cuestion era llenar un espacio vacío y adquirir al mismo tiempo la facilidad de moverse en todas direcciones.

El oro por una condescendencia sin ejemplo se prestó á la prueba, sin duda por la codicia de aumentar su valor.

Entregóse á las terminantes exigencias del cuño y la moneda apareció como una espression feliz, como la fórmula ignorada de una idea que todavía no habia tenido su perfecta representacion.

La riqueza adquirió, por decirlo así, su palabra, su frase corriente, su traduccion natural y el dinero se hizo el intérprete de todo valor, abarcando hasta el valor inmenso que un hombre necesita para venderse.

Así empezó el dinero su brillante carrera.

Su mision era llenar el vacío y se hizo de oro para deslumbrar, se hizo sonoro para meter ruido y redondeándose poco á poco, consiguió la figura más á propósito para circular rápidamente por la superficie de la tierra.

Pero todo esto no era en realidad más que un paso; la ilusion fué desvaneciéndose y resultó al fin:

Primero, que el resplandor era mayor que la luz.

Segundo, que era más el ruido que las nueces.

Tercero, que la rapidez no consigue jamás que un cuerpo pueda estar á un mismo tiempo en todas partes.

Suma total: que el dinero no llenaba el vacío del bolsillo público ni el de los bolsillos particulares.

En vano corria de un punto á otro saltando de una á otra mano, escapándose sucesivamente de todas partes para no hacer falta en ninguna.

El bolsillo es intransigente como el estómago y cuando se siente vacío no hay manera de convencerle.

Habia necesidad de descubrir un medio más seguro, un procedimiento más completo, por-

que el dinero no era bastante y la riqueza no crecía con la rapidez necesaria.

Era preciso crear el microscópio, el espejo de aumento, el cero maravilloso.

Un día la riqueza, fatigada de verse tan pobre de recursos, debió quedarse dormida.

Si los sueños son algunas veces las representaciones engañosas de nuestros más vivos deseos, la riqueza debió soñar que se multiplicaba como las arenas del mar y como las estrellas del cielo.

Si lo soñó, debió creerlo; porque una de las cosas más admirables del sueño, es que después de habernos engañado mil veces, no hay una vez siquiera que soñando no nos parezca verdad todo lo que soñamos.

La mentira no ha encontrado otra manera de vivir y así es que muere en el momento que deja de parecer verdad.

Despertar es simplemente salir de un error.

Pero la riqueza se encontraba en el caso de aprovechar hasta el último recurso y la verdad es, que durante el sueño había creído en su prodigiosa multiplicación.

No se daba cuenta de cómo había podido dejarse engañar.

Sin saberlo estaba al borde del descubrimiento.

El fenómeno que no comprendía, no era ni más ni menos que lo que buscaba.

¡Crear en una riqueza imaginaria! Esto no cabía dentro de la cabeza positiva del dinero.

No obstante, el dinero es calculador y al fin penetró en el secreto.

En él estaba el microscópio, el espejo de aumento, el cero inagotable: allí estaba el CREDITO.

Á esta palabra mágica, el bolsillo se dilata como un pecho que respira y se transforma en Bolsa.

Necesitaba un nombre proporcionado á su nueva magnitud.

Existia el gérmen de una raza oscurecida, ignorada, que aun no habia encontrado la aplicacion de sus facultades; un nuevo sér que necesitaba otra atmósfera para vivir y detrás del crédito brotó el banquero, como brotaron nuevas generaciones de plantas despues de las aguas del diluvio.

Le llegó su vez y apareció: antes no habia tenido nada que hacer sobre la tierra.

Hasta entonces no se habian conocido más que en el mar los bancos de arena, en los jar-

dines los bancos de piedra, los banquetes en ciertas solemnidades y el banquillo de los acusados en todos los tribunales.

De repente apareció el *Banco*.

Banco es la facultad de disponer de mil no teniendo más que quinientos.

Es doblar un capital con la misma prontitud y con la misma facilidad que se dobla una esquina.

Es omitir dinero y emitir papel.

Es el modo sencillo y breve de pedir dinero prestado á todo el mundo por medio de billetes.

No es solamente el modo sencillo de pedirlo, sino tambien el modo de obtenerlo sin rédito ninguno.

Crédito, que segun los economistas, quiere decir confianza, es una palabra que se aplica indistintamente al bolsillo de cualquiera.

Más que confianza debia llamarse franqueza.

Es una promesa que va de un punto á otro con incansable movilidad y que nunca se cumple por completo.

Crédito es el déficit que no se liquida jamás definitivamente.

Colóquese un duro en el centro de un círculo de espejos, y la multiplicacion saltará á la

vista. Tratándose de espejos, esta es una verdadera especulación.

El que tiene un duro, tiene muchísimo más de veinte reales. Tiene tantos duros como personas saben que lo tiene.

Por otra parte, el crédito no es la medida de lo que hay, sino la suma total de lo que debía haber. Por eso es tan grande.

En todo grano de trigo hay una espiga. No falta más que sembrarla, cuidarla por espacio de muchos meses y que al fin la espiga cuaje y se sazone.

Esto, como se vé, es minucioso, largo é inseguro. El crédito es la rápida abreviatura de todo esto.

No necesita sembrar el grano de trigo ni cuidarlo para traducir en pan la espiga que no ha nacido todavía.

El crédito ha venido en cierto modo á sustituir á la caridad. Antes el que no tenía un cuarto, vivía de limosna; ahora el que no tiene dinero vive de crédito.

No debe extrañarse, por lo tanto, que el crédito haga tanto papel.

Lo natural, lo lógico, es que el hombre se coma lo que se le pone delante, y delante tiene siempre todo lo que está por venir.

El crédito ha suprimido el tiempo y ha borrado el espacio.

Lo que puede ser alguna vez es ya, ha dicho y es.

La fuerza de todo sofisma consiste en hacer que las cosas sean lo contrario de lo que son.

Así es que se ha hecho del crédito una inmensa riqueza, siendo por el contrario una inmensa necesidad.

Nos parece que es lo que sobra cuando no es más que lo que falta.

EL DINERO.

Indudablemente hay muchas cosas que contar: pero yo no las sé ó no debo saberlas.

Los sucesos tienen tambien su vida privada, en la que no es lícito meterse.

Seria verdaderamente una trasgresion abominable del sentido moral hacer que el público penetrara en el hogar doméstico de los acontecimientos.

¿Qué efecto tendria la representacion de una comedia si el auditorio pudiera estar al mismo tiempo en las butacas y entre bastidores?

Hay ocasiones demasiado frecuentes en que es preciso que el hombre ignore lo que sabe.

Los acontecimientos tienen tambien su pudor y salen á la calle como las mujeres honestas, esto es, perfectamente vestidos.

Nadie tiene derecho á levantar el velo con que se cubren.

Así es, que circulan en todas direcciones una porcion de secretos que el público guarda con religioso silencio.

Hay muchas cosas que no se pueden contar.

En cambio se puede contar el dinero públicamente.

Esto es lo que más circula en Madrid.

¡Qué ameno debe ser un cuento de duros!

Dejo á mis lectores que calculen el interés que pueden llevar consigo veinte millones de reales.

Ignoro cómo no se ha ocurrido á alguno de nuestros escritores dramáticos la idea de una comedia cuyo título fuera: ¡«Un millon de reales!»

Este sería un argumento digno de contarse.

Dice la medicina: el hombre no puede vivir sin aire, sin agua, sin pan.

Me parece mucho más sencillo que hubiera dicho: el hombre no puede vivir sin dinero.

Es verdad que la medicina está muy atrasada: todavía cree que un hombre no puede vivir sin corazon.

El que tenga una onza de oro, que la con-

sulte y ella le dirá: lo que el hombre no puede es vivir sin bolsillo.

Quando yo considero que Matusalem vivió novecientos años, me convenzo de que la invención del dinero es posterior á los patriarcas.

Desde que el dinero es la vida, nadie se atreve á vivir novecientos años.

¿Quién podría reunir el capital que se necesita para vivir tanto tiempo?

Y esto es evidente.

Quando se trata de un hombre muy pobre todo el mundo exclama lleno de admiración: ¡no se sabe cómo vive!

La avaricia es casi siempre una pasión de la vejez y se concibe perfectamente: los que más desean vivir son los viejos.

Son muy pocos los avaros que se mueren jóvenes, porque aplazan la muerte indefinidamente como una deuda que tienen que pagar.

Yo creo tambien que el avaro, ese pellejo de onzas, solo se muere de sentimiento: lo ahoga una idea tierna.

La idea de que no pueda llevarse sus tesoros lo mata.

De esta triste necesidad no se convence hasta el último momento, por cuya razón no se muere antes.

¡Dinero! esa es la vida. Un pobre es un cadáver; por eso se le sepulta en el Hospicio.

Entre los hombres y las mujeres, los hombres pueden ser mas pobres, porque ¿qué mujer no tiene á lo menos un cuarto de hora?

Una de las cosas que en Madrid cuestan más dinero son los cuartos. Los caseros los cambian por oro.

Mi casero, elevando su pensamiento á la altura de su casa, ha escrito en la puerta del último piso esta doble idea.

CUARTO CUARTO.

Con este argumento quiere convencer á los inquilinos de que deben pagarle dos alquileres cada uno.

Oyó una vez un casero de Madrid contar que al regicida Damiens lo habian hecho cuartos.

—Ah, dijo con cierta envidia, en París los alquilaria al momento,

Dudo que haya en Madrid algun casero á quien no se le ocurra á menudo la idea de alquilar los cuartos de la luna.

¡Cuarto! palabra de doble sentido, que es al mismo tiempo la espresion más oscura del dinero y la manifestacion más ínfima del hombre.

Lo último que la moneda puede ser en un capital cualquiera, es cuarto; lo menos que un hombre puede ser en cualquiera capital, es inquilino.

Así empieza el dinero y el hombre.

Se unen necesariamente en cuanto se ven, en cuanto se tocan, como el aire y los pulmones, como la luz y los ojos.

En el sistema monetario se procede por síntesis. Así se vé que una peseta no es más que la condensación de treinta y cuatro cuartos, y una onza la quinta esencia de diez y seis duros. Por lo cual podemos decir:

La gran síntesis es el oro.

Es singular: Dios hizo al hombre de un poco de barro y encerró dentro de él un soplo de su inteligencia.

El hombre ha cogido un poco de oro y ha encerrado dentro de él su pensamiento.

El dinero engrandece; por eso el hombre no tiene inconveniente en ser ruin para llegar á ser rico.

El oro todo lo puede.

Esto lo ha dicho el hombre para dejarse vencer sin esfuerzo.

Todo el que cuente mucho dinero acabará casi siempre con las manos manchadas.

Se me figura que las felicidades humanas son indignas del hombre desde que se compran con oro.

¡Y qué virtudes son las que se premian con el dinero!

Todavía no he podido averiguar el mérito que tienen los números que tan á menudo premia la lotería.

Se han elegido para las monedas los metales, esto es lo más frío, lo más duro, lo más insensible que hay en la naturaleza.

¡Un duro! ¿se le puede dar á una moneda un nombre más elecuento?

¿Hay algo en el Universo más cruel que los veinte reales que un padre necesita para dar de comer á sus hijos en un dia de hambre?

El dinero desaparece lo mismo que la vida, llevándose todo.

Con el último duro suele irse el último amigo.

Los sastres son unos grandes filósofos que conocen al hombre perfectamente.

Ellos le llenan la ropa de bolsillos.

En Madrid para tener sed en medio de la calle, hay que consultarlo con el bolsillo y pedirle licencia á un cuarto por lo menos.

Yo he llegado á sospechar que algunos po-

bres no se mueren porque no tienen con que morirse.

¡Dinero! esto es lo que circula por Madrid. En este Océano todo el mundo navega por llegar á puerto rico.

Hay hombres que se enamoran de las mujeres rubias solo porque tienen cabellos de oro.

Desde que se ha descubierto que se puede *hablar en plata*, andan los hombres unos detrás de otros cogiéndose las palabras.

Hé aquí á Madrid: piés de barro, cabeza de aire, corazon de oro.

Estoy seguro de que no faltará quien guarde cuidadosamente estos renglones, porque al fin y al cabo están llenos de dinero.

Se cae un hombre en medio de la calle y la mayor parte de la gente que transita por ella sigue su camino como si tal cosa; pero deje usted caer una peseta y que suene sobre las baldosas y todas esas gentes detendrán el paso.

El ladron, que es el hombre que mas profundas observaciones hace sobre sus semejantes, lleva siempre en la boca de su pistola este incontestable dilema: la bolsa ó la vida.

Él sabe que solo la vida puede valer tanto como la bolsa.

Desde luego el dinero vale más que la felicidad.

He oído algunas veces á los ricos soltar estas palabras:

—Ah, los pobres son mucho mas felices que nosotros.

De lo cual deduzco yo que al hombre le cuesta menos dar á otro más felicidad de la que él tiene, que darle dos cuartos.

En fin, la soberbia humana tiene que reconocer la humillante verdad que se encierra en estos dos últimos renglones.

No hay más que arrojar un duro al suelo para que todos bajemos la cabeza.

UN VIAGE BARATO.

Madrid está muerto.

El verano, que dá vida á los campos, mata á las ciudades.

Cuando los pájaros hacen sus nidos y los árboles se cubren de frutos y las llanuras de mieses y los montes de verduras, las ciudades, esa segunda naturaleza de piedra, de ladrillos y de cal, que ha hecho el hombre civilizado, detienen su existencia, suspenden su agitación, esperando para recobrar todo el calor de su vida afanosa y brillante, los frios y las oscuridades del invierno.

Parece que los grandes centros de la vida humana se despojan de sus encantos en el momento en que la naturaleza se adorna con los suyos.

Así como en Madrid no hay gente, medianamente ilustrada, que no haga de la noche día, así estas ciudades populosas, estas columnas de la humanidad, hacen del invierno de la naturaleza el verano de su vida.

Mirad á Madrid.

Está sentado sobre una llanura árida y estensa, como un viajero fatigado en medio de un camino.

Abre sus calles espaciosas para respirar y traga polvo. Se ha reclinado sobre la orilla de un río que apenas anda oprimido por la sed; y en vano pretende ocultarse á las miradas del cielo bajo unos cuantos árboles que no le dan sombra.

Se vé triste, desmayado como la luz de una bugía sorprendida por la claridad de la mañana.

Visto desde la cumbre de la montaña del Príncipe Pio, durante la noche parece un cementerio. Sobre todo, á los pálidos reflejos de la luna.

Desde este sitio, ayudada la vista por la fantástica red de luces que se agitan en su recinto como esos fuegos misteriosos que brotan de las sepulturas, se pueden leer singulares epitafios.

Ved aquí unos cuantos.

Pero no; respetemos los misteriosos secretos de la corrupcion. Tengamos á lo menos el pudor de nuestras miserias.

Suspendamos esta escursion fúnebre, porque no tenemos derecho á penetrar en el hogar doméstico de los muertos.

Dejemos á Madrid.

Para dejarle no tengo más camino que el que me abra mi pluma sobre el papel; pero es bastante.

Voy á echar un vuelo por el risueño campo de mis deseos.

Es un viaje para el cual no necesito ni asiento en la diligencia, ni equipage, ni pasaporte.

Viaje barato que pueden hacer conmigo todos los pobres.

Es una escursion de verano que, para hacerla, no se necesita dinero.

No hay un avaro que, al leer estos renglones, no abra los oidos tanto como abre las manos cuando recoge la usura, que es la cosecha de la avaricia.

Yo mismo estoy asombrado al tropezar con la idea de que puedo dar un paso entre los hombres sin que me cueste el dinero.

Antes de ponerse en marcha, hay que resolver una cuestión importante: es preciso saber á dónde vamos.

Casualmente y por una extravagancia sin duda, la tierra está poblada de lugares desiertos y el mar nos rodea como si nos quisiera prender.

Esta especie de contrasentido trae otro: podemos hacer una elección libre.

Es decir, que podemos más que el gobierno.

No hay más que pedir: la naturaleza paga.

Pido, pues, la falda de una montaña, cubierta de césped, sombreada de manzanos y de arbustos silvestres:

Quiero que esté airosamente cortada por un valle cuajado de castaños, por entre los cuales ha de saltar un arroyo, fresco como la cara de un niño, y limpio como la pluma de un cisne.

No creo que mi mujer se ofenda porque yo me recueste sobre esa falda graciosa.

Necesito una colina que se levante á mi espalda, más accidentada que una soltera de treinta años y más caprichosa que una señorita de quince.

Me es indispensable un precipicio por donde baje cubierto de espuma, semejante á un

caballo desbocado, un torrente impetuoso, sobre el cual es preciso que se adelante una roca pelada, calva como la cabeza de un anciano que lee en aquel libro la impetuosidad de las pasiones y la rapidez de la vida.

Este paisaje es necesario que descienda en suaves ondulaciones hasta esconderse debajo de las ondas del mar.

¡El mar! magnífico lienzo que tiene por marco el horizonte.

Soberbio elemento que azota sin descanso las rocas de la costa y lame eternamente las arenas de la playa.

Ya estamos en las orillas del mar: las olas se empinan y se levantan y se amontonan y van sucesivamente doblándose hasta besar nuestros piés.

Al verse uno sorprendido con este saludo súbito, no puede menos de retroceder algunos pasos exclamando: ¡Hola!

Hé aquí el sitio que elegimos para pasar el verano.

No he pedido flores ni pájaros, porque donde hay agua y aire las flores no faltan ni los pájaros huyen.

No he pedido cielo, porque el cielo está en todas partes.

Pero necesito sobre todo tener aquí á mi mujer, porque solo sentiria á medias la risueña perspectiva de este paisaje solitario sin esa mitad de mí mismo.

Los que vengais, traeos vuestros hijos y todo lo vereis con muchos ojos y todo lo sentireis múltiple como si tuviérais muchas almas y muchos corazones.

Es imposible dejar á Madrid con menos incomodidades y menos gastos.

La imaginacion es un recurso que siempre está dispuesto á satisfacer nuestros deseos.

El hombre tiene dentro de sí un amigo complaciente que todo se lo facilita.

La ilusion es la realidad de los que no tienen un real.

Es el fausto de los pobres y el ferro-carril de los deseos.

Yo no he encontrado otra puerta para salir de Madrid y se la dejo abierta á los que quieran imitar mi ejemplo.

¡Cuántos estarán viajando como yo!

LA FORTUNA.

Hay dos fortunas.

La primera consiste en una combinacion feliz de circunstancias que nos proporcionan un bien inesperado. Misteriosa reunion de elementos que vienen á realizar repentinamente el mas ardiente de nuestros deseos.

Esta es la fortuna con que contaba César, casi la misma con que cuentan los jugadores de lotería.

Al volver Napoleon de Egipto no hizo más que poner todo su dinero á un billete de la lotería moderna: contaba como César con la fortuna y le cayó: el premio era un imperio.

Esta fortuna no se satisface siempre con vencer todas las probabilidades, con reirse de todas las previsiones humanas; tiene además crueles extravagancias.

Newton habia interrogado mil veces al Universo entero, habia repasado hoja á hoja todas las páginas de la creacion, buscando la existencia de una ley universal.

La tierra rodaba bajo sus piés, y las estrellas giraban sobre su cabeza; aquella vasta inteligencia no alcanzaba á descifrar el geroglífico.

Mil veces su profunda observacion se fijaria en las tempestades del Océano. En él veria las olas levantarse, sacudir sus soberbias crestas como una montaña movible y hundirse una tras otra en los abismos de la mar.

De la misma manera las veria empinarse sobre las arenas de la orilla, cayendo tumultuosas y cubriendo de espuma el sonoro recinto de la playa.

Alguna vez Newton veria llover; alguna vez observaria esa cómoda propension que tiene el agua á caminar siempre cuesta abajo.

El gran Newton ¿no vió nunca rodar una piedra desde la cima de una montaña hasta el fondo de un valle?

Absorto en sus contemplaciones, ¿no sintió alguna vez que el baston se le escapaba de entre las manos?

Sin embargo, la ley universal permanecía oculta á su penetrante mirada.

En vano fatigaba su poderosa inteligencia lanzando su escudriñador pensamiento por los brillantes espacios de la sabiduría.

El secreto se ocultaba con impertinente tenacidad entre las hojas de un arbusto.

Un dia fijó Newton en él sus ojos indiferentes, al mismo tiempo que una manzana se desprendió del tallo que la sostenía.

La naturaleza debió sonreirse al ver en aquel momento el asombro del sábio: la manzana, cayendo perpendicularmente desde la copa del arbusto á los piés del grande hombre y rozándole la punta de la nariz, le hizo la luminosa confidencia de la gravitacion universal.

¿Y no es esto un cruel capricho de la fortuna?

¿No es coronar de gloria al génio, al mismo tiempo que lo silba arrojándole al rostro una manzana?

¿Se puede reunir á la vez más favor y más desprecio?

Newton en aquel momento que nosotros no podemos comprender, debió bendecir su fortuna y maldecir su suerte.

Lo mismo que Adan al saborear las amargas dulzuras de aquella otra manzana, debió sentir á un mismo tiempo la soberbia y la vergüenza.

Pero la fortuna no tiene solamente crueles extravagancias, tiene además terribles complacencias.

Á menudo se coloca sobre grandes degra-
cias, solo con el fin de quitar á las víctimas el derecho de ser compadecidas.

Veamos un caso.

Por desgracia el caso que voy á exponer es
harto frecuente en Madrid.

No necesito más que apuntarlo ligeramen-
te, porque ¿quién no lo ha visto alguna vez?

La calle ó la plaza que ha de servir de es-
cena á este drama es indiferente, porque de
la misma manera es terrible sea el que quie-
ra el sitio donde ocurra.

Se trata de un hombre elevado por su pro-
fesion sobre un andamio á la altura del cuarto
piso de una casa cuya escalera no se ha hecho
todavía.

Al verlo en tan alto puesto las gentes sen-
cillas pasan exclamando con curiosa admira-
cion:

—¡Cómo habrá podido subir ese hombre!

Los que así exclaman ignoran que los albañiles no necesitan para elevarse esas escaleras sólidas y firmes por donde suben las gentes sencillas.

Si hojearan la *Guia de forasteros*, allí sí que exclamarían á menudo:

—¡Cómo ha podido subir tanto este hombre!

El albañil, de pié sobre la fragil tabla del andamio, se mueve delante del peligro con ese abandono que dá la costumbre: tiene el valor de su oficio.

La obra está terminada y empieza á desatar las ligaduras del andamio. El extremo de una cuerda cogido en la juntura de dos tablas se resiste y el albañil impaciente tira con un esfuerzo mayor del necesario; la cuerda cede y el hombre arrastrado por su propio esfuerzo aparece en el aire.

Resuena en la calle un grito de horror lanzado á la vez por las bocas de todos los espectadores.

Ese grito es una palabra profunda que solo se puede encontrar en el diccionario de la naturaleza. Todas las academias reunidas no inventarán jamás la expresion propia de las grandes emociones. Los diccionarios de las

academias no sirven más que para expresar los términos medios de los afectos humanos.

El pobre albañil, arrastrado por su peso, iba á estrellarse sobre las baldosas de la calle; pero ¡oh fortuna! la misma cuerda, que si se puede decir así, le habia empujado, se le ofrece al caer pendiente del andamio, se ase á ella y queda suspendido, meciéndose en el aire sobre las cabezas apañadas de una multitud muda y curiosa, á una altura de sesenta piés.

El aspecto de la fortuna en esta ocasion no puede ser mas terrible. Aquella cuerda que es una esperanza de salvacion, tiene la horrible crueldad de crugir sordamente á cada balanceo que el peso del cuerpo imprime en ella.

En un momento se disponen los medios de sacarlo de tan angustiosa y afortunada situacion, pero el filo de la tabla sobre que se apoya la cuerda, la roza sin descanso y al fin la rompe.

Un nuevo grito que se confunde con el ruido del cuerpo al estrellarse sobre las baldosas pone término á una escena que trasportada á un teatro se convertiria en una mina de oro.

La gente, pálida, aterrada, rodea á la víctima:

De repente el espanto se apacigua, un murmullo de satisfaccion circula y el albañil se ofrece á la vista de todos, sentado sobre la acera con el rostro sereno y la cabeza sana. La multitud prorrumpe en esta exclamacion de alegría:

—¡Qué fortuna! ¡se ha roto una pierna!

¿No es esto una terrible complacencia de la fortuna? ¿No es romperle á un hombre una pierna para que todo el mundo vaya á decirle: ¡qué fortuna!

¿Quién puede incurrir en la ridiculez de compadecer á un hombre que ha tenido la fortuna de romperse una pierna?

Si ese hombre hubiera tenido la desgracia de no caerse, ¿tendria ahora la fortuna de quedarse cojo?

Hay otra fortuna, que es moderna, fortuna que se hereda, que se hace, que se improvisa y que se malgasta.

Fortuna cuyo templo es la bolsa: su vida, la especulacion: su misterio, el negocio. Fortuna irresistible que al fin ha vencido á la otra fortuna.

La fortuna de César, de Napoleon, de New-

ton, la fortuna antigua ha tenido que refugiarse como sus únicos dominios al fondo de los sacos de donde salen los números premiados de las loterías.

Si fuera posible destapar los misteriosos aparatos sobre que se sostienen las más flamantes fortunas, no veríamos una casual combinacion de circunstancias, veriamos un mecanismo calculado, previsto y dispuesto minuciosamente como la máquina de un reló.

César sembró su inteligencia, Newton su sabiduría, Napoleon su génio; lo demás lo hizo la fortuna.

La fortuna moderna no pide ni inteligencia, ni sabiduria, ni génio. Le pide al hombre su dignidad, su corazon, sus virtudes y su conciencia y le llena la casa de oro. Reclamo el testimonio de los jugadores. ¿Hay alguna combinacion de naipes, de dados, hay algun juego de suerte en que sea la fortuna la que reparte las pérdidas y las ganancias?

El que no sepa jugar es necesariamente un jugador sin fortuna: la habilidad ha vencido al azar.

Los dados caen segun como se echan, los naipes salen segun como se sacan.

Madrid es una mesa de juego: el que no

salga arrastrando su conciencia, no alcanzará los favores de la fortuna.

El que quiere buscar á la fortuna que no impone ninguna humillacion, no le queda más recurso que jugar á la lotería.

Tú, lector, que debes ser un hombre de bien, no te fies de esas últimas palabras.

La fortuna que puedes buscar por medio de la lotería, no te exige que vendas ninguna de tus virtudes, pero llevas una probabilidad contra treinta mil de que llegue un dia en que te haga vender la camisa.

Piensa bien en esto: si la camisa no es una de las virtudes, hay una virtud que no se puede tener sin camisa.

Tú eres honesto y me habrás comprendido. Eres un desgraciado, no puedes salir en busca de la fortuna ni siquiera por el camino de la lotería.

Quiero consolarte con una verdad.

Pierde la vergüenza y tendrás fortuna. Al mismo tiempo hazme el favor de leer todo esto como si fuera una fortuna.

DOS DE NOVIEMBRE.

Tomo la pluma lleno de una extraña curiosidad: quisiera saber qué hay en el fondo de mi tintero.

Lo tengo delante y me asomo á él como pudiera hacerlo á la boca de un pozo. Todo lo que distingo es oscuro.

Apenas tiene mi tintero dos pulgadas de profundidad y me parece que estoy asomado á la boca de un abismo.

Es singular. ¡Qué cosas se ven donde no hay nada que ver!

¿De dónde sale esa multitud de figuras, de colores, de dibujos que se ven siempre que cerramos los ojos?

¿Cómo vemos todas esas cosas invisibles?

¿Qué especie de mundo es ese que solo se revela á nuestros ojos cuando los cerramos?

La oscuridad tiene su luz y sus colores, como el silencio tiene sus ruidos y sus armonías.

¡Qué cosas se oyen durante el silencio de una noche muda! ¡qué cosas se ven en la inmensidad de una noche oscura!

El hombre explica todos los fenómenos de la naturaleza; se da razón de las nubes, de las montañas, del cielo y de la tierra.

Ha sorprendido el camino de las estrellas y sabe con prodigiosa exactitud á dónde van, de dónde vienen, cuándo se acercan y cuándo se alejan.

El mundo exterior se abre á sus ojos como un libro que se sabe de memoria; pero cierra los ojos y se tapa los oídos y todo le es desconocido.

Dentro de sí mismo no sabe lo que hay.

No se puede explicar lo que vé cuando cierra los ojos y le ha llamado oscuridad; no puede repetir lo que oye cuando se tapa los oídos y le ha llamado silencio.

La razón humana resuelve muchas veces las cuestiones más árdidas con una palabra: con un nombre suele salir de sus más terribles apuros.

La nada, la oscuridad, el silencio, el tiempo, la eternidad y lo infinito, son otros tantos

centinelas que les están gritando siempre: atrás.

La inteligencia es una luz que se apaga al llegar á estos límites, como una antorcha que se sumerge en el agua.

Extraña prision: la nada nos cierra el paso, la oscuridad nos oprime, el silencio nos aturde, el tiempo nos empuja, la eternidad nos sostiene y lo infinito nos abruma.

Todo esto encuentro yo en el fondo de mi tintero: la tinta cae sobre el papel como un velo de luto: las letras se combinan misteriosamente y me gritan con una voz que solo entra por los ojos:

«Hoy es el día consagrado á los difuntos.»

Hoy, como debiera decirse entre las gentes de buen tono, es el día en que los muertos reciben.

La Iglesia viste de negro, las campanas doblan y los cementerios se abren.

Hoy es el día de las ofrendas fúnebres.

Extraño contraste: hay una flor que nunca muere y ella es la que se coloca en el último asilo del hombre.

Un ramo de *siemprevivas* adornando la losa de un sepulcro, parece que quiere decir: la muerte es inmortal.

Delante de una sepultura necesita el cadáver despojarse de todos los atavíos de la vida.

Así como al entrar en una casa fastuosa dejamos á la puerta la capa, el paraguas y los chanclos, de la misma manera dejamos á la puerta del sepulcro el nombre, los títulos y los honores con que hemos hecho el viaje de la vida.

Es todo lo que puede hacer la vanidad humana.

Las puertas de la eternidad son demasiado estrechas para que pueda pasar el orgullo de los hombres y la vida al escaparse cuelga delante del sepulcro los harapos de nuestra soberbia.

Apenas hay un nicho que no publique en letras de oro esculpidas en un pedazo de mármol: Aquí yace el Excmo. Sr. D. N., Marqués, Conde ó Duque, condecorado con varias cruces, orador elocuente, general invencible ó ilustre publicista.

En los cementerios de Madrid, rara es la losa que no representa un catálogo de títulos, honores y distinciones: parece que solo mueren los grandes hombres, las grandes dignidades y las grandes virtudes.

Los cementerios son aquí una especie de li-

bros en los que cada hombre tiene una página donde estampar el oropel de sus vanidades.

Tambien en los cementerios hay para la podredumbre mantos de púrpura, honores y grandeza.

La muerte que hace iguales á todos los hombres, no ha podido echar su nivel sobre las sepulturas.

La ciudad de los muertos no se diferencia mucho de la ciudad de los vivos.

Dentro del recinto de un cementerio los despojos mortales se disputan, como los hombres de la ciudad, el terreno, los mármoles y el oro.

Nadie se atreverá á decir que un muerto vive y sin embargo paga un muerto el alquiler de su sepulcro como un vivo el de su casa.

Cada vecino lo mismo en la ciudad que en el cementerio *vive* con arreglo á su fortuna.

Es inútil morirse para huir de ese enemigo del hogar doméstico, que se llama casero, porque un cadáver es tambien un inquilino y morirse no es mas que cambiar de casa.

Registrando bien, lo mismo se encuentran corazones podridos en los cementerios que en las ciudades.

No hay necesidad de ir á recorrer las soli-

tarias calles de los cementerios para encontrar sepulcros. Todo hombre es la sepultura de un niño, todo anciano la sepultura de un jóven.

En la frente de cada uno de ellos pueden leerse estos epitafios: Aquí descansa la inocencia. Aquí yace la juventud.

Mirad esas mujeres que han sido hermosas, que todavía se presentan coronadas de flores, como las sepulturas en el dia de los difuntos: ellas no son mas que sepulcros blanqueados, en ellos está enterrada la hermosura.

Un pretendiente es el cadáver de un empleado. Las antesalas de las secretarías son cementerios donde los cesantes esperan la resurreccion de sus carnes.

Un cambio de ministerio es casi siempre un dia de difuntos.

Ese ancho cáuce que pasa por Madrid escondiéndose de la poblacion, ¿qué es más que la sepultura donde están enterradas las aguas del Manzanares?

Por cualquier parte que se mire se vé escrito sobre la arena: Aquí yace el rio.

¿Qué mesa de café no habrá servido de losa funeraria á la honra de alguna mujer?

Los recuerdos, esas misteriosas palpita-

nes de la memoria, no son mas que epitafios que vienen á decirnos: aquí tienes enterrada una alegría, aquí yacen los despojos de una esperanza, aquí hay sepultado un desengaño, aquí esperan la resurreccion los restos de una venganza, aquí descansa un deseo malogrado, aquí duerme para siempre el cadáver de una ocasion perdida.

El cuerpo, este edificio en que nos vemos prisioneros, no es otra cosa que un miserable nicho en el cual está el alma sepultada.

¿Qué es el diccionario de la lengua más que un cementerio de palabras, cuerpos sin alma que están allí colocados en orden con sus respectivos epitafios, esperando resucitar al soplo animador de un pensamiento?

El que sabe griego, ¿qué es más que el sepulcro de una lengua muerta?

Toda la tierra es un vasto cementerio.

Al cabo de seis mil años seria imposible poner el pié sobre un lugar que no hubiera sido ya una sepultura.

Los cementerios que hoy nos llaman no son otra cosa que colecciones modernas de los últimos muertos.

El último asilo del hombre no vive más que el hombre mismo.

El tiempo, ese es el gran sepulcro que todo se lo traga.

Su epitafio es invariable, porque el cadáver que encierra es siempre el mismo: la humanidad.

En vano esas lápidas labradas y esos epitafios pomposos quieren perpetuar la memoria de una vida que ha concluido. En vano es escribir un nombre que ha de borrarse con la misma facilidad que borra la muerte la mirada en los ojos de un moribundo.

La humanidad viene á oleadas y al estrellarse contra los mármoles de los sepulcros, deja sobre las losas por todo recuerdo un poco de espuma que hierve un instante y se disipa.

Dios le dijo al Océano: de aquí no pasarás; y en vano se empina tumultuoso sobre las playas y en vano azota los peñascos que le cierran el paso.

De la misma manera Dios le ha dicho á la soberbia humana: de aquí no pasarás; y en vano confía á la piedra la memoria de su nombre.

El olvido, el negro olvido, ese velo profundo que viene detrás de todas las glorias y de to-

das las grandezas humanas, cae tambien sobre las sepulturas.

Solo hay una voz que lo rasga y es el sonido triste de las campanas que doblan en el dia de difuntos.

Es la voz de todas las generaciones juntas que vienen á pedirnos un santo recuerdo y una benéfica oracion.

Este es el dia en que la religion nos acerca á las puertas de la eternidad para que llevemos nuestras ofrendas.

Los cementerios están cerca de las ciudades y sin embargo, no hay un vivo que no se crea muy lejos del cementerio.

Hoy hemos ido. ¡Cuándo nos llevarán!

UN ARTICULO.

¡Qué cosa tan rara es el papel!

Delante de mis ojos tengo un pliego blanco como la nieve y terso como un espejo, empeñado en retratar lo que siento, lo que pienso y lo que veo.

Paseo mis miradas por su superficie, tendida á mis pensamientos como un lazo y siento que todos los secretos de mi alma quieren salirse á un tiempo.

Nada hay más curioso que una cuartilla de papel blanco.

Es imposible tenerla delante sin estampar en ella algo de lo que pasa en nuestro interior.

¡Con qué malicia se coloca junto al tintero y próxima á la pluma! ¡Con qué tenacidad provoca nuestras confidencias!

Es singular; al papel, que todo lo dice, es á quien todo, todo se le confía.

El enemigo eterno de todo secreto, es el amigo íntimo del hombre.

Lo que acaso no depositáramos en el corazón de una madre ni en la discreción de un amigo, lo depositamos muy tranquilamente en un pedazo de papel.

El banquero le confía sus capitales.

El poeta su alma.

El filósofo todos sus pensamientos.

Las mujeres su corazón.

Guttemberg, descubriendo la imprenta, no hubiera hecho gran cosa, si otro no se hubiera tomado el trabajo de descubrir el papel.

Desde el principio de las sociedades humanas se ve en el hombre el instinto de hacer papel.

Hoy el instinto se ha convertido en pasión.

Es preciso inclinarse en presencia de una observación que arroja la historia de todos los países: los grandes hombres son los que han hecho siempre más grandes papeles.

Parece que el mundo desde sus primeros pasos concibió la idea de ser una comedia permanente. Desde entonces cada hombre hace su papel.

Pero el punto de vista que atrae mis miradas en este momento es el papel blanco. Ese juez inexorable que se nos pone delante, queriendo penetrar hasta el último rincón de nuestro pensamiento.

Así como la palabra se ha hecho para disfrazar los pensamientos, el papel sirve para descubrir á los hombres.

Un dia se encontró Dante en presencia de unos cuantos pliegos de papel blanco. Miróse en aquel espejo y se vió como era: aquella superficie blanca fué atrayendo poco á poco los vigorosos rasgos de su inteligencia. El papel, semejante al caos en los momentos de la creacion, iba llenándose sucesivamente de rayos de luz, de vapores brillantes, de formas y de colores.

Poco despues llenaba el mundo la *Divina comedia*.

¿Cuántas cabezas vacías no han descubier-
to los papeles públicos?

¡Estraña superficie! Todo lo refleja, hasta el vacío.

¡Cuántos poetas se han ignorado á sí mismos hasta que se han visto incitados por la presencia de un pedazo de papel blanco!

¡Cuántos sueños de talento y de sabiduría no ha desvanecido una cuartilla de papel!

¡Cuántas mujeres no firman su perdición al pié de una carta!

El papel desaparece debajo de la pluma como un camino que se anda: lo estoy observando en este momento.

Es además un espejo inflexible que jamás nos adula.

Yo tiemblo cuando se me pone delante.

Sus amistades íntimas son la pluma y el tintero.

Casi siempre se hallan juntos.

Aquí están los tres pidiéndome á voces los secretos de mi alma.

Yo he revuelto todos los cajones de mi memoria y no tengo nada que contarles.

Sé positivamente que existe un artículo, pero no doy con él. Yo lo tengo, pero ¿dónde?

¿Hay alguien que se atreva á decirme dónde está una idea que no me se ha ocurrido aun?

Me parezco en este momento á una madre que anduviera buscando al hijo que tendrá el año que viene.

Suplico á mis lectores que borren la com-

paracion que acabo de hacer, porque una madre no se puede comparar á nada.

Sin embargo, no hay necesidad de borrarla, porque la madre que yo he elegido para mi comparacion, no es madre todavía.

Todos comprenderán perfectamente que desea serlo.

¡La madre! He aquí un rincon oscuro donde ha de haber escondido algo el corazon humano.

Acerquémonos un momento á este arcano, pero no debemos pasar del umbral de este misterio.

Todo el mundo sabe lo que es una amiga, lo que es una hermana, lo que es una esposa; pero ¿quién sabe lo que es una madre?

Dice un niño: «Yo no tengo abrigo, yo no tengo casa, yo no tengo pan, yo no tengo caricias.» ¿Sabeis lo que quiere decir? que no tiene madre.

¿Queréis comprender la profunda soledad de un huérfano? Pues eso no se puede conseguir más que siendo huérfano.

Veis dos niños jugar alegres á la puerta de una casa: los dos tropiezan á un tiempo y ambos ruedan por el suelo. Uno de ellos siente al instante al rededor de su cuerpo unos brazos cariñosos que lo levantan, una mano suave

que le limpia, el vestido, una boca impaciente que besa sus mejillas.

Ese tiene madre.

El otro espera en vano: se levanta poco á poco, él mismo sacude con tristeza el polvo de su vestido y va á confiar á la pared más cercana sus ahogados sollozos.

Este no tiene madre.

El que no sienta humedecerse sus ojos ante ese cuadro, es aun más infeliz que el niño desamparado, porque es señal de que no tiene lágrimas.

Yo no sé cómo las madres que tienen hijos pequeños se pueden morir; y si se mueren, no sé cómo no se los llevan consigo.

¡Las madres! Pensadlo bien; ellas son las que cubren de ángeles la tierra.

No sería difícil conocer á los hombres que se han criado sin madre, como se conocen las plantas que no reciben los rayos del sol.

Así como Dios ha puesto en el alma del hombre una chispa de su inteligencia, de la misma manera ha puesto en el corazón de la madre un relámpago de su amor.

El niño se va alejando del cielo en la misma proporción que se va alejando de su madre.

No le pidais á ninguna madre el bárbaro sacrificio de Guzman el Bueno. Para ellas no hay más pátria que sus hijos.

Las mujeres de Esparta serán eternamente el horror del Universo.

Que un hijo sacrifique á su madre dejándose matar por su pátria, es un heroismo que está dentro de la naturaleza; pero que una madre arrastre á su hijo á la muerte, es la barbaridad del heroismo.

¿Queréis saber la diferencia que hay entre el amor del padre y el amor de la madre? Pues fijad vuestra atencion en la vida íntima de una familia.

El padre prefiere en su cariño al hijo mas hermoso, ó al más atrevido, ó al más robusto, ó al mas inteligente, ó al más inquieto. La madre al más débil, al más defectuoso, al más enfermo, al menos querido de los demás.

Esa es la madre.

Semejante sentimiento no puede ser humano.

Hay un habismō que el hombre no medirá jamás y es el amor de la madre.

Hace con él lo que con el cielo: cuenta las estrellas, sorprende el camino de los astros y fija el rumbo de los cometas; pero el cielo donde todo eso brilla y se mueve, es para él inson-

dable; no sabe donde empieza ni donde concluye.

El amor de la madre es una inmensidad donde el mismo corazon de la mujer se pierde.

Viene en este momento á mezclarse entre mis reflexiones un extraño contraste, que se dibuja ante mis ojos de esta manera:

El hombre todo lo averigua, todo lo penetra, todo lo descifra. Sabe que dos líneas oblicuas que se juntan en un punto forman un ángulo; sabe que el carbon cristalizado se hace diamante; sabe que el sol tiene manchas y que hay otro planeta que posee un anillo; mide las distancias y sondea los abismos; sabe lo que pesa la tierra; anuncia las revoluciones de los astros y hace las de los pueblos; conoce todos los idiomas y explica todos los misterios.

No podemos negar nuestro asombro á este cúmulo de maravillas.

Pues bien, entre ese sábio á quien nada se le oculta y la madre que todo lo ignora, colocad un niño que no haya aprendido aun más lenguaje que el de sus gritos, el de sus lágrimas y el de sus sonrisas.

Humillante situacion para el sábio; ninguna ciencia le ha dicho cómo se puede comprender á un niño que no habla todavía.

Solo la madre sabe leer en ese corazon lleno de misterios que se ha formado en sus entrañas.

Solo la madre tiene esa ciencia infusa, que vé de una sola mirada lo más oculto del alma y que se llama ternura.

Si el hombre no estuviera tan orgulloso de su ciencia, doblaria la cabeza ante tan incomprendible sabiduría.

Pero ahora recuerdo que yo empecé buscando un artículo.

Todavía no ha parecido.

¡Singular apuro! ¿Quién me presta un artículo?

He registrado hasta el último bolsillo de mi entendimiento y no parece.

Empiezo á sospechar que mis lectores se quedarán sin él.

Esto no seria justo y vuelvo á empezar.

¿Qué es una madre?

Una cosa que el niño ama y que el hombre olvida.

Un amor hecho á prueba de toda clase de dolores y de todo género de ingratitudes.

Un corazon que no se cansa nunca de sufrir.

Un alma que no deja ni un momento de querer.

Todavía debe ser algo más preciso, más científico por decirlo así.

La razon fria nos lo esplicará.

No se puede nacer sin madre, esto es evidente.

Luego la madre es una cosa de todo punto necesaria.

¡Qué rayo de luz me ilumina en este momento!

Con la razon todo se encuentra.

La madre es un artículo de primera necesidad.

Perdónenme todas las mujeres que tienen hijos, pero yo no puedo menos de exclamar con el orgullo de mi razon satisfecha. ¡La madre! hé aquí el artículo.

PENSAMIENTOS DE VERANO,

Diciembre es el mes más delicioso del año; solo que hay que mirarlo á cierta distancia.

Mírese á la luz de Julio, y se comprenderá la exactitud de esa observacion.

Hay una manera muy sencilla de refrescar la memoria.

Basta con pensar en Enero.

¡Qué absurda es algunas veces la verdad! Oigan ustedes esto.

¿Por qué las mujeres más frescas han de ser las que más nos quemén la sangre?

O de otra manera más amplia.

No hay cosa que acalore tanto como una frescura.

Aconsejo á todos los hombres amigos de su comodidad, que durante el calor no frecuenten más amistades que aquellas que se hayan enfriado.

Yo comprendo un verano delicioso.

Por ejemplo: un verano en invierno.

Lo negro recoge el calor y lo blanco lo rechaza.

Por medio de la razon se hace lo negro blanco y lo blanco negro.

Ahora bien: ¿quiéren ustedes ponerse á cubierto del rigor de las estaciones?

Es una cosa muy fácil.

No hay más que hacerse negros en invierno y blancos en verano.

Y sin embargo, yo en el verano quisiera ser negro, por reirme del sol.

Me asestaria inútilmente sus rayos encendidos.

Yo podria decirle: no das en el blanco.

De seguro yo no tendria tanto calor, si no hubiera adquirido la invencible costumbre de ir siempre conmigo.

Es ciertamente bochornoso, que en los países más libres el hombre vaya siempre encadenado á sí mismo.

Irrita la idea de que *yo* no pueda nunca separarme de *mí*.

Un hombre desairado por una mujer, dice:
—Me ha dejado frio.

Cualquiera puede añadir:

«Otra te hará sudar.»

¡No llueve en el verano!

Hé aquí la manía de los que no miran las cosas más que por la superficie.

Elévase la cuestion, y se verá que llueve.

Lo que ocurre es, que el agua se seca antes de que llegue á la superficie de la tierra.

Siempre que en los dias de mucho calor me mira una mujer hermosa, se me ocurre la misma idea.

Yo digo: ¡Señora, si pudiera usted guardarme esa mirada para Diciembre!

El verano, rigorosamente considerado, no es más que una operacion comercial.

Es el calor que pone á la humanidad en liquidacion.

El verano y las pasiones nos empujan á un mismo sitio.

El primero nos lleva á la orilla del mar: las segundas nos arrastran al borde del abismo.

¡Cuántos se han empobrecido solo por hacerse la ilusion de que eran ricos!

Yo comprendo perfectamente esa barbaridad y me la esplico de este modo:

Madrid, Julio, etc.—Hace un calor insupportable. Si tuviera chimenea la encendería, solo para hacerme la ilusion de que estaba en invierno.

El hombre procede siempre de la misma manera.

Huye del calor porque ahoga, y corre en busca del agua que ahoga tambien.

¡Cuántas veces me han hecho feliz los aires de Rossini!

¡Cuántas veces me ha conmovido el aire de una mujer graciosa!

Hoy, lo confieso con ingenuidad, prefiero el aire de un abanico.

Hé aquí un desatino de primer orden.

La razon, que es tan fria, es la que tiene tan acalorado al mundo.

Esto es: la nieve hace hervir al agua.

Continuacion del pensamiento anterior.

¡Cuánta frialdad necesita un hombre para incendiar á un pueblo!

La reflexion es inútil en el verano, porque el calor es una cosa que no se puede considerar friamente.

Voy á colocar sobre mi corazon un rótulo que diga:

ASEGURADO DE INCENDIOS.

El motivo que tengo es el siguiente:

He visto dos ojos que ocultan la negra intencion de pegarme fuego.

En medio de la Puerta del Sol en Julio y á las doce del dia, es cuando se conoce lo que abriga la capa del cielo.

El verano tiene algo de barbero.
¡Es tan aficionado á calentar el agua!

La medicina puede dar un gran paso en el terreno de los constipados.

Véase si esta idea no es verdaderamente luminosa.

El dinero es lo que más hace sudar á los hombres.

Parecerá caro este medicamento, pero léase lo que sigue.

El dinero que más hace sudar, es precisamente el dinero que no se tiene.

Yo no sé por qué las Córtes se cierran en el verano.

¿Hay alguna época en que los ministerios puedan ser defendidos con más calor?

¿Querrán Vds. creer que el calor me tiene con el agua al cuello?

Bajo una temperatura de 34 grados, se comprende muy bien el talento de los hombres que saben vivir entre dos aguas.

Un hombre oscuro debe pasarlo muy bien en el verano.

Viene á ser un pedazo de tierra sin sol.
Más claro, una sombra.

Entre un hombre ardientemente enamorado y una mujer vanidosa, siempre sucede lo mismo.

Él se abrasa y ella se baña en agua rosada.

No es eso lo peor, sino lo que sigue:
Todos le decimos á él: está V. fresco.

Si yo atravieso alguna vez los desiertos de Africa, escribiré en mi libro de memorias este recuerdo.

«El sol cae á plomo sobre mi cabeza, mis piés se hunden en una arena que hierve, el aire encendido me rodea como una llama.

«Inés, quien pudiera encontrarse ahora dentro de tu corazón. ¡Es tan frío!»

El invierno debe ser el verano de la otra vida.

¡Qué ingrato es el hombre!

La capa es durante el invierno la mitad de su vida, pero llega el verano y se la deja colgada.

La mia está suspensa. No tiene un año todavía.

¿Qué haré yo para que no se pique?

En este tiempo para que la verdad no muera sofocada, es preciso dejarla salir desnuda.

— 86 —

LOS NIÑOS.

—

¡Qué hermoso es siempre un niño!

Yo los veo todas las noches jugar en el Prado formando distintos y variados grupos y me parecen ramilletes de rosas recién cortadas.

—

Dos cosas serian capaces de entretenerme toda mi vida; ver correr el agua y ver jugar á un niño.

—

Un niño tiene siempre todo el encanto de una esperanza.

—

La música y los niños me producen el mismo efecto; si estoy triste aumentan mi tristeza; si estoy alegre doblan mi alegría.

—

Si hubiera un ser á quien no le gustaran

los niños, ese ser de fijo no sabría querer á su propia madre.

Lo más bello de la hermosura de una mujer, son sus hijos.

Una casa sin niños, me parece un tiesto sin flores.

Me disgusta D. Nicolás de Moratin porque los maltrata; y me encanta Fernan Caballero porque los pinta con singular ternura.

La única pena que produce en el alma la presencia de un niño, es el sentimiento de que dejará de serlo.

Tan puro es un niño, que solo el egoismo humano se atreve á llorarlos cuando se mueren.

Los niños son el lazo que existe entre el cielo y la tierra y el único acaso que los hombres no pueden romper.

¡Ah! ¡Qué desgraciados serán los que no tengan hijos y qué perversos los que no quieran tenerlos!

DE TODO UN POCO.

Eso de que estamos en la primavera es una ilusion que abrigamos temerosos de que se hiele.

Hoy 30 de Mayo de 1859 puede ser muy bien el 30 de Diciembre de cualquier año.

Parece que en Madrid ha envejecido el tiempo y todo es invierno; ó mas bien que se detiene espantado, oprimido bajo el peso de los acontecimientos que está encargado de traernos.

Su aspecto es triste, su semblante oscuro, su aliento frio.

El sol deja escapar de vez en cuando una mirada misteriosa al través de las nubes, como si estuviera espiando al mundo sin querer ser visto.

Está como un observador atento detrás de unas persianas.

El agua que cae tiene también su importante significación en estos momentos.

Es el tiempo que se lava las manos, que se encoje de hombros, que se cruza de brazos, como si quisiera decir á la posteridad: yo nada tengo que ver con las cosas de los hombres.

Voy á dar á ustedes una idea del tiempo tan clara y tan precisa como una verdad matemática:

Tiempo es un círculo trazado por una línea recta.

Pero dejemos al tiempo, á ese mozo de cordel de los acontecimientos, que falte á las prescripciones del Almanaque, sin respeto á costumbre, sin miramiento á la tradición, con infracción manifiesta de sus antiguos compromisos.

De cualquier modo que venga, tempestuoso ó sereno, frío ó caloroso, el tiempo es siempre un recurso para los que esperan y para los que deben.

Sería un absurdo decir que el tiempo puede venir jamás fuera de tiempo.

Hoy es un día de primavera, hace frío, frío

de invierno, esto es innegable: pero ¿se puede llamar extemporáneo al tiempo?

No hay mas remedio que coger la capa, embozarse y esperar que el tiempo traiga otro tiempo.

Elevémonos á mas altas consideraciones.

El papel ha subido un poco.

La Bolsa haciendo un esfuerzo se ha puesto sobre las puntas de los piés, como si quisiera alcanzar el pan que está mucho mas alto.

Sucede con el pan una cosa muy estraña que entrego á la observacion de los economistas: cuanto mas sube, con mas dificultad llega á las boardillas.

Con la Bolsa sucede una cosa enteramente igual, aunque á la primera vista parece todo lo contrario.

Consiste en que cuanto más baja, más se aleja de los pobres.

Pero hay otro fenómeno digno de estudio.

Oigo decir: «el pan está muy alto.»

Paso por una calle de Madrid, por cualquiera, porque en este momento todas están abiertas y me encuentro seis docenas de hombres sepultados en una zanja de veinte

piés de profundidad, cavando sin descanso como si fueran á descubrir un tesoro.

¿Qué hacen esos hombres? pregunto yo.

¿Qué dirán ustedes que hacen?

Están buscando un pedazo de pan.

Otro fenómeno.

Oigo decir: la Bolsa ha bajado.

Cruzo la Puerta del Sol y veo á muchos subir en brillantes carretelas.

¿Quién hace subir á esos hombres? pregunto yo.

Todo el mundo me contesta: «La Bolsa.»

El pan (egoísta) se sube huyendo de la miseria, la Bolsa (generosa) se baja para levantar á los miserables.

He colocado entre paréntesis los adjetivos *egoísta* y *generosa* para que no se escapen.

—

Todo lo que sigue hay que leerlo á escape.

Apenas debe haber tiempo para seguir con los ojos el rápido movimiento de las letras.

Se trata de una carrera de caballos.

Se trata del caballo, sin el cual no existirían los caballeros.

Raza heroica que dió un senador al imperio romano.

Nadie les puede negar que son *gente* de carrera.

Ellos se disputan el premio como los griegos, corren como el tiempo, y arrastran el lujo y lo llevan á la espalda como una cosa despreciable.

Ellos sí que arrastran carrozas.

Son los primeros soldados y los primeros amigos.

A un caballo se le confía la vida, es más, se le confía una mujer.

Siete millones de votos han hecho á Napoleón emperador: bah, el solo relincho de un caballo hizo rey á Alejandro.

Todo esto pasa ante mis ojos como un torbellino.

Juventud, hermosura, placeres, vosotros debéis ir á caballo porque también pasáis á escape.

La vida es un caballo que se desboca en la cuna y nos derriba en el sepulcro.

Ya he corrido bastante y me paro aquí.

—
Ahora volemós.

Los horizontes se alejan para abrirnos espacio y las golondrinas pasan como saetas gritando á nuestros oídos: venid.

Viajeras incansables, vienen todos los años á fabricar su nido bajo la misma teja en que anidaron sus padres.

Semejantes al hombre en su incesante inquietud, parece que buscan algo que no encuentran.

Ah ¡si una golondrina pudiera escribir sus viajes!

¡Tienen plumas y no escriben! ¡qué lástima! Si al menos supieran hablar, pasaríamos las horas muertas oyendo sus interesantes narraciones. Es la única cosa que me obligaría á ser taquígrafo.

Pero ellas cantan: yo las he oido gritar dando vueltas alrededor mio sin poderlas entender. Quizá vienen todos los años á enseñarnos algo y se van desesperadas al ver que no sabemos comprenderlas.

Ellas sin barcos, sin brújulas, cruzan á millares las soledades tempestuosas del Océano.

¿Quién las ha enseñado á medir las latitudes? ¿En qué mapa misterioso han aprendido á fijar el rumbo de sus viajes? ¿Quién las ha revelado desde un principio lo que el hombre ha necesitado tanto tiempo para averiguar?

Viajeras misteriosas, á fuerza de veros hemos olvidado que no os conocemos.

Para saber yo que la golondrina que anida este año en el techo de mi casa será la misma que anidará el año que viene, necesito atar á su cuello un lazo de cinta que me la dé á conocer: ¿pero qué señal pongo para que ella sepa volver al mismo sitio, al mismo nido en que yo la cogí?

Hijas de la primavera, vosotras humildes y sencillas como Ruht, no abandonais jamás á vuestra madre.

Mientras las flores se mueren de pena al verla desaparecer, vosotras llenas de fé, llenas de valor, tendéis el vuelo y la seguís en su larga peregrinacion sobre la tierra.

Á donde ella va, vais vosotras.

¿En qué leyes habeis aprendido á elegir de entre vosotras mismas aquellas más experimentadas para que dirijan el rumbo de vuestros viajes, que jamás os extravían?

Sin duda esto no lo habeis aprendido de los hombres.

Apenas fijais alguna vez la plantas sobre la tierra, porque sabeis que desde ella es muy difícil levantar el vuelo.

A donde quiera que vais, sois recibidas como un presagio feliz. Llevais en pos, como

una familia virtuosa, las bendiciones del cielo, la alegría, la luz y las flores.

Vosotras no le disputais al hombre, ni las semillas de la tierra, ni el fruto de los árboles; no podeis servir ni á su fáusto, ni á sus placeres, y quizá por eso sois el único ser á quien no persigue.

¡Qué sabemos de vosotras! ¡y qué sabemos de nada!

¡A qué punto puede dirigirse la sabiduría humana que no la detenga la oscuridad, que no le cierre el paso algun misterio!

Tampoco vosotras conoceis al hombre; si tuviérais de él alguna noticia, no vendríais tan confiadas y tan alegres á colgar vuestros nidos bajo la sombra de su mismo techo.

Mi pluma más débil que las vuestras se cansa y la dejo que se refugie en la oscuridad de su nido.

El nido de mi pluma es el tintero.

LAS MUJERES Y LAS NOCHES.

Nada sucede.

El calor que da vida á los reptiles y anima á los insectos parece que ha helado los acontecimientos.

Este frio del verano es insoportable.

Las gentes se encuentran, se miran, se saludan y siguen su camino con triste indiferencia. No tienen nada que decirse.

Exceptuando al dinero, nada hay en la capital de la monarquía que inspire interés.

Pero hay en cambio dos cosas agradables: las mujeres y las noches.

Las mujeres de Madrid y las noches de verano se parecen en lo ligeras.

Se favorecen recíprocamente como si hubieran hecho un convenio mútuo.

De noche todas las mujeres son más hermosas. Entre mujeres todas las noches son más bellas.

La noche le dice al hombre: duerme; la mujer le dice sueña.

La noche está llena de misterios y la mujer de secretos.

La noche desaparece ante la luz del día, las mujeres ante la realidad.

Las unas lisonjean nuestra fantasía, las otras adulan nuestros sentidos.

Al través de ese vidrio mágico que la noche pone delante de nuestros ojos, todo lo vemos distinto de como es. Al que mire por los ojos de una mujer le sucederá lo mismo.

La noche nos quita la luz y las mujeres nos ciegan.

Nada más terrible que una noche de insomnio; nada más cruel que una mujer que no nos deje soñar.

Las estrellas centellean en el cielo como las miradas en los ojos de una mujer hermosa.

Así como se dice: de noche todos los gatos son pardos, se puede decir: delante de las mujeres todos los hombres son lo mismo.

La belleza de la noche consiste en el velo

que la cubre; lo más hermoso de una mujer es el pudor.

Todavía tiene la mujer una semejanza más bella con la noche.

La noche derrama sobre nosotros el bálsamo que reanima nuestras fuerzas, la mujer vierte en nuestro espíritu el sentimiento que vivifica nuestro corazón.

La una nos dice: vive ; la otra nos dice: ama.

La noche empuja al hombre hacia su casa, la mujer lo atrae al seno de la familia.

Noches apacibles y mujeres encantadoras es todo lo que hoy ofrece Madrid de agradable á la triste soledad de sus vecinos.

Pero sigamos el hilo de estas observaciones.

Las noches se dividen en claras y oscuras, lo mismo que las mujeres se dividen en blancas y morenas.

La noche se vé en todas partes, lo mismo que la mujer á quien se quiere.

Nos envuelve la noche poco á poco, lo mismo que la mujer.

La noche es la sombra del cielo, la mujer es la sombra de nuestra alma.

¿Quereis un retrato fiel de la noche? pues

cerrad los balcones, las puertas y las ventanas, y la noche se levantará en medio de vuestro aposento.

¿Queréis un retrato fiel de la mujer que amáis? Cerrad los ojos y la vereis dibujarse perfectamente en el fondo de vuestro corazón.

La noche nos rodea de sombras para que solo podamos verla á ella; la mujer nos rodea de ilusiones para que no podamos ver á otra.

Los ojos se abisman en las tinieblas de la noche, como el corazón en la ternura de una mujer.

Las noches cubren de rocío la tierra por donde pasan: y las mujeres llenan de lágrimas el camino de su vida.

La noche es la mitad del día, como la mujer es la mitad del hombre.

Para conocer á la mitad del género humano, no hay más que hacer un viaje alrededor de una mujer.

Si no hubiera noches, el hombre viviría sin estrella; y si no hubiera mujeres, ¿cuál sería la estrella del hombre?

El encanto de la noche consiste en su misterio; el de la mujer en su recato.

Hé aquí lo que me parece la mujer vista á la luz de la noche.

De dia ya es otra cosa.

Así como de noche es toda poesía, de dia es toda prosa.

Semejante á la magnolia, recoge pudorosamente sus hojas y su perfume á los primeros rayos del sol. Se puede decir que pierde su esencia.

Vedla descender del cielo á la tierra.

Seguid por gusto á una mujer en un dia de compras.

Vereis qué terrible lucha empieza entre el comerciante y la compradora. Disputará un real hasta el último momento. Todo lo que vé es caro; pero lo que le gusta es mucho más caro todavía.

Una mujer se perdona á menudo el ser engañada por un hombre; pero jamás se perdona el haber sido engañada por un comerciante.

La mayor tontería que hace un hombre para una mujer, es comprar una cosa cara, ó mejor dicho, no comprarla muy barata.

Dice un hombre: yo no estoy conforme con la marcha política del nuevo ministerio, y he presentado la dimision de mi destino.

Y dicen las mujeres: ¡Qué tonto!

Una conversacion entre mujeres, es siempre de mujeres. Se cuentan los vestidos con exactitud maravillosa.

Detrás de la moda se las puede llevar hasta el fin del mundo.

El rival más temible que llega á tener un hombre, es un aderezo de brillantes, una falda de encaje ó un chal de cachemira.

Rara es la mujer que se pierde que no se la pueda encontrar bajo los pliegues fastuosos de un traje de última moda.

Por regla general, les gusta más ser admiradas que queridas.

He observado que las mujeres que más miran son las que tienen los ojos más hermosos.

Una mujer para reirse mucho, no es necesario que esté alegre; basta que tenga una boca graciosa y unos dientes perfectos.

Su constitucion es la belleza, sus principios el matrimonio, su política es profundamente práctica: casi siempre aceptan los mejores partidos.

Á todas las mujeres les gusta un hombre generoso y desprendido hasta que se casan con él.

La mujer es el ministro de hacienda de una casa, y el hombre no es más que el contribuyente.

Observad bien que á todo lo que los hombres llaman grandes hechos, las mujeres llaman simplemente locuras.

Para ellas el juego tiene dos puntos de vista. Si el hombre jugador pierde, el juego es un vicio; si gana, no es más que una falta.

Las mujeres tienen diferentes habilidades.

Unas hacen flores.

Otras hacen dulces.

Algunas hacen lo que deben.

Muchas hacen lo que quieren.

Todas hacen señas.

Y ¡oh dolor! hay tambien mujeres que hacen versos.

En punto á estas últimas, tengo una opinion que seria mia si antes no hubiera sido de otro.

Madame Stael preguntó un dia á Napoleon:

—¿Quién os parece que es la mujer más ilustre de Francia?

Napoleon le contestó:

—La que haya dado más hijos á su patria.

La mujer que pueda presentar catorce hijos ha hecho un magnifico soneto.

Fuera de las santas y de las reinas, pocos irian á buscar la mujer propia en el resto de las mujeres célebres.

Alto.

O mejor dicho, basta.

O para mayor claridad, punto.

Dios solo sabe á donde podríamos llegar por este camino.

Echemos un velo. Ese velo suave de las noches de verano que hemos dejado suspendido sobre las hermosas cabezas de las mujeres de Madrid.

Cubramos la estatua y nos parecerá más bella.

VAMOS ANDANDO.

La vida es un espacio que recorreremos por medio de caminos de hierro y así vamos como es natural, de estacion en estacion.

La rapidez de este viaje se conoce en que apenas hemos salido de una, cuando nos encontramos en otra.

Esta vez la infatigable locomotora nos ha puesto casi de repente en la fastuosa estacion del verano.

Escribo, pues, en Madrid á treinta y tres grados de calor de 1860.

Los que no han salido nunca de su casa, los que no han llevado sus pasos más allá de las tapias de su pueblo, ni han estendido sus miradas al otro lado de las montañas que los han visto nacer; esos seres que parecen plan-

tados en la tierra como los árboles, creerán que no han viajado nunca.

No saben que ellos corren el mundo como los renglones de una carta, sin abandonar ni un momento el sitio donde fueron escritos.

Ignoran que las cosas están dispuestas de modo que se atraviesan largas distancias sin moverse de un sitio.

Difícil sería hacerles entender que en el trascurso de este largo viaje, han ido sucesivamente alejándose de todo lo que también sucesivamente los ha ido rodeando.

En vano llegan al otoño y atraviesan el invierno y cruzan la primavera y entran en el verano.

En vano se cambia la temperatura, el aire, las nubes, las plantas y la luz.

Se han empeñado en que no se mueven, porque los ríos, las montañas, los valles ó las llanuras en que han nacido, los siguen por todas partes.

Viajeros inocentes que hacen viajar á la naturaleza entera, por hacerse la ilusión de que ellos no se mueven.

Se creen siempre en el mismo lugar, porque no han cambiado de diligencia.

Hacen con las estaciones lo que nuestros

sentidos hacen con los objetos que vemos, siempre que nos arrastra un movimiento rápido.

Parece que son ellos los que vienen cuando somos nosotros los que vamos.

Se nos figura que son ellos los que huyen, cuando somos nosotros los que nos alejamos.

El mundo es una cosa verdaderamente admirable. Nos lleva sin sentir á la primavera, al verano, al otoño y al invierno. Viaje continuo en el que no gastamos más que la vida.

Esta expedición empieza en la cuna.

Entramos en la infancia con los ojos vendados, como un prisionero que no sabe donde lo llevan.

La infancia, país encantado lleno de flores, de luces, de perfumes y de armonías.

Penetramos en él como en un sueño.

Al despertar nos encontramos á una inmensa distancia del punto de donde partimos.

Como si fuéramos personajes desconocidos, el amigo que ha jugado con nosotros en nuestra misma cuna, nos mira con desconfianza.

La niña que nos rodeaba con sus brazos y dormía junto á nosotros, baja los ojos al vernos.

Las mujeres no nos sientan ya sobre sus rodillas, ni nos duermen al calor de su seno.

Los hombres recatan sus palabras de nuestros oídos.

El padre se ha transformado en juez, el hermano en espía y hasta la madre disimula los dulces movimientos de su cariño.

El álamo que levanta sus ramas á la puerta de la casa ó en un extremo de la huerta, no es ya el terrible gigante que se lleva de noche á los niños que lloran.

El viento que golpea impaciente las maderas de las ventanas, no es ya el espíritu enemigo de los niños que no se duermen.

El rocío na es ya el llanto que los ángeles derraman, porque los niños son malos.

Ya no salta el agua, precipitándose por entre las piedras, enfadada de los niños que no quieren lavarse.

Ya hemos salido de aquel país encantado en que se crían los misteriosos pájaros que todo lo cuentan.

Hemos pasado á otra parte del mundo en que los árboles no son más que un conjunto de troncos, ramas y hojas, el viento viento, el agua agua y el niño hombre.

¿Queréis saber la inmensa estension de la distancia que hemos atravesado? Pues sabed

que no hay nada tan lejos como aquello que no tenemos esperanza de volver á ver.

Salimos de un país en que todo nos engañaba, los árboles, el viento, el rocío, el agua y los pájaros.

Ahora ya vamos con los ojos abiertos.

Prosigamos nuestro viage.

La inocencia pone una venda en los ojos de la infancia, pero hemos llegado á la juventud y la venda ha caido de nuestros ojos.

Esto es verdad, más llegan las pasiones y ponen á su vez otra venda en los ojos de la juventud.

Entramos en ese país magnífico en que todas las mujeres son hermosas.

Aquí el mundo está en una mirada, el cielo en un suspiro, la felicidad en una palabra, la fé en una sonrisa.

Una mujer no es una mujer, como antes el árbol no era un árbol, ni el agua era el agua.

Aquí una mujer es verdaderamente un tesoro.

Cualquiera de ellas reúne todas las riquezas del Universo.

Tienen los dientes de perlas, los lábios de rosa, las mejillas de nácar, el cabello de éba-

no ó de oro, las pestañas de seda y el aliento de ámbar.

¡Los placeres son tan hermosos! ¡Las pasiones son tan profundas!

Nos hemos soltado de los brazos de una madre, para arrojarnos en los brazos de una mujer. Esa es la distancia que hemos corrido.

Pero es imposible detenerse; el tiempo urge, la infatigable locomotora sigue, y la vida nos grita: anda.

Nuevo país se presenta á nuestros ojos.

Ya no son hermosas todas las mujeres; los dientes de perlas son muy raros; los cabellos no son más que negros ó rubios.

Solo las mujeres ricas son un tesoro y las mujeres buenas una felicidad.

En esta parte del mundo, el mundo ya es otra cosa.

Cada uno se coloca lo mejor que puede para continuar el viage, restregándose los ojos como el que despierta de un sueño; y volviendo la cabeza para despedirse de la juventud, esclama: ¡pobre loca!

Ya todo lo que resta de camino es cuesta abajo, á pesar de que á todos se nos hace muy cuesta arriba.

Cuanto nos rodea se va trasformando insensiblemente á nuestros ojos: los hombres son distintos de los que hemos conocido hasta entonces; las cosas suceden de diversa manera que antes; encontramos otras costumbres, otro lenguaje, otras leyes, otra naturaleza.

En el país que dejamos á nuestra espalda, una pasión era una felicidad; aquí una pasión empieza á ser una desgracia.

Los horizontes que nos rodean son otros; el clima es tan frío que se hiela hasta el corazón.

Es preciso morir muy joven para no llegar á esta parte del mundo.

Si uno pudiera detenerse un momento, si pudiera apearse de la vida y colocarse á un lado del camino, entonces vería la rapidez con que cruza esta inagotable caravana.

Los viajes ilustran y por eso el hombre al llegar al término de su carrera ha recogido toda esa profunda sabiduría, que se llama experiencia.

Ciencia cruel, que nos abre sus secretos cuando ya no los necesitamos.

Libro siempre antiguo y siempre nuevo, que solo leemos pocos años antes de morir.

Todos viajamos: así se vé que morir no es

más que desnudarse el traje estropeado del camino para entrar en nuestra casa.

Las poblaciones tambien andan.

Esos montones de piedra ordenados, que se llaman ciudades, hacen tambien su camino sobre la superficie de la tierra.

Unas se resbalan poco á poco por la falda de la montaña en cuya cima tuvieron su cuna, abandonando con desden los ruinosos muros de algun castillo que les sirvió de amparo.

Otras hinchadas de gente serpentean por las sinuosidades de un valle, buscando una llanura donde derramarse.

Algunas vuelven la espalda al rio que las abrazó al nacer y se abren paso rompiendo su corona de árboles.

Las hay que se las vé retirarse del mar, como un viejo marino, saltando por encima de las murallas, como una tripulacion que desembarca.

Y las hay tambien que se van acercando caprichosamente á las playas, con esos movimientos graciosos y sueltos con que la mayor parte de las mujeres jóvenes se acercan á un espejo.

No hay ninguna ciudad antigua que no haya mudado de domicilio.

No hay ninguna poblacion moderna que no indique el camino que se propone seguir.

Madrid agrupado al pié de su alcázar y medio recostado sobre la orilla del Manzanares, ha permanecido mucho tiempo sin saber qué hacer.

Su primera intencion parece que fué dirigirse á Toledo.

Casa á casa, como si dijéramos paso á paso, y en línea recta emprendió su viaje.

De repente se detuvo.

El rio le salió al encuentro.

Madrid empezó á reflexionar: estaba cortado.

La calle de Toledo hizo alto.

Despues de una larga meditacion resolvió no pasar adelante.

Buscando despues una salida, tropezó con la Puerta del Sol, la deshizo y se derramó en todas direcciones.

Esta vez parecia decidido á no parar hasta Alcalá.

El Retiro se tendió en medio de su camino y le cerró el paso.

La carrera de San Gerónimo, la calle de Alcalá y la calle de Atocha se cruzaron de brazos.

Desde la altura de la Red de San Luis tendió Madrid dos calles rectas y paralelas como unos gemelos.

Miró, vió y triunfó.

La Puerta de Bilbao y la Puerta de Santa Bárbara fueron dos rayos de luz.

Por toda la estension de Recoletos se sembraron cimientos y han empezado á nacer palacios.

La calle Ancha de San Bernardo se alarga como una culebra; la de Fuencarral ha saltado por encima de la puerta; la de Hortaleza ha puesto sus avanzadas á gran distancia.

Toda esta parte de campo se ha cruzado de caminos para que pase Madrid.

Estos caminos son presentimientos de calles futuras.

La Fuente Castellana parece el punto que se trata de envolver.

Chamberí no tiene remedio. La capital de la monarquía ha puesto en él sus ojos y está como un pájaro en la boca de una serpiente.

¿A dónde vá Madrid?

Las casas salen apiñadas de la población como la gente de un teatro.

Esto es de noche: de día parece que salen á tomar el sol.

Entre tanto en el seno de la población las casas se empinan piso sobre piso, como si quisieran ver lo que pasa por fuera.

Las calles arrastradas por el movimiento de los edificios saltan de las plazas, se retuercen, se estrechan, se ensanchan, se doblan, suben y bajan, se enlazan y se anudan hasta que conducidas unas por otras, salen al campo con las bocas abiertas como unos fugitivos cansados de correr.

Madrid está en marcha, le ha vuelto la espalda al Manzanares y le parece que huye del Palacio.

¿A dónde vamos?

Cuando se dirigió hácia Toledo, iba indudablemente en busca de una catedral.

Cuando variando de dirección dirigió sus pasos hácia Alcalá, no puede creerse que fuera á buscar á las orillas del Henares otra cosa que aquella Universidad memorable.

Hoy se arroja impaciente sobre un campo árido, fabricado sobre arena.

Ya vereis: dentro de poco Chamberí será

nuestro, y poco despues Fuencarral habrá caido prisionero.

Madrid no podia desentenderse del movimiento de la época.

El primer pueblo de la monarquía no podia dispensarse de poner sus conquistas á la altura de las conquistas de los tiempos modernos.

¡Chamberí! ¡Fuencarral!

Y además ¿qué camino habia de seguir?

Manzanares no deja que Madrid se ensanche por el Campo del Moro, porque el Manzanares es á Madrid lo que el Estrecho de Gibraltar á España.

Toledo es una triste antigüedad, una especie de arcaismo.

Alcalá ya no tiene cláustro famoso, ni hace falta.

¿A dónde habiamos de ir?

No hay más camino que los alrededores del Campo de Guardias.

Los pueblos, semejantes al agua, se van por la primera salida que encuentran fácil.

El viaje está emprendido.

Madrid ha hecho decididamente su maleta y se ha puesto en camino.

Esta espedicion le ha de costar muy cara.

La razon es muy sencilla.

Los terrenos por donde ha empezado á dar los primeros pasos, van subiendo poco á poco.

Lo diremos aquí en confianza; es una jugada de la tierra.

El campo sabe que sus producciones no pueden entrar en Madrid sin pagar en las puertas algo por arroba, y ha dicho:

Cada pié mio que entre en la poblacion ha de costar un ojo de la cara.

No se deja pisar por la planta de los edificios sino á peso de oro.

¡Hasta el campo al llegar á las tapias de Madrid se vende!

Madrid se parece á un campamento, en que todas son tiendas.

Pero ¿á dónde vamos?

Preciso es restregarse las manos de júbilo, sacudir con orgullo la cabeza y seguir adelante.

Por el camino hablaremos.

Vamos... pero antes volvamos un momento la cabeza atrás.

Todos los pueblos han hecho viajes más ó menos felices.

En la ignorancia de los pueblos antiguos, esas peregrinaciones no podían menos de ser mezquinas.

El punto luminoso que ha puesto en movimiento á los pueblos modernos llamándolos hácia sí, no estaba descubierto todavía.

El primer viaje que se presenta a nuestra memoria es una navegacion.

Noé y su familia son los primeros viajeros.

Á bordo de un arca sin timon, sin brújula y sin marinos, flotan sobre las revueltas ondas del diluvio dias y dias, para desembarcar al cabo en las montañas de la Armenia.

El pueblo hebreo sale de las orillas del Nilo, atraviesa el mar Rojo y consume cuarenta años perdido en las soledades del desierto, para venir al fin á parar á la tierra prometida.

Los romanos emprenden una série continua de peregrinaciones, solo con el objeto de que Roma eche plantas sobre todas las partes del mundo conocidas entonces.

Europa se junta como una familia é invade la Palestina sin más idea que la conquista del Santo Sepulcro.

España se encierra en tres frágiles bageles

y se lanza al Océano; solo por el gusto de decirle á Europa: hé aquí América.

Napoleon paseó á Francia por Italia y por Egipto, para hacerla encontrar el trono de un emperador.

Nosotros vamos más allá.

Las últimas iluminaciones de la sabiduría humana, nos han indicado el punto supremo de todas las aspiraciones, alumbrando nuestro camino.

No vamos con Noé y su familia á las montañas de la Armenia.

No salimos como el pueblo de Israel á buscar la tierra prometida.

No emprendemos nuestro viaje como Roma hácia todas las partes del mundo.

No nos dirigimos como Europa á la Tierra Santa.

No es á América á donde podemos ir.

No corremos como la Francia de Napoleon detrás de un imperio.

Vamos... preciso es restregarse las manos de júbilo y sacudir la cabeza con orgullo.

¡Oh felicidad! Vamos á la ventura.

The first part of the document is a list of names and titles, including the names of the authors and the titles of their works. The names are arranged in a specific order, and the titles are written in a formal, serif font. The list is followed by a section of text that appears to be a preface or an introduction, written in a similar formal style. The text is arranged in a single column, with a clear margin on the left side. The overall appearance is that of a formal, historical document, possibly a book or a manuscript.

PINTURA, ESCULTURA Y ARQUITECTURA.

Es un arte la pintura del cual todos tenemos un poco.

¿Quién, por ejemplo, no sabe alguna vez siquiera pintarse las cosas á su gusto?

Desde los espejos que pintan con admirable exactitud cuanto se les pone delante, hasta Rafael Velazquez y Murillo, todos somos pintores.

¿Quién no se retrata en sus obras y en sus acciones?

En asuntos de perspectiva, ¿quién no se ha dibujado alguna vez el dia de mañana con toda la verdad necesaria para engañarse á sí mismo?

¿Quién no tiene en su vida un rasgo que pinte su corazon á su pensamiento?

¿Quién no sabe dar color á los cuadros más negros?

¿Qué niña de quince años no tiene el dulce carmin de la pureza, para pintar en sus mejillas la honestidad de su corazón?

¿Cuántas mujeres vencidas por las intrigas de los años, no saben restaurar con cuatro pinceladas el arrinconado cuadro de su antigua belleza?

¿No se pinta la muerte en el semblante de los moribundos?

¿Quién no se ha pintado en su propio corazón la imagen de la mujer que ama?

Todos somos pintores.

La escultura ya es otra cosa.

Es indudable que en todo pedazo de mármol, de madera ó de bronce hay una estatua; pero se conoce que la dificultad está en encontrarla.

Las obras de escultura se resisten mucho á salir de sus misteriosos escondrijos. El arte se fatiga en vano por sacarlas de la oscuridad de la vida privada.

Hay que creer que se encuentran mejor encerradas dentro de las formas irregulares de la materia.

Parece mentira que en una época tan ma-

terial, se niegue la materia á recibir las impresiones del arte.

Pero la verdad es que ella está en su derecho.

El arte no ha sabido engañarla y ella, que conoce su importancia, ha caído en el buen humor de reirse del arte.

Ella es de suyo rebelde, y los escultores no tienen á su disposición bastante fuerza armada para hacerla entrar en razón.

Se lucha en vano.

Fidias no quiso dejarnos su secreto, tal vez, por que no se perdiera su nombre; y por lo que vemos, se murió decidido resueltamente á no volver á nacer.

Yo no sé qué tiene el mundo, que el que una vez lo visita, aunque no sea más que por un momento, no intenta de nuevo aparecer en él. Esto debería ser una cosa muy rara, si no sucediera todos los días.

No es extraño que los escultores de nuestros tiempos no puedan vencer la rebeldía de la materia, porque sin que yo me proponga alarmar á los espíritus débiles, puedo decir que la materia triunfa por todas partes.

Al grito de los intereses materiales todo cede y se ablanda.

Las ideas y los sentimientos se doblan y

ajustan con perfecta exactitud á las exigencias del interés material.

El tiempo no pasa inútilmente.

La materia ha necesitado una larga série de siglos para empezar á tener razon.

Le ha llegado á su vez el momento de pensar y se ha considerado con el derecho necesario para poder dar leyes á los hombres.

Cansada de sufrir el yugo del espíritu se levanta á imponerle la ley de su naturaleza.

La que ha sido esclava tanto tiempo, bien puede gritar ahora con toda la fuerza de su derecho: «mueran los tiranos.»

Siguiendo el movimiento progresivo de esta gran revolucion que presenciamos, la materia entra en el período de su poder.

A ella le toca ahora hacer de los hombres estátuas.

Fria como el egoismo, lo primero que hace es apagar ese horno inmenso, en que se han fundido siempre las acciones heróicas, los grandes hombres y los grandes pueblos.

La conveniencia es la turquesa en que vacía sus obras, la utilidad es el cincel con que las perfecciona.

¿Quereis que un hombre salte, como escitado por una grande idea ó movido por un

gran sentimiento? Pues no hay más que tocarle ese resorte irresistible que se llama bolsillo.

Creo que Napoleon no tendria á la Francia sujeta bajo el yugo de su dominio imperial, si no llevara el nombre de una moneda.

Materialicemos un poco.

Los nervios, la sangre, los músculos y los huesos: hé aquí el hombre.

Esta combinacion da por resultado la inteligencia, la voluntad, el alma.

El pensamiento existe por una casualidad.

Los nervios, la sangre, los músculos y los huesos se encontraron en un dia en que no tenian nada que hacer.

La materia es naturalmente ociosa, pero esta vez hizo un esfuerzo sobre sí misma y los nervios, los músculos, la sangre y los huesos se juntaron.

Los huesos, más torpes, fueron inmediatamente envueltos por la agilidad de los músculos; los músculos fueron á su vez sujetos por la sutileza de los nervios, y la sangre no sabiendo cómo matar el tiempo, comenzó á correr de un punto á otro, como si quisiera averiguar todo lo que pasa en los estrechos recintos de las venas.

De esta asociacion, formada por una casualidad semejante á la que produce la reunion de los números que salen premiados en la lotería primitiva, resultó el hombre.

Una vez hecho, la sangre que se ahogaba dentro de las venas, le pidió aire, y el hombre abrió la boca y respiró; el estómago no quiso ser menos y le pidió pan, y el hombre comió; los músculos le pidieron movimiento, y el hombre saltó.

Los nervios debian querer algo, y el hombre se rascó la oreja, se mordió las uñas, se dió una palmada en la frente y empezó á pensar.

Hé aquí á la inteligencia saliendo de la materia como la espuma sale del agua agitada.

¿Por qué la materia de que se compone el hombre ha de ser menos que la materia de que compone un racimo de uvas?

¿No tiene el vino un espíritu que nace del mismo vino? ¿porqué los músculos y la sangre, los huesos y los nervios no han de producir el espíritu humano?

¿Por qué no nos ha de embriagar el espíritu que nace de nuestra propia materia, como nos embriaga ese otro espíritu que nace de la materia encerrada en un racimo de uvas?

Y en verdad ¿qué diferencia hay algunas veces entre el espíritu de vino y el espíritu humano?

¡Cuántos desatinos se deben al primero!
¡Cuántos desaciertos al segundo!

Un loco ó un borracho, ¿qué más dá?

¡El alma! ¿qué ha de ser eso para la materia?

Aquí vienen á pedirme unas cuantas líneas los intereses materiales.

Hablemos algo de los grandes intereses de la materia.

Parece que los pueblos modernos no quieren ya ni justicia, ni derecho, ni moral; se contentan simplemente con prosperidad.

Ha llegado el caso de que en el mundo no se haga más que lo que trae cuenta.

Lo que es injusto, inmóral y ridículo, es perder.

El individuo no puede sustraerse al influjo de esta ley universal.

Las tres fuentes de la riqueza de las naciones son la agricultura, la industria y el comercio.

Lo sé de positivo; lo acaba de decir públicamente un Napoleon, que he tenido que traducir en diez y nueve reales para entenderlo.

Vamos á cuentas.

La agricultura es el elemento de riqueza más antiguo que se conoce; es anterior á la raza humana.

Su origen se pierde en el misterio de la primera raiz y en el arcano de la primera semilla.

Pero esa profunda reserva en que se envuelve desde el primer dia de la creacion, no ha podido ser un obstáculo al desarrollo progresivo que le ha impreso la mano del hombre en el discurso de los siglos.

No hay más que echar una ojeada sobre los últimos adelantos en este importantísimo ramo, para adquirir el convencimiento de que nos encontramos á la altura de seis mil años sobre la creacion del mundo.

Aquí hay una verdadera pasion por la agricultura.

A todas horas se vé gente haciendo su agosto.

Las mujeres, impacientes por contribuir á la prosperidad pública, no pueden contenerse y se plantan en los treinta años.

No hay un empleado que no haga esfuerzos supremos por echar raices.

Para que los hombres echen flores, basta el aire ligero de una mujer hermosa.

Aquí hay bosques de viejos verdes.

Todos los días se explota el terreno de las ideas.

La política es una viña.

Se cultivan sin descanso las amistades de los poderosos.

El hombre por fin es un pedazo de tierra dispuesta á recibir todas las semillas. Apenas puede mantenerse en pié y ya echa plantas.

Podemos sostener ventajosamente una comparación con el paraíso terrenal.

Entre los inmensos productos de nuestra agricultura no se encontraba el árbol famoso de la ciencia del bien y del mal.

La vegetación humana estaba humillada.

El hombre hizo un esfuerzo supremo para sacar á la agricultura de esta vergonzosa prostración y arrojó á la cara de la naturaleza, engreida con sus secretos, la pomposa creación de los árboles genealógicos.

Desde entonces data la prodigiosa multiplicación de los alcornoques.

Los camuesos desconocidos en el paraíso, empezaron á florecer por toda la superficie de la tierra.

Pero esto era poco, faltaba todavía el árbol de la libertad.

Tal es la historia de la agricultura y sus últimos adelantos.

La industria no podía permanecer ociosa.

Fijó primeramente su mirada penetrante sobre los árboles genealógicos, y quiso ennoblecerse para seguir paso á paso el progreso de la agricultura.

Por un sentimiento de emulacion fácil de comprender, no quiso vegetar oscurecida y se tendió como una red, formando la nobilísima orden de los caballeros de industria.

Todo comenzó á enriquecerse. Hasta el diccionario adquirió la palabra especulacion.

Esta industria prospera como aquella agricultura.

Aquí se fabrican al vapor noticias importantes de todos los puntos del globo.

De una mujer fea se hace una mujer hermosa á gusto de los consumidores.

Hay talleres de virtudes, almacenes de vicios, depósitos de ambicion y tiendas de golpes de pecho.

La amistad es una mina.

El amor una prendería.

Se imita el pudor de tal manera que se confunde con el original.

Se empeñan las palabras, se vuelven del revés las opiniones y se charolan las conciencias.

A la industria no se le puede pedir más.

¿Qué más puede hacer un hombre que hacerse á sí mismo instrumento de su industria?

¡Industria! Cuántos peces nadan en esa fuente de la riqueza nacional.

Pero ¿qué sería de todo esto sin el comercio? ¿sin esa activa prestidigitación que todo lo trasforma, lo trasporta y lo trastorna?

El comercio es á la industria lo que las calles á una población: esto es materialmente, pero moralmente no es más que tomar una cosa por otra.

Desde que Esau vendió su primogenitura por un plato de lentejas, el comercio ha marchado sobre la tierra á pasos de gigante.

Poco tiempo despues, los hijos de Jacob vendieron á su hermoso Josef.

Judas vendió á su maestro.

El conde D. Julian vendió á su pátria.

Hoy se vende hasta el dinero.

El comercio ha estendido sus operaciones á todos los actos de la vida.

Se cambian las miradas, las palabras y las targetas.

Hasta ahora el cambiar de opiniones ha si-

do de sábios, pero ya es de comerciantes, porque los comerciantes son ahora los sábios.

Para que se vea á donde llega el espíritu comercial, conviene no perder de vista que un gesto, una palabra, un movimiento pueden vender á cualquiera.

Una imprudencia es casi siempre la que vende á una mujer.

La inocencia está siempre vendida.

En el comercio se experimentan estrañas contradicciones.

Nada hay más abundante que la adulacion, y sin embargo, siempre se paga á peso de oro.

La verdad es rarísima y apenas hay quien la quiera.

El comercio se encuentra á la misma elevacion que la agricultura y que la industria.

El negocio salta impetuoso por todas partes.

Negocio ha dicho un escritor francés, que es el dinero de los demás.

Debemos estar orgullosos de la prosperidad de nuestros intereses materiales.

La agricultura, la industria y el comercio, son los tres caminos que nos conducen á la perfeccion.

La materia, pues, es el gran escultor de estos tiempos: ella ha vaciado al hombre moderno y le está dando la última mano.

Veamos ahora la arquitectura.

Víctor Hugo escribió una vez con mucha formalidad estas palabras: «El libro matará al edificio.»

Esta profecía debió producir la alarma y el desosiego en todos los propietarios de casas.

La finca urbana, tan seriamente amenazada por Víctor Hugo, pidió amparo á la autoridad, y los legisladores, que debieron ver en la destruccion de la casa la muerte de la familia, hicieron la ley de inquilinatos que rige en la capital de la monarquía.

El casero se hinchó como un bolsillo que se llena, y las casas comenzaron á subir elevando el edificio hasta las nubes.

La primera dificultad para todo casero es el terreno; pero levantando sus miradas por encima de los estrechos términos de los solares, vió que podia tomar de aire todo lo que de tierra se le negaba.

Aquí empieza para la arquitectura una especie de renacimiento.

La naturaleza y la civilizaciou se han puesto de acuerdo para que la arquitectura pue-

da salir del yugo á que la tenia sujeta el peso enorme de los antiguos edificios.

La naturaleza obliga al hombre á ser inquilino, y la ley pone al inquilino bajo el dominio absoluto del casero.

Si Víctor Hugo hubiera pensado esto, no hubiera dicho que el libro mataria al edificio.

La casa de Madrid se levanta triunfante y pone las boardillas en el cielo contra el terrible augurio del poeta francés.

El casero es á la arquitectura lo que el editor al libro.

Mientras pueda la arquitectura servir á la industria, no hay libro que pueda matarla.

¿Qué importa que no haya arquitectos si hay caseros?

La ley fundamental de la arquitectura moderna es que el edificio se alquile.

El arte y la belleza, que vienen á ser una misma cosa, son dos preocupaciones de la antigüedad.

Hoy lo bello agrada, pero lo útil triunfa.

Pintura, escultura, arquitectura, habeis sido demasiado grandes, demasiado poderosas para que no nos ofenda vuestra presencia.

Preciso es que se humille ante nosotros vuestra soberbia aristocracia.

Ya no hay príncipes que os adulen, ya no hay héroes que fundir en bronce ni tallar en mármol, ya no hay aquella fé viva que levantaba esas inmensas catedrales, donde os habeis refugiado como los muertos á esperar el dia solemne de la resurreccion.

¡Pintura! ya no hay más que colores políticos, no se tiran más líneas que las del cálculo, y no se dibuja más perspectiva que la de la conveniencia.

¡Escultura! ya no se funden más que cañones rayados, no se acuñan más que monedas, no se gravan más que billetes de Banco.

¡Arquitectura! ya no se edifican más que casas, casillas y casinos.

Para cuadro, ninguno mejor que el que nosotros mismos formamos.

Para estatua, ninguna mejor que una mujer desnuda.

Para edificios, nos sobran con la Bolsa y con el templo de las leyes.

EL DIA DE LOS REYES.

Hablemos del dia de los Reyes muy por encima.

Hace ya cerca de diez y nueve siglos que un dia tres reyes del Asia, movidos por un secreto impulso, dejando cada uno su reino y cargados de dones, salieron en busca de un rey más poderoso á quien rendir el homenaje de su adoracion y los tributos de Oriente.

El rey á quien buscaban no estaba inscrito en el catálogo de los reyes de la tierra: su reino no aparecia señalado en las cartas geográficas del mundo conocido.

No obstante, Gaspar proseguia su camino con tenaz empeño, Baltasar dejaba en pos de sí las montañas como obstáculos vencidos, y

Melchor subia ansioso por las pendientes de los valles, creyendo encontrar sobre la llanura más fértil del mundo la ciudad más grande de la tierra.

Estos tres reyes, saliendo de distintas regiones, vinieron al fin á reunirse en un punto.

En aquellos tiempos de oscuridad y en aquellos países de ignorancia, debia espermentarse una verdadera escasez de pensamientos.

Así es que los tres monarcas sorprendiéndose mutuamente en su peregrinacion, no se asombrarian al ver que un mismo pensamiento los reunia á largas distancias de sus respectivos reinos.

Tampoco el comercio de las ideas habia estendido por aquellas tierras apartadas el tráfico de la inteligencia.

Ninguna idea habia podido elevarse aun al rango de mercancía, ni los pensamientos habian adquirido la suprema calidad de valer dinero.

En su consecuencia, ni Baltasar, ni Gaspar, ni Melchor tuvieron un verdadero interés en creerse plagiados.

La historia por lo menos, esa vieja curiosa

que todo lo averigua y todo lo cuenta, nada nos dice de que disputaran acerca de cuál era el autor original de aquel pensamiento.

Una vez juntos debieron pensar seriamente en el término de su viaje.

Afortunadamente no los seguía una tripulación incrédula como la que pedía la cabeza de Cristóbal Colón en los momentos en que tocaba los límites de su atrevida empresa.

Allí hubiera muerto colgado de una antena, si el nuevo mundo oculto hasta entonces en las brumas del horizonte, no hubiera salido en su socorro.

Tampoco llevaban en pos de sí un pueblo ingrato como el que murmuraba de Moisés en las soledades del desierto.

Mil veces se hubiera vuelto al dominio de los Faraones dando la espalda á la tierra prometida, que lo esperaba al otro lado del Jordán, si no lo hubiera arrastrado la mano de los prodigios.

Baltasar, Gaspar y Melchor iban solos.

Caminaban sin vacilar por tierras desconocidas.

De pronto una luz misteriosa se les pone delante.

Hay que creer que los tres reyes discuti-

rian largamente antes de encontrarse con aquella aparicion luminosa, porque sin la discusion no hubiera salido la luz.

Hay que suponer esta parte indispensablemente, porque ni Baltasar, ni Gaspar ni Melchor tuvieron la idea de escribir sus impresiones de viaje.

¡Ah! las letras se encontraban entonces en un lamentable abandono. Basta decir que no se conocian ni siquiera las letras de cambio.

En aquellos tiempos oscuros un rayo de luz debia tener mucha más importancia que tiene el sol en el siglo de las luces.

Y se comprende perfectamente. Por eso hasta hace muy poco no se ha descubierto que el sol era opaco.

La verdad es que nos vamos á ver en la necesidad de apagarlo por innecesario, si él no se anticipa á suprimirse en vista de que no hace falta.

Pero yo creo que él conserva demasiado apego á sus viejas costumbres y tendremos al fin que darle un suplo.

¡Pobre viejo! ya le han averiguado que tiene manchas.

Si los últimos adelantos no lo hicieran inú-

til, habría que lavarlo. Sería indudablemente una cosa curiosa lavar el sol.

Pero retrocedamos.

Los tres reyes se encontraron heridos por un rayo de luz, y lo que es natural, vieron el camino.

La luz marchaba delante como un guía, y los tres la siguieron sin vacilar.

No debe extrañar á nadie esta conformidad de pareceres, porque la luz era una sola. Hoy hubiera cada uno de ellos elegido su luz.

Y es indudable, los tiempos presentes están mucho más alumbrados.

Por eso nos parece pálida la luna, débiles las estrellas y el sol manchado.

La luz caminaba y los tres reyes la seguían por unanimidad.

De repente se detuvo suspendida en el aire sobre un pueblecillo miserable, llamado Belen, como si claramente les dijera: aquí.

Los tres reyes debieron mirarse con asombro. Por ninguna parte encontraban ni la más ligera señal del poder de un rey.

La luz inmóvil continuaba diciendo: aquí. Los tres reyes tenían delante de sí un portal arruinado.

La lógica no les había enseñado todavía có-

mo se hacen argumentos contra la luz y no tuvieron más remedio que doblar la cabeza y entrar.

A los pocos pasos cayeron de rodillas.

El palacio era un establo, la cuna un pesebre, el Rey un recién nacido.

De esto hace diez y nueve siglos.

Este suceso ha puesto en el principio de cada año un día que se llama el día de los Reyes.

En ese día vienen todos los años; en ese día se esperan en todas partes.

Gaspar, Baltasar y Melchor son unos viajeros infatigables.

En la mayor parte de los pueblos de España al amanecer de ese día ya están tomadas las avenidas del camino. Todo el mundo sale á esperar á los reyes.

Esta vez no son defraudadas las esperanzas de la multitud: los reyes no se hacen esperar. Á la hora convenida aparecen á lo lejos y entran triunfantes en medio de la gente apiñada.

El Ayuntamiento desde el balcón de las Casas Consistoriales es en esta ocasión la luz que les indica el camino que deben seguir.

Inmediatamente despues estos reyes son destronados.

A las veinte y cuatro horas Melchor se vé reducido á la condicion de barbero, Gaspar disimula su desgracia guardando las viñas que se estienden á la salida del pueblo y debajo del ancho sombrero de un mozo de mulas se esconde á las miradas curiosas la testa coronada del Baltasar.

En Madrid las cosas cambian naturalmente de aspecto. Á los reyes se les espera de noche.

Como no se sabe la hora fija, es indispensable una escalera para verlos venir.

En esto hay algunas escepciones; muchos para verlos venir no necesitan más que una baraja.

Sin embargo, lo característico y lo tradicional es la escalera.

La multitud corre en grupos alumbrada por algunos hachones, por varios cafés y muchas tabernas.

Para esta gente que corre en tumulto por las calles y que pasa rápida como una chispa, es indispensable un gallego auténtico ó un asturiano original.

Este es el que ha de llevar la escalera sobre sus hombros.

Él la lleva y los demás suben.

Conviene advertir que asturiano y gallego está aquí tomado en sentido de víctima.

Los engañan en nombre de los reyes.

Y tambien debe advertirse que hace algunos años que los asturianos son los que suben por todas las escaleras.

La venida de los reyes en Madrid es una ilusion, porque los reyes no vienen.

Y sin embargo, el dia de los reyes debe ser una terrible realidad para todos aquellos que no tengan ni dos reales.

Los tiempos deben ser muy estrechos cuando los reyes solo tienen un dia al año; y si se consulta el Almanaque, que es el código fundamental del tiempo, se verá que ese dia es de los más cortos.

Aunque se le cuenten veinte y cuatro horas, la mayor parte de ellas son oscuras.

Así es, que en lugar de decir el día, el Almanaque hace tiempo que debia anunciarnos la noche de los Reyes.

NO HAY TONTOS.

No me opongo á que el alma resida en la cabeza como en su propio y natural asiento.

Era preciso que el alma tuviera muy pocos recursos para haber elegido otra habitacion. Solo un alma muy pobre se resignaria á vivir en otra parte del cuerpo.

Reside, pues, en la cabeza como el cochero en el pescante, como la mirada en los ojos, como la palabra en la lengua.

Además es indudable que el alma reside dentro de la cabeza, porque se la vé detrás de la cara como la luz detrás de un papel trasparente.

Pero esto es la regla general.

En una poblacion de doscientas mil almas pronto se echan de ver las excepciones de esa regla.

En Madrid llaman la atencion al momento

las gentes que se han echado el alma á la espalda.

La vida es una peregrinacion y esas gentes han comprendido que con el alma á la espalda se anda más camino. Sobre todo se suben las cuestas con más facilidad.

Estas son las gentes felices.

Y en efecto, se anda hoy demasiado de prisa para que se pueda hacer cómodamente el camino con todo el peso en la cabeza.

El alma á la espalda es un medio que facilita todos los movimientos. La agilidad de un hombre que lleva el alma á la espalda es inmensa, porque el alma pesa más de lo que parece.

Para él todos los caminos son practicables, todas las alturas son accesibles.

Es el jugador que siempre gana, el político que nunca pierde, el deudor que nunca paga.

Lleva siempre la cabeza erguida y la risa en los labios.

Hay otros á quienes se les ha caido el alma á los piés.

Estos desgraciados no pueden dar un paso sin pisarse el alma.

Por eso se les vé inmoviles, siempre en el mismo sitio; sin aliento para moverse.

Llevan siempre la cabeza inclinada, los brazos caidos y los ojos tristes.

Se les conoce por un movimiento de desden, que consiste en encogerse de hombros, y esa es la espresion con que dan á entender sus opiniones acerca de todas las cosas.

Los primeros son hombres sin conciencia, los segundos sin fé.

Hay otros á quienes la naturaleza ha concedido el raro privilegio de tener el alma en el corazon.

Estos son los jugadores que siempre pierden, los políticos que nunca ganan, los acreedores que nunca cobran.

Su casa, su bolsillo y sus manos están siempre abiertas.

Estos son los únicos hombres á quienes quitan el sueño las desgracias ajenas.

Cada uno tiene el alma en su almario.

La sabiduría de las naciones ha querido decir con esto que cada uno la lleva donde puede ó donde quiere.

En Madrid las mujeres la llevan generalmente en los ojos, como una mariposa que revolotea dentro de un fanal.

Por eso para fijar un momento la mirada de una mujer, no hay más que echarla flores.

Que el alma de una mujer es una mariposa no tiene duda: siempre acaba por quemarse.

No hay más que ver cómo quiere atraerse todo lo que brilla.

Además, su inconstancia no puede explicarse de otra manera.

Es natural que con el talento suceda lo mismo que con el alma.

Así se vé que ocupa distintas partes del cuerpo, desde las que se dá á conocer y se hace admirar.

Una mujer hermosa tiene el talento en la cara.

¿Cuántas cosas no dicen una frente tersa, una boca pequeña y una barba redonda?

Una mujer graciosa tiene el talento en el aire: en cada uno de sus movimientos hay un mundo de ideas.

¿Á quién no le ha hecho pensar muchos días y muchas noches una mejilla sonrosada ó un talle flexible?

Un pianista tiene el talento en la punta de los dedos. Acaso es la única parte de su cuerpo con que no desatina.

Oidle tocar y oidle hablar y vereis que espantosa desafinacion. Tiene generalmente la boca del tonto y las manos del genio.

Un orador tiene el talento en la punta de la lengua. Despues de pronunciar un discurso de efecto, casi es seguro que no sabe lo que ha dicho.

Peró si esto no fuera tan exacto como á mí me parece, observad que piensa con la punta de la lengua: dadle una pluma y vereis con qué dificultad discurre:

El cocinero es el que ha elegido el sitio más estravagante para colocar su talento.

Sin duda le estorbaba para dedicarse á su oficio con éxito y lo ha puesto en el estómago de los demás.

No hay tontos. Hasta ahora ha parecido que los habia porque no se buscaba el talento más que en la cabeza.

Hoy es distinto. Como el talento se puede tener en cualquiera parte, es imposible encontrar un hombre que no tenga talento.

Esto en Madrid es una cosa definitiva.

Aquí tienen talento los académicos y los boleros por el simple hecho de ser una cosa ú otra.

Estos dos séres tan distintos y tan seme-

jantes prueban que hoy es imposible no tener alguna clase de talento.

Para ser bolero no se necesita más que no ser cojo, pero los cojos de entendimiento pueden ser académicos, porque pueden entrar en la Academia apoyados en la muleta del diccionario de la lengua.

Hay talentos de tal naturaleza, que excluyen á los demás, ó mejor dicho, rara vez se encuentran dos talentos dentro de una misma persona.

Por eso el comerciante nunca es poeta, ni los astrónomos actores, ni los militares filósofos.

El que reúne todas las cualidades necesarias para una cosa, las tiene naturalmente incompletas para las demás.

Pero donde esto se verifica más patentemente es en las academias y en los cuerpos de baile.

Á primera vista parece que cualquiera puede tener el talento que se necesita para ser académico ó el indispensable para ser bolero; y es un error.

El talento del académico excluye toda otra clase de talento, y lo mismo sucede con el del bolero.

De manera que para ser académico es preciso ó no llevar otra clase de talento ó dejárselo en la puerta de la Academia, y para ser bolero es preciso absolutamente no tener más que el talento de bolero.

Por eso los académicos y los boleros son contados.

Bailar con talento es poco más ó menos hacer con los piés lo que los académicos hacen con las palabras.

Sucede con estas dos clases de talento una cosa singular: todo el mundo los admira y nadie los imita.

El bailarín más consumado no ha conseguido todavía introducir la más ligera variación en el modo de andar ni de moverse, y la Academia no ha alcanzado aun que nadie retuerza las palabras para darse á entender.

Madrid está lleno de talentos.

Desde el cuerpo de baile del último teatro hasta los salones de la Academia todo es talento.

Aquí se fuma con talento, se viste con talento, se pasea con talento, se come con talento.

Aquí es muy fácil no tener dinero, ni créditos, ni amigos, ni casa, ni vergüenza; pero es

imposible no tener alguna clase de talento.

Y se comprende perfectamente que esto suceda en Madrid, donde es preciso tener talento hasta para hacerse los tontos.

Así es como se puede explicar la existencia de algunos académicos, de muchos ministros y de todos los boleros.

Hay sin embargo, en Madrid un tonto.

Tonto como las flores que llenan el aire de perfume para que otros los respiren.

Tonto como la luz que se derrama por todas partes para que vean hasta los ciegos.

Tonto como la música que se esparce en el viento para recrear los oídos de la multitud.

Tonto como el cristal que deja ver todo lo que tiene detrás de sí.

Tonto como el agua que riega los campos para que otros cojan el fruto.

Este tonto es el poeta.

No conozco otro.

Este desgraciado tiene el alma en todas partes porque su oficio es sentir las penas de los demás.

Y francamente, cuando el ser tonto es tan difícil, bien se puede asegurar que se necesita muchísimo talento para ser tan tonto.

En conclusion: tienen talento hasta los poetas.

LA FELICIDAD.

Madrid entre otras cosas es un conjunto de trescientas mil personas, que se agitan en continuo y encontrado movimiento buscando la felicidad.

Ser felices es el resorte oculto que nos mueve, la mano poderosa que nos empuja en todas direcciones, el pensamiento, el deseo y la esperanza que consumen nuestra vida.

Es indudable que la humanidad está de acuerdo á lo menos en una cosa: no se puede negar que todos hemos hecho el propósito irrevocable de ser dichosos.

Al empezar el primer mes del año 1861, se me ocurre una reflexion capaz de infundir desaliento en el corazon más vigoroso.

Yo digo: Seis mil años hace que el hombre empezó á buscar la felicidad y todavía no la ha encontrado.

Hasta ahora no hemos hecho más que lo que hubiera podido hacer la aguja de un reloj, fatigándose en recorrer la circunferencia de la esfera, empeñada en encontrar el número 13.

La felicidad es una especie de lotería á la cual todos ponemos y á ninguno nos cae.

Si la razon sirviera para algo, ya nos hubiera hecho comprender que no hay nada que atormente tanto como la felicidad.

Así es, que los menos desgraciados son aquellos que tienen bastante valor para despreciarla.

Hé aquí un profundo desatino: Los que no son felices es porque se han empeñado en serlo.

O de otra manera: Para ser feliz es preciso no contar con la felicidad.

O más claro: El que se persuade de que no hay felicidad sobre la tierra ese es el más dichoso de los hombres.

Yo no sé lo que quiere decir felicidad completa; porque la felicidad ó es completa ó no es felicidad.

Equivaldria á decir que noventa y nueve era un ciento incompleto, y yo tengo la íntima convicción de que mientras sea noventa y nueve no puede ser ciento de ninguna manera.

No hay necesidad de recorrer la interminable série de las desdichas humanas para convencerse de que la felicidad no existe; basta detenerse un momento en esta observación.

No hay un hombre que una hora al día por lo menos no se persuada de que todos los demás hombres son más felices que él.

Ahora échese la cuenta.

Puede sacarse en limpio una verdad imposible y que, sin embargo, no deja de ser cierta, y es como sigue:

Cada hombre es más desgraciado que todos los demás.

En Madrid se ha hecho de la felicidad una cosa tan indispensable, que no pensamos más que en ser felices; y para que haya suficiente felicidad para todos, se ha puesto la felicidad en todas partes.

Apenas hay en Madrid quien no sea feliz por alguna razón.

La mayor desgracia que puede sucederle

aquí á un hombre es la pobreza y para eso tiene la felicidad de San Bernardino.

La mayor desventura que puede ocurrirle aquí á una mujer es ser hermosa y pura y para eso tiene en su mano la felicidad de la prostitucion.

Aquí se va á la felicidad por todos los caminos, de lo cual resulta que Madrid es el pueblo más alegre del mundo.

Aquí podemos ser todos dichosos con tanta facilidad, que no hay manera de no serlo.

Para que se me entienda bien, debo repetir que no hay nada que cueste más dolores que la felicidad.

Es curioso el espectáculo de trescientas mil personas atormentándose para ser felices.

Por muy estendido que se halle el estudio de la aritmética, hay una cuenta en la cual todo el mundo se equivoca.

Súmense los pesares que nos cuesta el placer más fugitivo y nos encontraremos siempre con un exceso de desgracia diez veces mayor que la felicidad que hemos alcanzado.

No hay quien dé por un diamante el doble siquiera de lo que vale, y damos por un placer tanta felicidad, que hubiéramos sido por

lo menos diez veces felices solo con no adquirirlo.

Esto es tan cierto, que el corazon más rico no puede soportar dos años de placeres sin arruinarse.

Pregúntesele á dos testigos que voy á citar y que es imposible que hayan podido ponerse de acuerdo.

Estos testigos son los Hospitales y los Palacios.

¡Qué absurda es la verdad algunas veces! Damos la felicidad de todos los momentos por un momento de felicidad.

Si hubiera un hombre que diera toda su fortuna por una pequeña parte de ella, seria inmediatamente declarado loco por los médicos, por los parientes, por el juez de primera instancia y por todos los vecinos; pero podemos dar la dicha de toda la vida por la dicha de un instante, sin que la ciencia, ni las leyes, ni la familia, ni el público intenten despojarnos del uso de la razon.

Los placeres no son caros por el dinero que cuestan, sino por la felicidad que roban y los placeres son la felicidad que buscamos.

¿A quién no le ha sucedido alguna vez buscar el sombrero que llevaba puesto?

— ¿Cuántas veces no nos volvemos locos buscando por todas partes un objeto que tenemos en la mano?

Yo he visto buscar su baston á un hombre que lo llevaba debajo del brazo.

Yo mismo he revuelto muchas veces mis papeles buscando uno que tenia en el bolsillo.

Esto mismo nos pasa con la felicidad.

Cada uno la lleva dentro de sí y todos nos empeñamos en encontrarla fuera de nosotros mismos.

Yo no sé cómo conciliar estas dos cosas que observo en el hombre.

Para depositar en otro un poco de dinero, nos rodeamos de todas las precauciones.

La felicidad la confiamos al primero que nos sale al encuentro.

Antes de comprar un aderezo la mujer más espléndida averigua su valor, examina su mérito y le disputa duro á duro el precio que tiene señalado en la tarifa del joyista.

Puede ser que por cien reales de diferencia renuncie á él.

Todas las joyerías de Madrid se hallan dispuestas á atestiguar la exactitud de lo que estoy diciendo.

Pero cámbiese el joyero en libertino; que el comerciante en joyas se transforme en hombre de mundo; que el precio del aderezo no sean quinientos duros, sino una cita, una conferencia misteriosa, un billete indiscreto; que sea, en fin, la felicidad de toda la vida, y acaso la felicidad de toda una familia, y no faltará una mujer por económica que sea, que no la entregue generosamente, deslumbrada por el brillo de las piedras preciosas.

Por todas partes se encuentran en Madrid testimonios vivos de esta verdad.

Hay dos cosas que nos espantarían si tuviéramos tiempo para hacer que nuestras miradas penetrasen al través de la superficie de este mundo, que dá vueltas al rededor de nosotros.

Estas dos cosas son:

La miseria del lujo y las angustias de la felicidad.

Los placeres, esos avaros que nos cobran con tan espantosa usura los fugitivos goces que nos prestan, huyen de nosotros el día en que han conseguido arrebatarnos la última esperanza y la última virtud.

Los placeres, por la fuerza misteriosa de una justicia superior á los hombres, llevan en

si mismos el gérmen de todas las desgracias.

¿Hay alguna cosa más ingrata que los placeres?

¿Por qué se permite que se dé el nombre de placeres á las cosas que más nos mortifican?

¿Qué hace la Academia de la lengua!

Hay telas que es preciso mirarlas por el revés, para enterarse bien de la habilidad con que están tejidas.

En virtud de este procedimiento, que no puede ser rechazado por el libre exámen, yo exclamo.

¡Qué dichosos deben ser los desgraciados!

¡Qué desgraciados deben ser los dichosos!

Esos desgraciados que pueden tranquilamente entrar dentro de sí mismos, mirarse por decirlo así, frente á frente y estrechase las manos con la noble efusion de dos amigos leales, deben ser muy felices.

Esos dichosos que se ven en todas partes, porque quizá no se atreven á entrar dentro de sí mismos, que buscan á los demás por huir de sí propios, que viven sin asilo porque la conciencia les ha cerrado la puerta, deben ser muy desgraciados.

Yo siempre que paro mi atención en este tumulto de seres humanos que se busca por todas partes, que se estrecha entre sí precipitándose unos detrás de otros, siempre en agitación y en movimiento, siempre juntos, llego á creer que cada uno de ellos tiene miedo de quedarse solo.

En las calles, en los teatros, en los paseos, en los cafés y en los salones, y Madrid todo es calles, teatros, paseos, cafés y salones, la multitud se aprieta, se oprime, se agita como si cada uno llegara allí huyendo de un implacable enemigo.

Al que por primera vez se le ofreciera este incesante espectáculo, abriría los ojos llenos de asombro y de compasión.

Pero pronto se pondría en el secreto; pronto caería en la cuenta de que todos acudimos á esa cita perpétua, alegres y dichosos, buscando en los demás una felicidad que no sabemos encontrar en nosotros mismos.

LA ESPERANZA.

Hay una cosa que alegra tanto como el dinero, y que está al alcance de todas las fortunas.

Es azul y brilla más que el oro.

Se mezcla en todos los actos de la vida, y nos trae y nos lleva como un soplo de aire trae y lleva á un puñado de polvo.

Lo mismo se la encuentra en la política que en la religion, lo mismo en la multitud que en el individuo.

Está en un billete de la lotería.

En el saludo de un hombre poderoso.

En la mirada de una mujer hermosa.

Es lo último que se pierde, y se llama esperanza.

Es indudablemente el único dinero con que puede comprarse la felicidad.

Desde que el hombre se presenta en el umbral de la vida, parece que una voz misteriosa graba en su corazón esta palabra: Espera.

Desde entonces todo es esperar.

El niño espera la juventud, el joven espera la vejez.

El anciano espera la muerte.

La vida no es más que una inmensa antecámara.

El jugador espera su carta, el asesino espera á su víctima, el hombre político espera su vez, el amante espera una cita, el que aborrece espera vengarse, el pobre espera ser rico, el rico espera ser más. Todos esperamos algo.

Hay que convenir en que vivir es una operación universal por medio de la que se está siempre haciendo tiempo.

La esperanza es una cosa bien singular: vá desapareciendo conforme se vá realizando.

Se puede decir de ella lo que del sueño.

El sueño es la cosa más agradable del mundo, solamente que al cogerlo nos quedamos profundamente dormidos.

Detrás de la esperanza está el desengaño como detrás de una cara de ángel está una mujer.

Siempre se coloca delante de todo lo que apetecemos y nunca falta allí donde terminan las probabilidades, donde el cálculo agota sus pronósticos, donde la razón dice su última palabra.

La esperanza está sobre todos los inconvenientes y algunas veces sobre muchos imposibles.

Es la fé de los deseos.

Dice un enamorado: «Esa mujer no me quiere, su familia me detesta, sus criados son insensibles, mi espejo no vacila ni un segundo en presentarme feo siempre que lo miro, mi bolsillo me llama pobre siempre que lo toco.»

Aquí traga una bocanada de humo si está fumando, se pasea si está de pié, ó se muerde los lábios si está sentado.

Esta reflexion tan negra se vá azulando poco á poco por medio de un procedimiento químico que no tiene explicacion.

De repente tira el cigarro, ó se sienta ó se levanta.

La accion puede ser una ó varias á la vez,

las palabras pueden ser estas ú otras; pero la idea es siempre la misma.

Dice: «Todavía tengo esperanza.»

Si se pudiera leer en el alma de estos enfermos que la muerte ha marcado irrevocablemente, encontraríamos en una página:

«Yo no tengo remedio.»

Y en la siguiente:

«¡Quién sabe!»

Penetrad en el seno de una familia que ha agotado su último recurso, que ha llamado á la última puerta, que ha perdido el último amigo.

Conviene fijar bien el dia de esta visita domiciliaria.

Por los datos del Almanaque no seria fácil sacar nada en limpio, porque hay dias que no se encuentran en ese registro del tiempo.

Dias inmensamente largos, sea cualquiera la estacion en que se presenten.

Se conocen con el nombre de dias sin pan.

Aprovechad el momento en que el padre de aquella familia levanta el picaporte de la puerta y entra en su casa.

Viene de dar la última vuelta al tornillo de su necesidad.

Salió por la mañana y vuelve á la noche.

Trae... una cosa menos.

No solamente no ha encontrado quien le dé, sino que todos se han empeñado en quitarle.

Salió con su última esperanza y vuelve sin ella.

La única puerta que se abre delante de él es la de su casa; los únicos brazos que se le tienden, son los de sus hijos; los únicos lábios que le sonrien, son los de la madre de sus hijos.

«Nada» es todo lo que se atreve á contestar á la pregunta muda de aquella familia que lo rodea.

En ninguna ocasion la palabra *nada* ha significado más.

Aquí es preciso que la esperanza haga un esfuerzo supremo.

Es indispensable que pronuncie su última frase, que lance su último rayo de luz.

Para este milagro necesita la esperanza un intérprete digno de su esfuerzo.

Necesita un semblante apacible, unos ojos cariñosos y una voz ulce.

Es preciso que el misterio se realice con todas las circunstancias de la maravilla.

La luz ha de salir de la oscuridad, la fuerza

del más débil, la constancia del ser más frágil.

El corazón que resume todos los dolores de la familia es el que vá á hablar por la boca de la madre.

Oigámosla, porque sus palabras serán breves como la verdad, sencillas como el sentimiento, precisas como la fé.

«Dios, dice, nos está probando; pero no nos abandonará.»

Y ese hombre vuelve á tener esperanza y esa familia vuelve á esperar.

La esperanza es el castigo de la razón.

Es esa creencia inagotable que se rie de las probabilidades, y se mofa de los cálculos y desprecia las razones.

Se puede vivir sin dinero, sin crédito y sin estimacion; pero no se puede vivir sin esperanza.

El incrédulo le pide esperanzas á la casualidad.

El jugador á la suerte.

Las mujeres la buscan en los espejos.

Los que creen, las reciben de la Providencia.

La esperanza es á la vida moral lo que el aire á los pulmones.

Las esperanzas no son las cosas sino el color de las cosas.

Es un resultado maravilloso que se produce contra todas las leyes de la lógica.

Y ¡cosa singular! ó es bella, ó no es esperanza.

Siempre estamos dispuestos á recibirla.

Semejante á las lisonjas, siempre llega á tiempo. Nunca es tarde para una esperanza.

El hombre es un conjunto de esperanzas que se van disipando una á una. Cuando se apaga la última, cierra los ojos,

Por medio de las esperanzas se abre camino hasta nosotros el tiempo que está por venir.

El tiempo conoce al hombre y lo adula.

¡Cuántas felicidades nos guarda siempre el día de mañana!

Si la esperanza es el camino de la felicidad, vivir no es más que estar en camino.

Solo nos es lícito ser felices esperando serlo.

El que no espera nada, ¿qué es lo que espera en el mundo?

Dios le ha dicho al cuerpo: vive.

Y al alma: espera.

Casi todo lo que nos rodea son esperanzas.

Un abogado no es más que una esperanza puesta al alcance de todo aquel que desea ardentemente tener razón.

Un tribunal no es más que una esperanza de la justicia.

La medicina es una esperanza de la salud.

Todas las esperanzas humanas me parecen reflejos más ó menos confusos, más ó menos lejanos de una esperanza suprema.

Así como el sol se reproduce en la superficie de los lagos y se repite en las olas del mar, y se finje en las nubes y se refleja en las montañas, así la verdadera esperanza, la única, se refleja en las sombras de nuestros deseos.

Lo que en la luz son reflejos, en la esperanza son presentimientos.

Vamos sucesivamente tomando las imágenes que se nos presentan por el original que buscamos, y á cada esperanza que consumimos, nos damos una palmada en la frente exclamando: No era esto lo que buscaba.

Suponed á un hombre enamorado profundamente de una mujer que ha visto en sueños.

(No hay necesidad de suponerlo, porque

los hombres no se enamoran de lo que ven, sino de lo que sueñan.)

Este hombre corre el mundo en busca de la realidad de su sueño; cada mujer que encuentra es un retrato de su original, es decir una esperanza de su deseo.

La primera que distingue, se le presenta de espaldas. Aquel es su aire, aquellos son los movimientos suaves de su cabeza, aquella es.

Se acerca á ella, coje su mano, y cuando va á estrecharla contra su corazon, alza los ojos, y... adios esperanza, no es ella.

Entre la multitud se dibuja un perfil correcto, media sonrisa llena de gracia, una ceja perfecta y un ojo brillante.

Aquella es.

Corre, se acerca, la mira frente á frente, y... adios otra esperanza: tampoco es.

La tercera, la cuarta, la quinta vez sucede lo mismo; otra esperanza desvanecida, y otra y otra.

Así le dá una vuelta al mundo, que el mundo es redondo para que el hombre no pueda hacer en él mas que dar vueltas, y vuelve al terminar su viaje como si dejéramos al terminar su vida, seguro de que no está sobre la tierra la realidad de aquella imágen soñada y querida.

Esto sucede con las ideas, con los sistemas, con las pasiones y con los placeres.

La esperanza es la prueba evidente de que existe una cosa que todos buscamos y que nadie encuentra.

Las esperanzas humanas son los ecos de una felicidad misteriosa que nos llama desde muy lejos.

Por eso la esperanza es siempre risueña como el cielo, brillante como el cielo, azul como el cielo.

Por eso está como el cielo suspendida en el aire.

Una esperanza fundada no es verdaderamente una esperanza, sino una probabilidad.

Para ver bien una esperanza hay que cerrar los ojos á todo.

Entonces se dirige la mirada hácia otro mundo: allí debe estar.

La inocencia se disipa, el amor nos desecha, la ambicion nos deja, los placeres se cansan de nosotros, la hermosura nos olvida, hasta los vicios suelen volvernós la espalda. Ella jamás nos abandona.

¡Qué solos nos encontraría la muerte si la esperanza no se quedara á recoger el último aliento de nuestra vida!

INDICE.

	<u>PAGINA.</u>
La luz.	7
El público.	17
Cuatro paseos.	25
Febrero, Abril, el agua los aguadores.	33
Aire.	41
La guerra.	47
Mañana.	53
El nombre.	61
Curiosidad.	71
La Semana Santa.	83
El crédito.	97
El dinero.	107
Viage barato.	115
La fortuna.	121
Dos de Noviembre.	131
Un artículo.	141
Pensamientos de verano.	151
Los niños.	159
De todo un poco.	161
Las mujeres y las noches.	169
Vamos andando.	177
Pintura, escultura y arquitectura	193
El dia de los Reyes.	209
No hay tontos.	217
La felicidad.	225
La esperanza.	235

INDEX

171

172

173

174

175

176

177

178

179

180

181

182

183

184

185

186

187

188

189

190

191

192

193

194

195

196

197

198

199

200